


Zaldumbide, Gonzalo
Jose Enrique Rodo

BIBLIOTECA ANDRES BELLO

GONZALO ZALDUMBIDE

# JOSÉ ENRIQUE RODÓ

EDITORIAL-AMÉRICA
MADRID
1919

—

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
FERRAZ, 21

Kurt Lewy.

---

Imprenta de Juan Pueyo, Luna, 29.—Teléf. 14-30.—Madrid

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

## BIBLIOTECA ANDRÉS BELLO

**Tomos publicados ultimamente:**

XXXVI.—ENRIQUE JOSÉ VARONA: *Violetas y Ortigas. (Notas críticas sobre Renan, Sainte-Beuve, Emerson, Tolstoy, Nietzsche, Castelar, Heredia, etc.)*

XXXVII.—F. GARCÍA GODOY: *Americanismo literario.* (Estudios críticos de José Martí, José Enrique Rodó, F. García Calderón R. Blanco-Fombona.)

XXXVIII.—ALVARO ARMANDO VASSEUR: *El Vino de la Sombra.*—2,75 ps.

XXXIX.—JUAN MONTALVO: *Mercurial Eclesiástica (Libro de las verdades)* y *Un vejestorio ridículo ó Los Académicos de Tirteafuera.*

XL-XLI.—JOSÉ ENRIQUE RODÓ: *El mirador de Próspero.*

XLII.—R. BLANCO-FOMBONA: *Cancionero del amor infeliz.*—2,50 pesetas

XLIII.—RAFAEL MARÍA BARALT: *Letras españolas.* (Primera mitad del siglo XIX).—3 pesetas.

XLIV.—EDUARDO PRADO: *La ilusión yanqui.* (Traducción, prólogo y notas de Carlos Pereyra.)

XLV.—JOSÉ RAFAEL POCATERRA: *El doctor Bebé.* (Novela.)

XLVI.—MIGUEL ANTONIO CARO: *Páginas de crítica.*

XLVII.—M. ANTONIO BARRENECHEA: *Ensayo sobre Federico Nietzsche.*

XLVIII.—CARLOS PEREYRA: *El pensamiento político de Alberdi.*

XLIX.—CECILIO ACOSTA: *Cartas venezolanas.* (Apreciación de Cecilio Acosta, por José Martí.)

L.—AURELIO MITJANS: *Historia de la literatura cubana.*—5 pesetas.

LI.—JESÚS CASTELLANOS: *Los optimistas.*

LII.—R. JAIMES FREYRE: *Castalia bárbara. Los sueños son vida.*—3 ptas.

LIII.—MANUEL SANGUILY: *Literatura universal. Páginas de crítica.*—4 p.

LIV.—JAVIER DE VIANA: *Campo. Escenas de la vida de los campos de América.*

LV.—MARÍA ENRIQUETA: *Jirón de mundo.* (Novela.)

LVI.—MANUEL DÍAZ RODRÍGUEZ: *Idolos rotos.* (Novela).—4 pesetas.

LVII.—ALVARO ARMANDO VASSEUR: *Gloria.—Aventuras peregrinas.*

LVIII.—RAFAEL BARRETT: *Moralidades actuales.*—4 pesetas.

LIX.—RAFAEL BARRETT: *Cuentos breves.*

LX.—RUBÉN DARÍO: *Sus mejores Cuentos y sus mejores Cantos.* (Segunda edición.)

LXI.—GUILLERMO VALENCIA: *Sus mejores poemas.*

LXII.—GONZALO ZALDUMBIDE: *José Enrique Rodó.*

BIBLIOTECA ANDRES BELLO

GONZALO ZALDUMBIDE

# JOSÉ ENRIQUE RODÓ

EDITORIAL-AMÉRICA
MADRID
1919

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
FERRAZ, 21



# JOSÉ ENRIQUE RODÓ

En América y en España, con alarmante unanimidad, José Enrique Rodó ha sido proclamado el primer prosista de Hispano-América. Y cuando decimos, en nuestras pequeñas repúblicas, que tal prosador ó poeta es el más grande de los nuestros, no es, por desgracia todavía, que simplifiquemos en demasía ó ingenuamente nos contentemos con ponerles número ordinal. Donde ingentes obras dominan el horizonte, por demás pueril é incierto es comparar su altura en la infinita perspectiva. Pero, entre nosotros, decir: «Tal es el mayor escritor», significa, á veces, que es acaso el único de veras grande. Podríamos asegurarlo de José Enrique Rodó en el Uruguay. Y aun dentro de la América hispánica en general, quizá, si en su rango excelso es él quien prevalece y reina.

Aisladas se destacan las grandes obras entre nosotros. No las respalda, como en las literaturas tradicionales, la mole antigua y estable que á cada una presta la majestad del conjunto. Emergen á distancias impre-

visibles, en la historia de ritmo aún convulso. Descollantes sobre la llana simplicidad del pasado y la incipiencia del presente, parecen en verdad mayores. Preciso es recordar aquí esta proporción y relatividad; y, al mirar este breve diseño, tener en cuenta su escala.

Pero hay casos en los cuales poner reparos á la obra bnena parece profanación de algo tutelar. Tal es el caso con Rodó en relación á su América. No sólo porque unió Rodó, á la excelencia de la obra y á la pureza ejemplar de la vida, la suprema belleza tácita—de un alma tímida para sí, magnánima para los otros—, sino porque, en vez de aislarse en el «recinto interior», que él mismo aconsejara un día como refugio, ó de preservarse en su soledad meditativa y alta, mezcló simple y cordial su espíritu á las más discordes y confusas fuerzas de pueblos aún en formación.

Adaptando sin quejas, por el amor de lo propio, su incontaminada superioridad á las miserias del medio todavía áspero y estrecho, apuró en sí la conciencia de la raza nueva; y por mejor orientarla, en vez de seguir los caprichos de la mocedad ó las tendencias de moda, tempranamente enderezó el paso hacia las vías perennes. Y como, á medida que ensanchaba su horizonte, el corazón se le henchía de certidumbres magníficas en lo tocante á su América, del cuerdo vaticinio que es su obra toda, medio continente ha hecho una especie de *palladium* familiar y cierto. De ahí que, á pesar de nuestra prontitud á todos los entusiasmos, no haya habido en América admiración más concorde que la suscitada por este espíritu, desde sus comienzos hasta el fin de la as-

cesión magnánima. No hubo en verdad adhesión más unánime ni más confiada.

A qué profundidad había llegado su acento en el alma americana, bastaría á probarlo el clamor de duelo que se exhaló á la nueva de su muerte. Ya, á la de Darío, un estremecimiento de liras llevó á todas las almas la vibración del treno más sentido y férvido que hasta entonces se había oído; pero el encantador imperio del poeta, proclamado por Rodó mismo, no rebasaba los límites de la literatura sino para extender los de nuestro joven orgullo y exaltar la esperanza de otra alba lírica.

En tanto que, á la inesperada muerte de Rodó, toda Ibero-América sintió que con él desaparecía, no sólo el escritor que había superado, en elocuencia serena y primor asiduo, á cuantos, contemporáneamente, escribían prosa castellana, sino también la más pura autoridad moral de un mundo en formación, el vocero de veinte naciones grávidas, trabajadas todas por igual urgencia. Poetas y pensadores, políticos y letrados, exaltáronle como propio, aclamándole, á una, maestro.

Quisiéramos, pues, limitarnos simplemente á admirar y creer.

... Pero, parécenos ver la figura misma de Rodó, benévola y pensativa, inclinarse como á decirnos que almas del temple de la suya gustan más de ser comprendidas en su valor y medida, que no de ser ensalzadas sin tiento; que sólo el elogio concreto y dentro de los términos que resguardan los altos fueros del arte, es leal tributo de gloria, y lo demás vano ruido; y que, en cuanto á él particularmente, más bien le crisparon de pudor ó vaga-

mente le humillaron, siempre, las loas desmesuradas, y le apenó tanto como le hostigó el incienso demasiado crédulo.

Si tan sólo á la altura de la obra es eficaz y durable su exaltación, nuestro exceso la agobia, la desirve y aun la traiciona. Y Rodó, maestro de mesura al mismo tiempo que de generosidad intelectual, nos está fijando normas. Que si alabar siempre moderadamente es, con razón, para Vauvenargues, signo de mediocridad, violentar la elasticidad de los epítetos laudatorios y extremar el idolátrico ditirambo sólo sirve á provocar reacción ó burla.

Todo esto es obvio y primario. Pero es preciso recordarlo...

Pues diríase que en América sólo gustáramos de lo que Lemaître llamaba *de la critique jaculatoire.* Sobre todo en encomio de Rodó, ha subido tanto el tono jaculatorio, que, de no estar al diapasón, uno se expone á parecer menos cordial, cuando no otra cosa.

¿Necesitaremos, pues, protestar de nuestra intención, al señalar en la obra del artista insigne, si no defectos, lagunas y acaso insuficiencias? ¿Parecerá vano alarde crítico, sutileza, ó algún otro afán deslayado?

Contristaría el espíritu tener que poner por delante, casi á modo de excusa, precaución tan innecesaria, si el reproche ó la incomprensión que con ello se quiere evitar no proviniera de sentimiento tan precioso y cándido como es el anhelo, justísimo, de imponer viva fe en recientes superioridades, á pueblos que se obstinan en desconocerlas...

Al indicar, dubitativamente, los límites ó carencias de tan grande espíritu, harémoslo tan sólo á título de mera impresión personal. Además, cuanto tiene de grande, lo es en tal grado y con firmeza tal, que no le serán merma semejantes limitaciones, ni su figura aparecerá menos hermosa entre sombras realzadoras.

Acicate prendido á su naturaleza de escritor y de hombre fué el ahinco por depurar la fatalidad que entrevera los defectos á las cualidades en proporción vital casi indiscernible. Mientras más humano en sus deficiencias, nos parecerá este espíritu más augusto en su grave y tenaz esfuerzo de perfección; y en admirarlo nos complaceremos, aun allí donde nuestras más íntimas predilecciones vayan á otros.

Reconoceremos además, en éste, por encima de su arte egregio, un dechado de probidad intelectual y desprendimiento en la cotidiana profesión de las letras, un magnánimo ejemplar de director y maestro, el más necesario en democracias como las nuestras, el mejor de cuantos se han alzado á señeros y orientadores, tipo quizás augural, mensajero de «especie profética». Y en esta fe y reconocimiento nos confundiremos con la muchedumbre, que en este caso, quizá porque le concierne en lo hondo de su destino, adivina como por instinto y acierta sin saber por qué.

# I

## SU APARICIÓN Y SIGNIFICADO EN EL MEDIO

Surgió de pronto y ahí se está solitario, y casi inexplicable dentro de su horizonte, este espíritu tan poco singular empero, tan humano y tan universal. Ni le preparan antecesores, ni le rodean semejantes en la literatura de su país. Nada debe Rodó, intelectualmente, al medio en que se abrió á la vida de las ideas; que más bien débelo todo, como la mayor parte de nuestros escritores, á influencias lejanas.

Al suelo que le vió nacer, ligado se halla tan sólo por el amor. En la pura, incolora transparencia de su prosa, nada hay de americano ni pintoresco, nada de sabores de tierruca ó toques de color local. Ni en su elegante y ceñido discurrir sobre cosas de América misma, ni en sus

hábitos generales de pensamiento y de estilo, queda nada de nativa primitividad.

Desde mozo, lo que sorprende en su acento es, no tanto la precocidad de la convicción, cuanto el temple sagaz y firme, la tempranera sazón, el dulzor á punto, lo que llamaríamos su natural madurez.

En efecto, aquello de que tan sólo en Rodó gustamos enteramente, y como por primera vez, pues que en otros autores americanos lo hallamos más bien como conato y aspiración que como calidad natural y constante, es aquella templanza interior del hombre dueño de sí y de su arte, esa tan suave y firme plenitud que denota, ya convertida en la más rica substancia propia, una vasta cultura, y pone, en todas sus obras, la más acendrada y leal virtud de persuasión.

Aquel sabor de entera madurez parécenos inestimable en el verdor de nuestra civilización, entre tanto alarde de aprendices, entre tanto ensayo ó promesa quedados en agraz. Si en otros la descubríamos aquí y allá, parecíanos brote casual ó cierto casi inesperado. Donde todo, y

particularmente el esfuerzo del estilo, revela el tanteo, la inseguridad del pensamiento, destácanse de improviso, en sus hallazgos intermitentes, la inspiración más ó menos feliz, ó el artificio aplicado é instable. Poemas, ensayos, libros abundan así en América, que son como aquellos frutos madurados á la fuerza: reblandecidos de un lado, pintones de otro, bien muestran cómo la pulpa, sabrosa y todo, no ha cuajado sus jugos á influjo de una morosa estación propicia.

Si algún autor ha logrado en tal ó cual de sus obras esta armoniosa granazón interna, no se advierte la necesidad que á dárnosla tal le predisponía: la cultura á que la debe no parece serle consubstancial, sino sobreañadida oportunamente. No así en Rodó.

Nada podía gustarnos más. Nuestra civilización, que ha perdido ya toda ingenuidad, y no ha aprendido aún á reconstituirla en el arte, pues cuando imita el balbuceo y candor de los primitivos es porque así lo hacen las mayores que le sirven de modelo, se afana más bien por llegar en todo á la última palabra. Aceleramos nuestro incierto y confuso ritmo, forzamos sin previsión nuestra mal montada máquina social,

por no retardar ni atrasarnos de los conductores y guías.

Nuestra literatura, como nuestra vida toda, siente este aquejo. Vano es que nos digan que no estamos aún para eso, que basta ó que mejor haríamos con distinguirnos cultivando nuestras peculiaridades, diferenciando nuestras costumbres y pintando nuestros paisajes. Pero la verdad es que nos avergonzamos de las unas, cuando no son las del mundo más civilizado; y en cuando á los otros, no bastan á constituirnos un título suficiente. Distinguirnos podemos sólo por lo pintoresco.

Mas no queremos ser pintorescos, tal vez porque eso nos recuerda todavía de muy cerca el taparrabo y las plumas de nuestros inocentes antepasados. Sería muy pobre orgullo para nosotros. Lo que queremos de todas veras, dígase lo que se quiera, es ser hombres, ser pueblos como los de más vieja experiencia y más profunda historia: tomándoles la flor extrema de su saber y de su sentir. Airosa petulancia de adolescentes; pero también incontrastable empuje de la vida.

Fácil es ver que el anhelo de acendrar la cultura en sus formas más avanzadas es el lazo de

similitud entre los artistas de la generación de Rodó, que impusieron al público la novedad de su arte, tomándola de los últimos modelos, en particular franceses. Los europeos, y no sólo ellos, vieron en el afán de exotismo, que parecía caracterizarles, la ingenua prontitud del salvaje que trueca los productos de su suelo, así sean los más preciados y necesarios, por los espejuelos y abalorios del mercadante extranjero.

Nosotros no vemos en este júbilo bárbaro que se apodera de todo lo «moderno», y lo festeja hasta en los sucedáneos, y lo imita hasta en sus deformaciones, sino el alarde feliz de una raza joven, impaciente por demostrar su precocidad, su vivacidad intuitiva, su capacidad de asimilación, su alegría de dar también ella en el hito y acordar para el más alto contrapunto de refinamiento su ágil y nerviosa sensibilidad.

A menudo, en este afán de estar al tanto se advierte algo del provinciano que en su aldea sigue la moda de la metrópoli. Por lo mismo, cuando hallamos un Rodó, superior á todas las modas, exento de vanidades, con dominio acabado sobre cuanto contribuye al realce de su aptitud natural, reconocemos en él un perfecto ejemplar de lo que queremos ser, de lo que va-

mos siendo. Y por esto, en obras como la suya es donde más altamente se cifra nuestro esfuerzo por llegar, del rápido aprendizaje á la maestría, nuestra capacidad de reproducir y quizá agrandar—ya que no hemos creado, ni lo podríamos, una civilización divergente, peculiar y exclusiva nuestra—ciertos moldes del mundo moderno.

Este afán de madurez es lo único que pone cierta unidad de sentido en la pluralidad de nuestros entusiasmos. Por ejemplo, en la premura con que toda una generación, de 1890 á 1910, llenó nuestra literatura de novedades en ella antes inauditas, acogiendo desde el principio como expresión suya, y simultánea aunque en apariencia contradictoriamente, la poesía estatuaria, con Leopoldo Díaz, y un nuevo sentido del ritmo con la divina música primera de Rubén Darío, hay, sobre todo, el secreto delator de esa inaplazable necesidad. Entre los varios iniciadores de tal movimiento no hay sino aquesta innegable comunidad, y en todos, una misma ley de imitación se cumple.

La generación anterior, que recibió en legado del romanticismo, como única esperanza de arte nuevo y propio, la posibilidad de un arte ame-

ricano, de alma y forma autóctonas, no logró realizarla en ejemplos muy convincentes, á pesar de que á dárnoslo le incitaba su favorito realismo, exigiéndole tan sólo la expresión sincera de *su* verdad.

De habernos impuesto su inspiración como norma única, habría estrechado inútilmente el horizonte. Era imposible engañar con el verismo de lo circunstante la ansiedad insofocable de lo universal, con que procuramos salir de nuestra pequeñez y aislamiento. Injusticia era, por otra parte, exigir que mientras en todos los órdenes de la actividad pública y privada pasaba por timbre de orgullo y garantía de excelencia el modelarse conforme á instituciones, leyes y fines prevalecientes en los países conductores, tan sólo la literatura se abstuviese de escoger modelos y lo sacase todo del propio suelo.

Su error era el candoroso de creer que el esplendor de nuestra naturaleza debía bastar á todo y suplir á todo. Pero los paisajes no dictaron nunca muy claro sú pensamiento, y si dan la materia del canto ó la emoción inicial con el espectáculo de su gracia ó de su grandeza, no enseñan por sí solos el ritmo en que ha de modularse su inspiración. De otro modo, dondequie-

ra haya montes y ríos, habría poetas silvestres y fluviales, por decirlo así, que se les parecieran.

Son los libros los que engendran libros. Y los que llegaban por entonces de Francia eran reveladores de cosas que nunca el medio, el paisaje dirían... ¿De quién la culpa, si los jóvenes poetas sentían ó creían sentir mejor la poesía en Verlaine, que no en lo pintoresco del caudillaje ó en bosques y cordilleras todavía sin alma? Si algunos no eran sinceros en su admiración de lo que acaso no entendían muy bien, ¿habríanlo sido mayormente al obligarlos á admirar en cambio los *cielitos*, las *vidalitas*, ó el *yaraví* del serrano?

... Desvanecido, por falta de pruebas, el orgullo de poder crear por sí y ante sí un arte aislado y suficiente; aceptada, hasta con satisfacción, en los demás órdenes, la fatalidad de esta dependencia intelectual, preciso era resarcirse mediante la reconocida aptitud á la asimilación. La intuición, el poder adivinatorio, el afán de ponerse al tanto, eran los verdaderos móviles de la sinceridad literaria, sin contar con el prurito de novedad, que entre los jóvenes (que sólo por ser jóvenes creen en ella) es la forma crónica del inquieto instinto de imitación.

Si buscáramos en el medio otra razón á su éxito, la hallaríamos, seguramente, adaptable á su caso y como preestablecida á él: tan fáciles son los juegos á que se presta el llamado aspecto sociológico de la obra de arte. Pero nuestra explicación volvería acaso más difícil ó más incierta, á pesar de la elasticidad del determinismo taineano, la de casos contrarios ó diversos que, sin embargo, produjeron contemporáneamente fenómenos similares.

Si unos pocos innovadores lograron imponer á nuestra apartada literatura el movimiento que en otras partes fuera resultado de largas oscilaciones espirituales ó necesidades originales del medio, puede decirse que el ambiente por ellos revuelto estuvo acaso esperando el soplo de orientación y despejo que la obra de Rodó trajo de suyo.

Esta obra, sin contrariar el espíritu triunfante ni el afán de su época, parece, hasta cierto punto, darles la justificación y el rumbo que les faltara. Se explica, sin paradoja, la unión de su nombre al de quienes nos encantaron tan diversamente; y no es que admiremos esto ó lo otro en un vago eclecticismo que nada prueba con la libre errancia del gusto individual; sino que en

su amplitud aprendimos á conciliar las divergencias de nuestra sinceridad contradictoria, pero irrestringible, afianzando la viviente multiplicidad por la cual cambiamos de entusiasmo sin cambiar de alma, de devoción sin renegar ningún culto; y buscando siempre en la razón más alta la explicación y límite de las tendencias que no llegamos á compartir.

El lema de *ser de su época*, en el sentido de un anhelo de maduración y universalidad, explica bien el que Rodó, espíritu moderno, aunque en ningún modo literato «modernista», comparta con éstos—no ya en su calidad de pensador y director de vocaciones, que en esto no tiene pares, sino en cuanto á artista y obrero de la expresión—el dominio de su tiempo. ¡Fué, sin embargo, tan diverso de ellos, tan distinta su obra, así en los fines como en los medios!

Si no les fué decididamente un antagonista ni reunió en torno suyo á los malcontentos, para que podamos atribuirle un movimiento de reacción y ponerle á la cabeza de un bando opuesto, les fué menos aún devoto alucinado y crédulo. Que si desde el primer momento reconoció á Darío, por ser quien era, todo privilegio, fué de los primeros en lastimarse de tanta

preciosidad como ponía en manos de imitadores vulgares y en pedir para éstos, que eran los más, «el castigo».

*
* *

Si entre nosotros, casi siempre, unos pocos espíritus descontentadizos imprimen en el medio inerte impulsiones venidas de fuera, sin común medida con lo propio y lo espontáneo, el caso inverso, como parece haberse verificado con Rodó, es más bien único.

Al verle tan penetrado del sentimiento y comprensión de América, aplicando tan íntimamente á asuntos y héroes americanos la cultura universal, hemos saludado en él la realización más alta de nuestro doble destino, el fruto temprano y supremo de nuestra inmatura civilización.

En otros grandes escritores americanos algo hubo siempre que delató el pecado original: el de la raza incipiente y hecha de sangres contradictorias, de la cultura incongruente y atropellada, de la vida nacional caótica. Instintivos casi todos, extraordinariamente dotados, estallaba á menudo en ellos, en tal ó cual página fuerte, en tal ó cual insofocable poema, libelo ó apóstrofe, un talento casi monstruoso por lo desigual.

Así tuvimos, por modo admirable, poetas «inspirados», pensadores «geniales», oradores «irresistibles», bellos ejemplares de todos los géneros que requieren casi únicamente una aptitud innata.

En nuestra voluntariosa literatura domina así la impresión de una multiplicidad de fuerzas fecundas y desgobernadas, hábiles y mal aprovechadas. El romanticismo nos vino quizá demasiado pronto, antes de que ninguna virtud clásica hubiese asentado una disciplina ni fortificado una tradición. Aprendimos á balbucir en gongorino. Y tras el gongorismo iniciador, que rigió hasta las postrimerías del siglo XVIII, el cortesano pseudoclasicismo, en la servil imitación de modelos impuestos con fría obligación de *pensum*, por los últimos pedantes de la colonia, acabó de viciar la débil aptitud.

Luego la inspiración democrática y libertaria de la independencia continuó envolviéndose en falsedades pomposas y aristocráticas de un clasicismo heroico y mitológico.

Si por lo menos la superstición clásica, mal entendida y todo, hubiese logrado establecer un abundante discipulado, dentro del cual hubiesen llegado á multiplicarse producciones, aun enton-

ces excepcionales, como la *Silva á la agricultura de la zona tórrida,* ó el *Canto á la victoria de Junín*, habrían tales modelos enseñado, no sólo á pensar con orden y á *componer,* sino también á ajustar las palabras á las ideas, á ejemplo de su precisión potente y detallada, á aplicar á asuntos nuestros, desbordantes de urgencia tumultuosa, las más seguras y sobrias normas.

Admirables frutos de disciplina antigua vivificada, como por sangre nueva y ardiente, por sentimientos netamente americanos, al fin habrían servido de armazón á una especie de literatura nacional, á un tiempo sólida y nueva, propia y tradicional. Pero en la vaga y dispersa literatura americana apenas había llegado un falso clasicismo á insinuar cierto respeto, que pudo ser saludable en su oportunidad inicial, á ciertas reglas de composición y arquitectura mental—débiles amagos por restablecer la coherencia en el desbarajuste dejado por la colonia gongórica y ergotista—, cuando ya vientos de libertad vinieron á barrer, con los resabios pseudoclásicos, los primeros elementos de orden y jerarquía que comenzaban á implantarse con Bello, Olmedo, Caro. Gutiérrez y algunos otros, en el campo hasta entonces sembrado de con-

fusos despojos. La creencia en el dón infuso y en las intuiciones de la inspiración, aumentaba la incoherencia que una educación intelectual entregada al azar había hecho congenial. (Puede decirse que, entre nosotros, todo escritor fué un autodidacta por lo que toca á su cultura general y particularmente á la literaria.)

El romanticismo no halló, pues, entre nosotros, tiranías seculares que destronar; nos halló libres... y pobres como las cabras. Sopló en los pálidos rescoldos de la hoguera ya muriente de la revolución libertadora para acabar de dispersar en cenizas los vestigios del pasado. No pudiendo ser liberación, hubo de ser licencia.

No habiéndonos conferido, como dón suyo, una franquicia que teníamos de hecho al no tener, de entre lo propio, nada, ó tan poco que respetar, que continuar ó imitar, nos dió tan sólo la libertad de echar á perder la que teníamos de nacimiento. El principio de libertad en literatura no fué, pues, una triunfante reivindicación, como lo había sido en política, sino más bien turbulento empuje desorientador, y casi justificación de la ignorancia nativa.

Nuestra literatura se pareció en inexperiencia á nuestra política y la siguió en las vicisitudes

del aprendizaje. Pereza, libertad y romanticismo, hostigábales á nuestros escritores el construir pacientemente la morada del pensamiento de un día en países instables, convulsos, en perenne improvisación de instituciones y leyes.

La perfección fué en ellos acierto genial, casi nunca fruto de voluntad exclusiva, de conciencio imperiosa y tenaz; destella acrisolada en trozos, por lo general vehementes motivos líricos, mientras la obra, en conjunto, casi siempre impulsiva y de primer brote, desborda de incoherencias y desigualdades.

Aun de los poetas puede decirse que el anhelo de perfección formal, la exquisita intransigencia de expresión, son cosa de ahora, llevada por Darío de la Francia de los parnasianos. El parnasianismo pudo ser nuestra escuela de clasicismo. Desgraciadamente, duró muy poco y fué, además, estrecho, parcial, esotérico.

A los predecesores, la «inspiración» hacíales titubear como una embriaguez sagrada, privándoles de paciencia para la nimia y exacta adecuación de la palabra al matiz. Románticos, poetas por «fatalidad», más atentos á las bellezas tempestuosas de la pasión que á las exigencias del «arte severo y del silencio», modularon su

alma confusa cual les salía, sollozante ó huracanada, sin mesura y como sin pudor... Más libres todavía, los prosistas descuidaron más, con desenfado más negligente, el arte de imponer una arquitectura á sus fáciles concepciones.

Pero he aquí, realizado casi de repente, el tipo de escritor perfecto; y al propio tiempo la mente más civilizada, la más discreta sensibilidad. Para admirar sin reservas la calidad de una prosa de nobleza constante é infatigable elevación, ceñida á elegancia igual página tras página, sin flaquezas para con la abundancia aproximativa ni condescendencias ante la «rebelión de la palabra que se niega á dar de sí el alma y el color»; para admirar asimismo el decoro de un pensamiento mantenido en belleza por la expresión más hermosa y en libertad por la amplitud más segura de sí, es preciso, en efecto, llegar á Rodó.

La misma prosa de Montalvo (autor á quien Rodó ha tributado el más estupendo elogio, con un «ensayo» sin par en lengua castellana dentro de la crítica, por la magnificencia del estilo, el entono de la concepción y el calor del sentimiento) es una prosa aparte, prosa de excepción, admirable á título de alarde personalísimo, de intransmisible secreto.

Si Rodó vió ya en Montalvo «la típica representación del escritor en la integridad de facultades y disciplinas que lo cabal del título supone», mayormente hemos de verla en quien, si tuvo un dón menos genial, juntó á cultura más vasta la universalidad de un espíritu más ecuánime y más comprensivo (1).

Faltábanos, en efecto, hasta que le tuvimos en Rodó completo y acabado, el *escritor* por excelencia, que, uniendo á un grave y encendido amor de la verdad una sensitiva inteligencia de lo bello, fuese, á un tiempo, artista y hombre de pensamiento, personal y universal, sapiente y espontáneo, entusiasta y crítico; el escritor dueño de su cultura y de su personalidad, en quien aparezca tan egregio el dón literario de la expresión, como lúcida y estricta la conciencia estética en la concepción; que ponga tanto escrúpulo en el detalle como medida y proporción en

(1) No es que tengamos en menos las «pasiones» de un Montalvo: antes bien, luego se verá cómo las reclamamos, en cierto sentido, aun para Rodó; sino que, desde este punto de vista de la representación genérica del escritor, la polémica, la sátira y otras formas personales, así no sea más que por su asunto, como también *la manera* de Montalvo, parecen de menor alcance que estotra caracterizada precisamente por su amplitud y universalidad.

el conjunto, y sea tan responsable de cuanto dice como de cuanto calla; género el más raro y el más necesario, en países donde la falta de tradición clásica deja á cada uno entregado á la viciosa espontaneidad nativa.

Menos original en la manera, menos genial en el temperamento que Montalvo, en el sentido del candor y la alegría creadores; más cordial, más armonioso que Andrés Bello, Rodó, con ser tan europeo, y precisamente por serlo, es el literato que encarna con mayor pureza la civilización que vamos aprendiendo, la mente que vamos asimilando. Es por esto, en el sentido de un depurado casticismo, el escritor que mejor nos representa.

Otro que tuviese alguna sorprendente originalidad distintiva, algún pungente sabor regional, algún incontenible y exclusivo prurito americanizante, no representaría la dirección de nuestros espíritus y el tenor de nuestros hábitos intelectuales, tan genuinamente como este escritor que, con sus dones de ampliación y de asimilación, característicos de nuestra general aptitud, ha sabido, por modo tan gallardo y persuasivo, disimular nuestra pobreza de invención, nuestra carencia de iniciaciones autóctonas.

Rodó reemplaza entre nosotros, con su manera de pensar, de sentir y de expresar, la tradición clásica casi inexistente en la formación intelectual de América. No porque su obra nos retrotraiga á modelos pretéritos, ni arcaíce nuestro lenguaje—única forma de clasicismo en el concepto vulgar—, sino más bien porque actualiza, vivifica y vuelve imprescindibles las condiciones que aseguraron la perennidad del ejemplo antiguo.

En medio á nuestra indisciplina y falta de mesura, enseña la continencia emotiva, la impersonalidad de la observación, la universalidad del interés, el pudor de la expresión, la jerarquía de los sentimientos y de las ideas. Es lo menos romántico que puede ser un moderno, si bien, por ser de su época y por la amplitud de su gusto, ha incorporado á su espíritu cuanto trajo de fecundo y generoso la libertad; la libertad, señora de sí misma, que no simple instrumento iconoclasta...

Su clasicismo, no sólo de forma y de composición, sino más bien de espíritu, impone á su obra toda un equilibrio, y á su misma personalidad una armonía tan íntima, que una y otra se dirían preparadas por una larga serie de antece-

sores que, á los hábitos de introspección y conocimiento de almas, hubiesen juntado la estética de una exquisita y cordial sociabilidad. Hay en él no sé qué de raciniano, de un raciniano que fuese refractario á la pasión, á la curiosidad amorosa y á la violencia del drama, y hubiese vuelto su concertada y sensitiva naturaleza á la conciliación de tendencias intelectuales incompatibles en apariencia, á la rehabilitación de almas indecisas y voluntades enfermas.

Gracias al más acendrado auto-conocimiento, Rodó ha suplido, con su cultura universal, las deficiencias de su temperamento; ó se ha apartado de pasos donde otros, más incautos, habrían tal vez revelado su inferioridad. Jamás en su obra disparidad alguna, sea entre el asunto y las facultades, sea entre el intento y la realización. Y menos aquella que sospechamos en tantos otros, entre el hombre y la obra. El alma de sus libros era, por decirlo así, su alma cotidiana.—De ahí esa alta unidad de tono.

Desde *El que vendrá* hasta *Los que callan,* la misma melodía se difunde. Igualdad quizá contraproducente, pues aplana el interés y aduerme la admiración confiada una vez por todas. En Montalvo, pongo por caso, como en sublime

monte fragoso, uno va, por entre enhiestos riscos de pasión que ocultan valles amenos, ó por sobre altos y bajos, sin saber adónde, mas de sorpresa en sorpresa, incansable y maravillado. Rodó, con su bella barca, tensa la vela latina á un viento siempre propicio, nos lleva, en blando movimiento, por mares tan aplacados, que parecen de eternidad.

Mal acostumbrados, quisiéramos, á veces, verle romper su serena línea ascendente con alguna fuga audaz, con algún salto mortal al antro de las pasiones; ó, por lo menos, oirle alguna disonancia, para resalte mismo de su melodiosa meditación. Pero todo está en ella translúcido; aun ciertas inquietudes espirituales se destacan sobre horizontes de serenidad. Todo está ahí inmune de contagio, por más que, para saber del secreto de todas las perversiones, haya embebido su inteligencia en los más capciosos filtros: hánsele vuelto inofensivos todos, sin más que revelarle su composición.

La euritmia interior preside á su elegante enseñanza. Para él, hasta el sentimiento de la justicia no es sino un delicado sentido de la mesura y de la proporción. El mal, el error grosero, la pasión mezquina, son una díscola disonancia en el

estilo de una vida bella, en la estética de la conducta. Por eso él cree en la virtud del arte, en la fuerza reguladora delsentimiento de la belleza.

Escritor de tan clásica estirpe, hecho era, se diría, para moverse en el conjunto de una civilización que hubiese ya sosegado el curso de su historia y difundido en todos los dominios la bienhechora espiritualidad de la cultura. Lo imaginaríamos mejor aún en alguna serena edad de oro, divagante en un paisaje elíseo, platonizando entre iguales. ¿Qué va á hacer en el medio turbio, en su tiempo revuelto y preñado?

De juzgar en abstracto, destinado parecería á pasar en él como un proscripto, como un refractario casi, y sin posible actividad ni influjo.

A su aparición en las letras, un «decadentismo» todavía *brouillon*, adventicio y desorbitado, acababa de descuajar el comienzo de tradición castiza y de verdad, posible apenas después que el aluvión romántico había pasado, dejando libres y fecundados por su torrente los campos donde iba á alzarse, gracias al auge del realismo, el esperado arte autóctono. Surgieron luego las múltiples y confusas escuelas que, exageradas ó incomprendidas, todo lo trastornaban, desde la lengua hasta las ideas.

En naturaleza tan enteriza, y tan leal para consigo mismo, incapaz de insinceridad por novelería, no parecería consecuente y tópica otra actitud que la de reacción. Así le vemos apresurarse á ponerse al margen, por lo menos de las corrientes que se entrechocan y revuelven, antes que dejarse arrastrar por ninguna de ellas. Su primera actitud fué defensiva.

Mas, por una de esas felices inconsecuencias que el instinto literario, como el vital, resuelve en una profunda y más vasta unidad, Rodó salvó luego, con ardorosa amplitud de espíritu, la aparente incompatibilidad. En vez de dar á sus gustos y desdenes aristocráticos el transcendente exclusivismo que comportaban, los transformó en comprensiva y universal curiosidad. La inhibidora delicadeza, vivificada, transfigurada va en él, de pronto, por un magnífico don de esperanza, que es don de amor. Y el resultado inmediato fué un temple flexible y fuerte, de proporción y equilibrio, conciliación y mesura, que halla en su época,—precisamente por ser de choque y confusión discorde,—dónde ejercer ampliamente sus dones. Pues son dones de árbitro. Es lo que su época reclama. Y esa será su misión.

Mientras acoge cordial, y exalta al porvenir, cuanto halla en derredor suyo de veras bello, aunque no consonara con sus ideales, depura todas las turbiedades, pondera todos los extremos. En medio á la cacofonía casi ininteligible de los cenáculos, la excelsitud de su buen sentido, sin sacrificar nada de lo nuevo al respeto supersticioso de lo pasado, consagra, en la obra del presente, la esencial supervivencia de lo antiguo, eterno.

Bajo las apariencias literarias, advierte en su tiempo obscuro tanta amenaza á la hegemonía del espíritu en la vida de los individuos y de los pueblos, que ese su ánimo de augur, con que despunta y se levanta á otear, se inquieta, teme, y prorrumpe en el patético llamamiento que escucharán sorprendidas tres generaciones nuestras.

Y, en la anárquica dispersión que siguió al reflujo de la babélica exageración, en la ausencia de entusiasmos colectivos, de fe y disciplina que concierten la obra común, durable y necesaria, él será el clasificador, el orientador, el simplificador: y en el desmayo de los ánimos y de las voluntades individuales, él vendrá luego á alentar, á suscitar vocaciones.

Y entre los resabios dejados por la egolatría romántica, terminará por restablecer la jerarquía de los sentimientos, ensanchará la visión del destino individual en la vida armónica, dignificará en la literatura la impersonal y desinteresada nobleza de someterse al asunto en busca sólo de verdad, con lealtad entera.

Perfecta adecuación del temperamento á la función: de ella nace y en ella se continúa, segura y firme, su ascendente curva, desde las primeras interrogaciones al horizonte, hasta la afirmación suprema de su *Bolívar*.

En épocas de impulso propio, de incontrastable corriente; en esas que desatan su frenesí los contenidos ímpetus de rebelión, habría sido puesto á un lado ó dejado atrás. No habría podido afirmar su posición central y su alturae cuánime. Pero en su época y en su América, fué necesario. País de confluencia, época de interregno,—una vez pasado el tumulto efímero de las escuelas; estación propicia para el inventario de afirmaciones, para el examen de conciencia, para consulta morosa de la vocación y el rumbo.

Época de incertidumbre por lo llena de posibilidades para unos, por lo desolada de deses-

peranzas para otros, ninguna gran lucha de tendencias propias é irreductibles, ninguna gran pasión colectiva llenaba su ambiente. Las últimas convulsiones de las escuelas naufragaban entre disputas fatigadas y lacias. Rodó acogía á todos en el remanso en que se apaciguaba el rumor de tempestades pasadas.

Si no fué su obra la condensación de lo característico y privativo del ambiente, no por eso fué su espíritu el *contempteur*, la viviente contradicción en que se cifrara el antagonismo entre la cultura y el medio inferior. (Si alguna vez hubo de protestar y rebelarse, no fué en querella personal ni por dolorida superioridad de inadaptables. Y si se distinguió en espíritu del predominante en su época, no fué por vana rebusca de originalidad ú otra forma de orgullo literario, sino por íntima consecuencia y más cabal concordancia de su obra consigo mismo.) No emuló la acción ni la gloria de los iconoclastas, ni creyó en la necesidad de imposibles palingenesias. Demasiado sabía que el prurito de novedad, la deliberada y laboriosa invención de originalidad son, en el fondo, ilusión de amor propio; que todo está hecho y sólo la verdad importa.

Rodó no fué, pues, un innovador; ni tuvo, si

se quiere, originalidad ninguna. O más bien sí, y transcendente del dominio literario á todos los órdenes del espíritu, y de inaudita y casi heroica novedad, en suma. Querer instaurar dando alto ejemplo de ello –la mesura, la proporción, los delicados refugios de la vida interior, en nuestra América exorbitante y desmesurada, sonora y vacua; predicar el equilibrio y la tolerancia á raza de inquisidores, que, transplantada á la tierra nueva y al contacto de la libertad, se mostraba pronta á convertirse en raza de jacobinos, ¡inaudita empresa, á la verdad, y sólo por él arriesgada! «Celebrar la tolerancia es, hace ciento cincuenta años, un lugar común--dice Jules Lemaître—; pero estad persuadidos de que este lugar común no viene nunca fuera de propósito.

»Este encantador Voltaire—añade—difundía á maravilla y amaba la tolerancia; pero quería hacer encerrar en la Bastilla á las gentes que no eran de su parecer.

»La verdad es que todo el mundo se figura ser tolerante, y que nadie ó casi nadie lo es.» Serlo en América, y no como oficio indolente ni profesión de indiferencia transcendental, era virtud ardua. Con experta gallardía y serenidad magis-

tral, Rodó mantuvo en todo su equilibrio. Hasta en su americanismo, movimiento el más decidido y ardoroso de su orientación definitiva, ¡cuán temperado de elementos universales nos lo da, cuán rodeado de preservativos, cuán garantizado contra el exclusivismo aislante, cuán abierto á la fecundación de fuera! Y su idealismo, más de razón que de anhelo, más de esteta que de místico, ¡qué bien arraigado en el positivismo crece y prospera; y cuán inclinada á la acción, en su contemplativa generosidad de espíritu!

Así es bien que sea; y si no es así como obran los innovadores, los reveladores, por lo menos así su enseñanza será oportuna siempre: con la oportunidad del que restablece lo que á diario se suele más olvidar, pero que no muere ni comienza á vivir ahora.

Y ese es otro elemento de su clasicismo, el no deber nada substancial á las circunstancias á que, sin embargo, se aplica y vincula en el tiempo. La labor de los pensadores de su casta es actualizar lo eterno, desentrañar de lo cotidiano la originalidad constante, que se renueva en el seno de la multitud, como en el seno obscuro de la tierra la juventud de la vida.

Su estilo, espejo de la diafanidad interior, im-

personal y al mismo tiempo inconfundible, no impone á la expresión el aspecto precario de su época, ni el individual y perecedero de lo exclusivamente subjetivo: sométese al objeto y le vivifica como entrando en él, sin deformarlo en la visión particular. Poco ó nada tiene, además, de exterior y puramente ornamental. Se explica, pues, que no haya sido muy imitado.

Los imitadores buscan más salientes caracteres, para extremarlos y sobrepasarlos. Pero esta prosa, clásica en su ajuste, inalienable en su perfección de todos y de nadie, era intransmisible á otra manera de pensar. Imitarle en el decir, no se podría sin seguirle en el pensar; aún más, sin caer en su *poncif*.

De ahí que este maestro no haya dejado discípulos ni escuela alguna. Paradoja fácil de explicar por lo dicho, pues los jóvenes van en seguida sólo á los extremos ó adoptan novedades inauditas, para fatigarlas y abandonarlas luego de contaminadas de vulgaridad. Rodó no trajo exotismos ni «novedades», ni restauró encantos abolidos. Su espíritu vivió de lo perenne y universal. Mal podía crear sectas y cenáculos.

Así, mientras toda América ha ensayado, durante veinte años, sin igualarla, la manera de

Rubén Darío, nadie, ó casi nadie, ha escrito «á la manera de Rodó». Hablar en apólogos habría sido, aunque inocente fantasía, imitación tan denunciable, que, en comparación, el aplebeyamiento impuesto á las marquesas y á los cisnes de *Prosas profanas* parecería todavía alarde de independencia y personalidad y sello de bien nacida distinción. Mas, si no rigió su obra como modelo mensurable, ni generó otras á imagen de su noble ordenación y aliento, nada quita eso á su excelencia, ni fué por ello menos eficaz. Y si no tuvo imitadores, no tuvo tampoco adversarios que la negaran. A la verdad, no cabe oposición á ella. De su posición tan alta y como al centro de todas las vías, lo domina todo, y á ella confluyen las tendencias al principio más divergentes.

Su espíritu, en proporción indiscernible y unidad orgánica, tuvo de todo. Si serlo todo con mesura da lo mismo que no ser nada—para el efecto de querer sistemar con simétrica lógica abstracta, las correspondencias ú oposiciones entre las cualidades y los defectos de un escritor, y las condiciones de su época, ó entre su acción sobre el medio y la del medio en su obra—, al mirar la obra en sí, y sin relacionarla

con lo circunstante, la hallaremos independiente é inmutable, perfecta dentro de sus límites y bastándose á explicarse por sí sola.



Por lo demás, y aunque siempre en modo libérrimo, casi toda su obra se inspira en el amor á América. El razonado presentimiento de su importancia en el mundo, le hizo esperar que un día América se alzaría á colaborar y aun á presidir en la obra inmensa y concorde de la civilización. Para ello creía preciso conformar nuestro espíritu al de los viejos pueblos latinos, herederos y continuadores de la norma clásica y todavía conductores de la humanidad.

En lugar de aislarnos, como algunos quieren, en independencia bravía, guardiana de lo puramente autóctono, con la aspiración, mezquina y orgullosa á un tiempo, de preservar una ilusoria autonomía intelectual, pedía que también nuestra literatura, lejos de ceñirse exclusivamente á cultivar singularidades locales, cada día más exiguas y precarias, y en vez de exaltar únicamente la sensación del terruño, cada día más pobre de alma y más desnudo de prestigios originarios,

prestase culto inteligente á aspiraciones más generales.

Con su ejemplo, Rodó ennobleció las aspiraciones del escritor del Nuevo Mundo, ambicioso ya de horizontes, antes que achicado y circunscrito á las pequeñeces del campanario, por lo que toca á la altura de su mirada intelectual: que en cuanto al apego instintivo y la consciente predilección por la propia tierra, ninguna prerrogativa les ha mermado en su cosmopolitismo puramente abierto á la libre expansión de las ideas. Rodó quería, y lo dijo él mismo, que «al lado del hijo fiel de nuestra América, que lleva entre las cosas propias de su espíritu el reflejo de cierta latitud de la tierra, esté el discípulo de Renán ó de Spencer, el espectador de Ibsen, el lector de Huysmans y de Bourget». Quería, en suma, que mantuviésemos la inteligencia franqueada á los cuatro vientos del espíritu y el corazón plantado con fuerza en lo más hondo del rincón natal.

Por suscitar en cada uno de nosotros el *hombre* total, el partícipe de todo lo humano, el espectador atento al drama del mundo, nadie hizo tanto como este sugeridor de posibilidades y descubridor de «perspectivas indefinidas». Pero

nadie, asimismo, tocó con más precisa eficacia —como lo hizo, por ejemplo, en sus gloriosos estudios sobre Bolívar y sobre Montalvo—los resortes de un orgullo más exclusivamente hispanoamericano.

Nadie, en América, supo más, ni fué de cultura más europeo, ni se sintió con más genuino derecho ciudadano del universo. Nadie, sin embargo, volvió á su América mirada más cargada de amor inquieto y vigilante afán. Tan sólo Francisco García Calderón, á quien precisamente consideran muchos como el más alto continuador de la impulsión idealista dada por Rodó á las nuevas generaciones, puede equiparársele en el sentido de esta doble posición intelectual y de esta ardua labor generosa.

Rodó nos ha hecho sentir magníficamente el calor de su alma—por lo demás recatada y distante—, en esos retratos de personajes sudamericanos, de distintas regiones todos, pintados con viviente predilección, y en cuyo fondo, con una fuerza potente y enternecida, puso vivos toques de americanismo esencial.

Quería que cada pueblo sudamericano, que cada ciudadano de estos pueblos, se sintiese mancomunado, en el alma y por todo lazo, al

resto de su América, para formar la patria continental, vasta y una, que él amaba, no solamente porque era bella en su variedad, y porque la aguardaba un porvenir colmado de bellos dones, sino porque la sentía *suya*, toda, en su unidad moral y su diversidad.

El propósito libertador, en los albores de la independencia, tuvo la visión de la unidad indivisible de América. Pero, desprendidos de la nebulosa de la colonia, los pueblos fragmentados trazaron su órbita fuera de la atracción del común origen. Dejaron de ayudarse, para repelerse, y absorbido cada cual en las convulsiones de su nuevo ser, la dureza é instabilidad de la vida interna no dejaban espacio para la difusión de la simpatía, que había de venir luego, en época más propicia y segura del porvenir, á reanimar recuerdos de infancia y resucitar las esperanzas primigenias.

Entretanto, la conciencia de esta unidad se refugiaba tan sólò en algunos espíritus superiores. Voces clamantes en el desierto. Mueren Bello, Olmedo, Montalvo, los grandes precursores: y, en su inconsciencia y dispersión de espíritu, no se sienten, las demás patrias, disminuídas de lo que pierden las pequeñas patrias de origen.

Ahora los tiempos han cambiado.

Cuando, en las fiestas del centenario de Chile, Rodó pedía «que los niños de hoy, los hombres del futuro, preguntados cuál es el nombre de su patria, no contesten con el nombre del Brasil, ni con el nombre de Chile, ni con el nombre de Méjico, pero que contesten con el nombre de América», no esperaba quizá que tan pronto, y en parte bajo su influjo y por obra suya, América llegase á exaltar el sentimiento que le presenta ante el mundo, no ya como un mero todo geográfico, sino como un espíritu nuevo, como una entidad moral y un solo peso ingente en la balanza del destino humano.

Pues fué José Enrique Rodó quien más hizo por despertar, de su extraviado sonambulismo, la conciencia de esa unidad, y por exaltar los destinos á ella vinculados. Fué él quien, con mayor eficacia y más generoso ahinco, llamó á su América á sentirse y ser en verdad lo que era, única y múltiple, diversa y sola.

Que su obra de evocador y de augur fué la de hacer vivientes, sensibles, el secreto de la historia y la visión del porvenir, dilatando y magnificando la idea y el sentimiento de las patrias chicas, en la vastedad de la grande patria. Por todo

eso, por sus evocaciones y por sus pronósticos, por sus sentimientos, tanto como por sus ideales, ya no por toques de color local ni por sabor de tierrucas ni otros elementos de pintoresco americanismo, Rodó fué amado en todo el continente y considerado como el escritor más representativo.

Y hemos visto, en su obra más que en su esperanza, el anuncio de lo que podrán acaso dar de sí, una vez apaciguados los hervores de la juventud y las asperezas de la hora actual, nuestros silvestres ingenios, así filtrados por la cultura depuradora.

## II

### SU FORMACIÓN INTELECTUAL

En escritor que apareció desde los comienzos como suma y equilibrio de culturas, resultaría demasiado prolijo rastrear el paso de influencias —todas tan bien asimiladas—por descubrir el fondo originario.

Y en quien nunca alardeó de innovador ni de original, inútil sería combatir una jactancia inexistente. Ni siquiera pretendió erigir en sistema las razones de sus gustos ó de su fe, para que se vuelva un placer malicioso el probarle que nada nuevo le deberíamos en lo suyo. Sería tan sólo desfigurarle y disminuirle el presentar descompuesto en fragmentos más ó menos integrantes un espíritu de tan fundente é íntima unidad. La miel, dice el anciano Montaigne, ya no es *thym ne marjoleine.*

Sin embargo, claras son y están patentes sus afinidades. Fácil cuanto superficial, la tarea de discrimen nos llevaría en seguida á señalar, en la flexibilidad y simpatía de su crítica, en su sentido de la realidad coronada por la misión del espíritu, en su optimismo, en su creencia en el poder regulador de la belleza, en su percepción de nuestra infinita movilidad é invención interior, conocidísimas influencias.

Pero, limitadas por el correctivo personal, que las traba al conjunto y les imprime un movimiento concordante, dan un resultado que hace de él, sin contradicción ni paradoja, una especie de Guyau sin efusiones, un Renán sin reticencias transcendentes, un Taine algo flotante y optimista, un Emerson discursivo, un Mæterlinck sin temblor ni angustia, un Macaulay sin dialéctica vehemente ni combativa lógica, un bergsoniano que se fía clásicamente á la inteligencia... No sólo su enseñanza, sino su actitud en la cátedra y ante la vida, y aun su sentimiento general de la historia humana, y hasta su «manera», si tal parece la persistente correlación de su espíritu con sus ideas y con la expresión de las mismas, podrían recomponerse con antecedentes nada esotéricos. Pero escaparía al vano empeño la

síntesis que unifica, funde y resuelve esos elementos en vida incoercible y propia.

Fuerte y entera personalidad la suya. No creyó necesario preservar su espontaneidad primera de todo contacto. No temió como los débiles, ni rechazó como los refractarios, las influencias que pudieran modificar su fisonomía espiritual.

En vez de dejarla acentuarse por sí sola, tarda y estrechamente, sin más que el paso de la vida y el cincel de la introspección, enteabrió su naturaleza á los gérmenes que en ella depositasen el azar y la selección, seguro de que habían de prender en él como cosa propia y según su ley. Juzgó además ilusorio el pretender sustraerse; ni creyó tan preciosa ni tan efímera su individualidad, que mereciera cuidado tan exquisito y mezquino.

Si mil influencias nos envuelven, nos penetran por todos los poros, no sólo de las generales, cuya acción exageró Taine al sistematizarla, sino de las mismas á que nos llevan naturalmente nuestras tendencias en su busca de inmediata satisfacción y natural desarrollo; si el querer rehuir unas sólo es dar mayor poder á otras, que obran entonces sin contrapeso, ¿por qué no aceptarlas todas abiertamente, parece haberse dicho Rodó,

y escogerlas con experiencia deliberada? No sólo las consonantes con nuestra capacidad especial, ni tampoco únicamente las cultivadas de propósito, actúan sobre nosotros; sino todas en peso, por acción ó por reacción. Hasta el refractario, al rechazarlas, las padece. Y en cuanto al original á todo trance y hora, nada más fácil que establecer el mecanismo del espíritu de contradicción.

El afán de novedad ó de originalidad, que falsea á tantos espíritus, fué ajeno del todo á Rodó. Ni tuvo por primeros y más envidiables esos distintivos. Nada desdeñó más que la extravagancia laboriosa ni el género singular de esclavitud que constituye el querer formar siempre y á toda costa campo aparte.

Si no llegó á creer al sentido común depositario de todas las verdades, ni menos de la virtud ó de la felicidad; si no se acogió al precepto de Gilbert de Voisins, que aconsejaba, con y sin ironía: *soyez un lieu commun, il faut chérir les lieux communs,* reconocía, por lo menos, que cabe andar por las trilladas sendas con paso airoso, y en los lugares más frecuentados prevalecer. Pues *il y a la manière.*

Falsa y fácil originalidad la que se obtiene al

precio de la sinceridad y de la probidad. En Rodó éstas eran primordiales, y tan fuertes, que jamás le permitieron desviarse de la senda más humilde, si por ahí le llevaban á comprobar una verdad que él quería hacer suya, á su vez, después de millones de hombres. Hacerlas suyas: era el secreto con que las renovaba todas y las devolvía á vida fresca y radiante.

Tampoco temió someterse, deliberada ni inconscientemente, á influencias nocivas, si tanto es que pueda haberlas tales, ó que no lo sean todas para los débiles. De la sumisión apocada ó servil, como de la rebelión pueril, le defendía el sentimiento de su integridad, la llana pero consciente aceptación de sí propio, el manso orgullo de ser lo que era.

Quien dijese que Rodó lo recibió todo de fuera, tendría asimismo que reconocer que todo lo devolvió, después de incubación cálida é intensa, transformado por la virtud de la fuerte personalidad. Si sus ideas no son nuevas, el sentimiento que las templa, la convicción que las reanima, la forma en que encarnan bajo su pluma le son peculiares é inalienables.

Las más fatigadas verdades se remozan en el baño de profunda sinceridad en que las inmer-

ge. Revive las impresiones más anónimas y más genéricas; y como impregnadas del «tibio aliento del alma» con que las recubre al darlas expresión, helas ahí que brotan, á él sólo parecidas, y moviéndose según su ritmo.



Curioso es seguir el desarrollo de tal personalidad desde los comienzos.

Publicadas en periódicos estudiantiles, son inencontrables sus primicias de colegial. Pero en 1895, cuando Rodó tenía veintitrés años, funda, con Pérez Petit y los hermanos Vigil, la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales.*

Publica ahí sus primeros ensayos críticos, y se encarga especialmente de la sección bibliográfica. Tómala muy á lo serio y la ejerce con toda consciencia. Quiere desde entonces orientar el criterio del público, depurarle el gusto, ponerle en antecedentes, ayudarle á la selección de su cultura.

«Tienen—dice allí—la información y el comentario bibliográficos entre nosotros una tarea de la mayor transcendencia literaria que desem-

peñar, no menos en lo que toca á las manifestaciones de nuestra propia actividad productiva, que con relación al libro europeo, cuya irresistible influencia triunfa y se impone sin que la obra fiscalizadora de la crítica le preceda en el espíritu del público.»

Despunta, pues, su vocación. Aquel es ya su «mirador» y está ahí en acecho, no de novedades, sino de signos reveladores y de excelencias recomendables. Su espíritu, abierto á toda manifestación de vida como á mensajes del futuro, recíbelo todo. Pero, á la verdad, sus fervores y admiraciones son por entonces de lo más ortodoxo.

Si bien admira más y sigue á Menéndez y Pelayo en lo que tiene de menos español; si bien admira á Núñez de Arce y á *Clarín*, sobre todo por lo que tienen de moderno y europeo, puede decirse que esa, de iniciación en suma, es su edad española, y lo es, no sólo en la manera de construir la frase y el período, demasiado largos y entrecruzados, sino hasta en la manera, bastante difusa y floja, de discurrir.

Quiere también, desde entonces, y es su principal empeño, dar arraigo castizo á la naciente literatura hispano-americana. Son de la

primera juventud los artículos sobre Juan María Gutiérrez y sobre el americanismo literario, que formarán más tarde un solo estudio, definitivo en lo tocante á sus tendencias.

Por todo esto, el joven que hoy nos parece haber sido, en cierto modo, un precursor, parece, situado en aquella época, retardar... (Era el tiempo en que, dispersos los últimos cenáculos originales, sus doctrinas é innovaciones llegaban desde París, en confusos ecos, á la América ávida.) Parece retardar mientras cunde en torno un espíritu nuevo y se agitan y crecen escuelas á manera de las francesas. Rodó las observa en todos sus movimientos.

Presiente que el inmediato porvenir les pertenece, desviado, en América, del curso que él creía más natural. Pero fiel á su sentido de la historia, al respeto inteligente y justiciero, refractario á la negación iconoclasta, se inclina, siempre que se ofrece, á los que van de vencida, y les honra en su retirada como recogiendo de sus manos el legado. Su predilección por la poesía de pensamiento y de combate no amengua su sensibilidad para la elegíaca y de intimidad, las más amenazadas por la nueva idolatría de la forma.

Así loa á Baralt, y les excusa sus debilidades á los últimos plañideros. Mas no por eso se niega á la belleza nueva y á la seducción del día, que acaso sean perdurables. Y entreviendo, sin duda, en el parnasianismo una especie de clasicismo restaurador, es de los primeros en celebrar la poesía estatuaria de Leopoldo Díaz, al propio tiempo que la serena pureza de Guido Spano.

Rodó se abandonaba, en suma, al encanto vario y la parcial verdad de todas las escuelas. «Mi temperamento de Simbad literario es un gran curioso de sensaciones»—decía. Pero pronto su inteligencia de la realidad y su amor de las grandes ideas le arrancaban al falaz hechizo. No se afilió á escuela alguna, que desde entonces sobrepasaba toda arbitraria limitación, por natural amplitud de espíritu como por celo de libertad.

Así, de los parnasianos—con quienes, empero, tenía, por la reserva distante y el fiero pudor del alma, tantas afinidades de gusto y de temperamento—le alejaban la glacial inmovilidad de la contemplación marmórea y la desesperanza implícita.

Alejábale también de ellos el desdén que pro-

fesaban por su propia época. Rodó, que sufrió en espíritu tanto de ella, nunca quiso renegarla; amábala, á pesar de todo, por todo, y quería más bien que el arte la reflejase en toda su sombría y anárquica aspiración. Por eso del naturalismo, de quien aborrecía la estrechez y las negaciones, aceptaba con entusiasmo el total denuedo ante la realidad. Y por eso no quiso huir con el simbolismo á la «última Thule» del sueño.

Dotado de la intuición que presiente en el fondo de los sistemas más abstractos ó de las escuelas literarias más formalistas el alcance dramático de las ideas, su poder sobre las almas y la vida sobrepasaba su aspecto formal y su inmediata significación, para relacionarlos con necesidades más hondas del espíritu y con el sentido humano por ellas dado al destino.

Tales ideas, repercutiendo así en el centro sensible del alma, prolongaban su resonancia en el mundo externo, al propio tiempo que extendían su sombra, leda ó fatídica, sobre las cosas más íntimas. Pero comprendió que nunca podría bastar ni siquiera á satisfacer el ansia de belleza, menos á colmar nuestra capacidad de emoción, la parcialidad de las escuelas ni de los

géneros, y que su misma fragmentación y multiplicidad revelaba tan sólo la dispersa angustia de no hallar fe alguna en que reposar, ni ideal de común trabajo, ni esperanza que persuada á seguir buscando.

Si le seducían, cada cual con su verdad parcial y relativo acierto, no lograban, con su solo juego de ritmos, de imágenes y de acordes, hacerle olvidar del todo sus preferencias. Reclamaba el fermento humano, el dolor y el misterio del hombre, la presencia de su pensamiento, la palpitación de su sinceridad, el sentimiento de su destino. «Un poeta pensador, dice en 1896, cuando á los altares de la imagen y el ritmo van todos los devotos, debe fijar la atención y merece el aplauso», y en una invocación, muy á su modo de entonces, pide á los poetas que canten «á los ideales que confortan, á los entusiasmos que reaniman, á los impulsos que levantan». «Dejad—les dice—¡oh caballeros de una luminosa caballería!, á nuestra prosa obscura la acerbidad de las querellas y á nuestra estéril cavilación las inquietudes.»

Como el D'Annunzio convaleciente de exquisitos males pedía á los poetas «el verso que exalta y consuela», Rodó pedíales también augu-

rios, presentimientos del rumbo ignoto ó promesas de apaciguamiento; quería que guardasen en su naturaleza «un poco del bardo, un poco del aeda». «Cuando las almas tienen sed, suya será—decía—la mano que se tienda para guiarles á la fuente ignorada». En medio á la zozobra del siglo, esperaba que «el Arte grande, humano y eficaz en nosotros, será aquel que se cierna sobre esta inmensa agitación, sobre esta vorágine soberbia, para tender sobre ella la sombra de sus alas».

... Más malhallados que nunca, los poetas sólo ofrecían vanos nepentes de olvido, y no sabían qué responder á semejantes interrogaciones. Acercábase Rodó con ellas á libros vertiginosos. Recorría particularmente, con su honda seriedad de alma, los *Dialogues philosophiques* del sonriente profesor de nihilismo. Sensible ante todo al encanto de las páginas tornasoladas, dejábase arrastrar por sus pases mágicos hasta el borde de los abismos sobre que revuelan.

Si el luciferino prestigio de la rebeldía no llegó nunca á tentarle, sin duda por lo romántico de la actitud, tampoco demoraba impávido entre las ruinas. Este renaniano incapaz de ninguna ironía, y menos aún de la transcendental,

acendraba, en la seducción de esa peligrosa y voluptuosa enseñanza, tan sólo la gravedad de la sonrisa y la tristeza filosófica. Pensar, para él, no era, ni en compañía tan deleitable, placer superior é inocuo, aislado de la urgente vida. Era iniciación grave, prueba de la vocación y pacto con los demás hombres; deber y voto.

En su ardor de comprenderlo todo y de llegar á la verdad más alta por lo interior de todas las dudas y de todas las creencias, el joven pensador hizo suyas, hacia 1896, todas las audacias del pensamiento finisecular, y aun parecía, al inclinarse sobre sí mismo, comprender apasionadamente la tragedia íntima de un Amiel, de quien se apartará más tarde casi con desdén.

Él, tan seguro de sí y del rumbo, parecía, en medio á tantas negaciones y solicitaciones contradictorias como entrechocaban en la sombría grandeza de aquel ocaso, buscar ansiosamente, no ya tan sólo su certidumbre, sino la de todos, el entusiasmo común, la unidad de ideal.

Sobrepasaba con superior amplitud, en natural movimiento, el fervor iluso de las escuelas dueñas de la fórmula única y del secreto. Frente á la vida de sentido incierto, parecía casi

aventurar, en sus primeras meditaciones, la paz del alma.

Con aquel fervor que da á su ardiente perplejidad de entonces un irresistible acento, clamaba, con Bourget, por la palabra que nos devolviera «la divina virtud de la alegría en el esfuerzo y de esperanza en la lucha». «Entretanto, decía, hay en nuestro corazón y en nuestro pensamiento muchas ansias, á las que nadie ha dado forma... Todas las torturas que se han ensayado sobre el verbo, todos los refinamientos desesperados del espíritu, no han bastado á apaciguar la infinita sed de expansión del alma humana...

También en la libación de lo extravagante y de lo raro ha llegado á las heces, y hoy se abrasan sus labios en la ansiedad de algo más grande, más humano, más puro... Pero lo esperamos en vano. Sólo la esperanza mesiánica, la fe en el que ha de venir, flor que tiene por cáliz el alma de todos los tiempos en que recrudecen el dolor y la duda, hace vibrar misteriosamente nuestro espíritu.

¡Revelador! ¡Profeta á quien temen los empecinados de las fórmulas caducas y las almas nostálgicas esperan! ¿Cuándo llegará á nosotros el eco de tu voz dominando el murmullo de los

que se esfuerzan por engañar la soledad de sus ansias con el monólogo de su corazón dolorido?... De todas las rutas hemos visto volver los peregrinos, asegurándonos que sólo han hallado ante su paso el desierto y la sombra... ¿Adónde está la ruta? ¿De qué nos hablarás, revelador, para que nosotros encontremos en tu palabra la vibración que enciende la fe, y la virtud que triunfa de la indiferencia, y el calor que funde el hastío?...

En medio de su soledad, nuestras almas se sienten dóciles, se sienten dispuestas á ser guiadas... Nuestra actitud es como la del viajero abandonado que pone á cada instante el oído en el suelo del desierto, por si el rumor de los que han de venir le trae un rayo de esperanza.

Nuestro corazón y nuestro pensamiento están llenos de una ansiosa incertidumbre... ¡Revelador! ¡Revelador! ¡La hora ha llegado! El sol que muere ilumina en todas las frentes la misma estéril palidez; descubre en el fondo de todas las pupilas la misma extraña inquietud; el viento de la tarde recoge de todos los labios el balbucear de un mismo anhelo infinito, y esta es la hora en que la «caravana de la decadencia» se detie-

ne, angustiosa y fatigada, en la confusa profundidad del horizonte.

El primer tomo de *La Vida Nueva*, henchido está de este clamor de espera. Aguardar respuesta á ansias eternas, ¿no era candor? Pronto dejó de esperar. Advirtió que la inquietud provenía principalmente de la anarquía interior, y volvió la atención hacia sí.

En realidad, su angustia no era más que dilettantismo pensativo y grave. Uno como presentimiento de su inmunidad bastó á aquietarle en el trance. En el secreto de su consciencia, una luz velaba, persistía, como anunciándole que saldría, cuando él quisiera, de esa opresión y hallaría, descampado y libre, su camino propio.

Comenzó por ponerse de acuerdo consigo mismo y su verdad íntima. Su dialéctica era, ante todo, necesidad de concordia. Lejos de todo narcisismo, lejos de todo contagio ó afectación de perversión elegante, lejos también del amielismo inhibidor y cruel, dióse al cultivo del alma, arte que llevará luego á la perfección. Serenado, pudo mejor escuchar las *voces interiores*. No tardaron en preludiar esa melodía de serenidad, que es como la música de su espíritu.

Desde entonces comienza á alzarse, con el

dón innato de la orientación, la heroica y cándida esperanza de su optimismo.

Luego, su vida interior avanza y se despeja como esos climas de primavera furtiva y brusca en que la urgente savia estalla casi repentina y florece todo á la vez, para ceder en seguida el campo á los radiosos días de estío, que instalan su esplendor tranquilo como si hubieran de durar siempre. Páginas hay en su obra de tan radiosa serenidad, que en verdad inspiran la misma melancolía que el azul sin mancha, en ciertos días demasiado bellos.



Aquel Rodó juvenil, inquieto, ansioso de hallar rumbo, sería muy interesante de esbozar aquí, en contraste con el pensador ecuánime, norte y guía de generaciones. Pero fué un Rodó momentáneo, de iniciación. Superada tempranamente la parcialidad de las fórmulas, aceptó, sin embargo, los ritos nuevos, los procedimientos de relieve y de música, de plástica ó de sugestión evanescente, el ritmo interno del pensamiento poético, la imagen rara y precisa, todo cuanto de bueno traía el afán innovador.

Mas no aceptó la pretensión demoledora y exclusiva. Antes impuso con alta sagacidad los límites á todas y cada una de las escuelas. Se le ve entonces dominar el tumulto vario; y si su mirador se halla, como si dijéramos, al centro de todas las vías, bastante elevado está para dominar las lejanías de porvenir de cada uno de esos senderos ó paisajes espirituales por donde divagan los diversos prosélitos.

Ve más allá del triunfo. Y así, al ver á ciertos poetas obstinados en divorciarse de la realidad interior y cultivar exclusivamente el dominio de la plástica ó de la música, fué de los primeros en profetizar que «al modernismo americano le matará la falta de vida psíquica». Comienza á verificarse la profecía: los poetas vuelven ya—enriquecidos, á la verdad, de innumerables conquistas—á la sencillez emotiva, quizás á la sinceridad, tan reclamada por Rodó.

Si le reconoció á Darío, por ser quien era, y á sus iguales, si los había, el privilegio de cantar y vivir emancipados de «la obligación humana de la lucha» y de refugiarse, á capricho de su fantasía, en el fabuloso Oriente, ó en la Grecia luminosa, ó en la Francia exquisita y galante, pidió que no todos los poetas, por ser ó por

creerse tales, rompiesen con la vida y se olvidasen de los demás hombres, y aun de serlo ellos mismos.

Reconocía, con Heine, el «atributo regio de la irresponsabilidad» sólo á los mayores. Y por amor mismo del feliz hallazgo, de la forma pura, de la novedad inaudita, pedía «para los imitadores, para los falsos demócratas del arte, el castigo», pues del aplebeyamiento en que caen las cosas del alma no preservadas por el pudor, no defendidas por velo intocado, suya es la culpa.

Las preferencias de Rodó irán siempre á los sinceros, y aun á los que suplen con el instinto de la armonía y el dón ingénito del ritmo, tal como brota de la verdad bien sentida, la falta de procedimientos laboriosos, tenaces y fríos, que evaporan la emoción, si la hubo, ó la privan de su instantáneo poder. No que él estuviese por los improvisadores fáciles y profusos, sino por los espontáneos y naturales, que á nada exterior sacrifican su estremecida sensibilidad.

Tenemos, á este respecto, de sus propios labios, la confidencia,—preciosa por lo única en escritor que nunca nos dió su yo como norma del gusto ni como prenda de sinceridad,—en los acentos de intimidad que le arranca la muerte de

su poeta de juventud, de Ricardo Gutiérrez (1). Después de hacer la emocionada alabanza del cantor de *La Fibra Salvaje*,—que «había convertido en fuerza de su vida el anhelar de todos los que esperan, la inquietud de todos los que batallan..., y era el poeta de todos, sin dejar de ser, intensa y dominantemente, el poeta de sí mismo»;—y después de recordar «todos los clamores de entusiasmo, todas las lágrimas de melancolía, todos los impulsos de admiración que sus cantos, peregrinando entre las almas jóvenes y buenas, arrancan bajo los astros de cada noche y bajo el sol de cada día», exclama: «¡Cuán pocos de nuestros poetas de hoy, aun cuando haya de ser grande y duradera la gloria de sus triunfos, alcanzarán esta devoción de los sentimientos! El poeta es hoy, ante todo, el artista, el orfebre, el cincelador paciente y empeñoso. Detiénese ante sus puertas el viandante para admirar en aquella fiesta de la luz los finos contornos del oro cincelado. Pero cuando se aleja lleva sólo la impresión de un deslumbra-

(1) Publicado en el *Almanaque Sud-Americano*, de 1896; reproducido, en el día del aniversario, en la *Revista Nacional*, y luego, sin variante ni corrección—salvo una—, en el *Mirador de Próspero*.

miento, porque no reconoce ya en el artífice, enamorado del ritmo y del color, á aquel ser, comparable con el pelícano del mito, que arrancaba de sus entrañas palpitantes la imagen viva de lo que llevaban los demás dentro de sí». Esta imagen del mito muchas veces vuelve á los puntos de su pluma para mostrar su predilección.

A pesar de ver que á la literatura de sus días le «dominaba con demasiado imperio un vivo afán por la novedad de lo aparente, que tiene á la frivolidad muy cercana», esperaba que la lírica, desviada de su cauce natural por este afán, volviese á modular su antigua, su eterna canción, simplemente, para «consuelo de afligidos y refrigerio de sedientos».

Mientras tanto, poco á poco se aleja de los poetas. Los amó tanto, en la nostalgia de su reino luminoso, que nunca se conformó con ir «en el rebaño obscuro de la prosa»; y les rindió, acaso más de una vez, algún púdico y secreto tributo (1).

Reconociéndoles, como dón ó privilegio de casta aparte, la gracia mediante la cual «impe-

(1) Sólo conozco de él el soneto *Lecturas,* publicado en la *Revista Nacional,* en 1896.

ran eternamente vencedores», se ejercitó en la crítica tan sólo «como en homenaje á la superioridad jerárquica de los que crean sobre los que analizan».

Después, no sólo al leer á Ricardo Gutiérrez, sino á los poetas en general, habrá de sentir aterida en su alma «el ala que se llama emoción», mientras palpita con más y más fuerza el ala del pensamiento.

La nota dominante de este período será, en todo caso, aquella singular emoción intelectual que da el tono de espera patética, de gravedad apasionada y lírica al análisis.

No es el asombro del descubrimiento—que no lo siente, pues parece saberlo todo de antemano—sino la inquietud de lo que falta y no llega, lo que le levanta el alma, y con ella el tono de la elocuencia. Y tal vez no se había oído, hasta entonces, en castellano, prosa de pensamiento más concertada, más en armonía con la música interior, más penetrante ni más persuasiva con el ritmo solo, cual si la lucidez de la visión ó de la idea no fuera en ella sino lo accesorio.

Nota suya, dada por él únicamente con tan alta y comunicativa vibración espiritual, fué la

de esa espera, la de ese anhelo mesiánico, preludio de *Ariel* inminente. Después, su labor superará en ciencia, mas no en comprensiva generosidad, la de estos años que, por juveniles, pudieron, y acaso debieron, ser más violentos; sus preferencias serán cada vez más ceñidas á su empeño de conductor de almas, antes que á la universalidad de sus gustos de diletante; y serán menos abstractas sus razones.

Mientras tanto, y dentro de la temprana firmeza de las convicciones, no cabe mayor amplitud de espíritu; parece llegado al ápice de su naturaleza, al toque supremo de lo que Ventura García Calderón llama en él «la cordura del guardavía» (1). Se formó así, sin prisa ni violencia.

Se ensanchaba rítmicamente su horizonte al paso igual de la ascensión. O casi no hay ascensión. *Ariel* está en el mismo plano espiritual de *Motivos*, y el Próspero del «recinto interior» es el mismo que habita el *Mirador* abierto á los cuatro puntos cardinales. Desde entonces, el guía prolijo de más tarde difunde su espíritu ecuánime, transciende en espaciosa serenidad.

Guía seguro de sí mismo, nunca se buscó.

(1) *La Literatura Uruguaya*, por Ventura García Calderón y Hugo Barbagelata. *Revue Hispanique*, 1917.

Anduvo siempre consigo, sin dejarse engañar ni distraer por aquel extranjero indecible que cada cual lleva dentro. Su vida interior se desarrolló en voluntario y anchuroso encauzamiento; no bajo el acicate de la inquietud, de la pasión, del remordimiento, ni siquiera del análisis.

De ahí aquel sosiego tan levantado y animoso. Consonantes con él, todas sus obras se inscriben en la curva suave que va de *El que vendrá* á *Motivos de Proteo* ó en la de libre divagación y esparcimiento en derredor de sus convicciones, como son los estudios después reunidos en el *Mirador*. Esquivó, por autoconocimiento el más acendrado, todo terreno en que hubieran podido mostrarse los desfallecimientos ó carencias de su temperamento, como lo hubiesen sido acaso ciertas obras de pasión, de ironía ó de fantasía.

Si el hombre y el escritor fueron uno y mismo en la profesión de fe y la práctica de los ideales; si la veracidad del moralista se confunde en él con la sinceridad del hombre de bien, nunca, empero, mezcló nada de personal á la exposición abstracta de su verdad. Sin embargo, y

puesto que no le es ajena ni sobreañadida, y puesto que la piensa porque la vive, toma esa verdad el tinte del alma de que salió.

Al gusto suyo, clásico en la más moderna acepción de la palabra, debémosle el más alto ejemplo de impersonalidad. En medio al lirismo egolátrico, en que la sinceridad se convirtió en cinismo de pordiosero que muestra sus llagas para excitar el interés del pasante, he aquí un hombre que tiene pudor y lo estima en los otros.

En medio á la tumultuosa preponderancia de la pasión, como única fuente de poesía y de arte, he aquí un pensador que, dotado del sentido más delicado de la poesía, restablece la jerarquía de los sentimientos, sin mengua de la inteligencia, y se alza á la universalidad en todos los dominios.

Impersonal, su obra es, sin embargo, por lo sincera, igual á él, la misma cosa que él: voz de verdad y desinterés, rubor de intimidades, afán de enseñanza, de certidumbre, de direcciones. Presente está en ella, con su acento de veracidad que refuerza cada página.

Y cuando algún motivo personal le impulsa ó muestra una que otra preferencia, que le obliga á hablar en primera persona ó á ponerse por de-

lante, en seguida generaliza y desentraña la razón más esencial. Como en Montaigne la anécdota ú observación personal no es sino la confirmación ó el punto de partida de una regla general, de importancia humana, así en Rodó se remotan, el estilo y la idea, de suyo. Nada del yo que se analiza y que se exhibe; ningún rezago de romántico egotismo; ningún ensueño solitario; nada inútil. Y ninguna confidencia. Ningún lirismo perdido, ningún insofocable grito. Rehusa toda expansión, en la estética de lo impasible que parece imponerse á sí mismo, sin reclamarla de los demás.

A pesar de su apotegma de «reformarse es vivir» y de sus consejos de renovación constante —y prueba de lo facticio de tal prurito, en él menos dannunziano que bergsoniano—, Rodó propiamente no cambió, ni dejó de ser el que antes fuera, ni faltó á la consecuencia con sus principios de juventud.

Pues si varió fué de asuntos, no de espíritu ni de manera: no hemos de reputar cambio el natural desenvolvimiento de los dones y de la cultura. Fué siempre el mismo. ¿Ni para qué había

de cambiar, si ello era forzar su sinceridad á actitud adventicia y cegar acaso la fuente viva de su abundancia y transparencia?

Distintivo es de los grandes caracteres imponerse como un bloque indivisible y simple. Dejan de su obra y de su persona una impresión concordante, cual si el secreto de su doble genio residiese en algo sencillo y hondo, primitivo, inconsciente á veces, centro inmutable de su natural.

Alucinado por su teoría de la renovación continua y su creencia en la capacidad reformadora de los viajes, Rodó salió, tardío hijo pródigo, á peregrinar, no ya en busca de sí mismo, ni del otro yo que se nos parece como un hermano, sino en busca de cima y coronamiento á su personalidad, ya definida, quizá invariable.

Su teoría del viajador, sabiamente desahuciada en el *Eclesiastés* y la *Imitación,* lo es cada día por la experiencia. Es uno mismo lo que uno encuentra en todas partes. Mas, como lo que importa en los viajes es el viajero, según la palabra de Andrés Suarès, Rodó nos interesa sobremanera en el suyo. Si bien no llegó, en viendo á Italia, á exclamar, como Goethe en Roma iluminado por la esperada revelación clásica:

«Por fin he nacido», veremos luego cómo un Rodó, no nuevo precisamente, pero sí de acento más personal, más conmovedor, en contacto ya directo con la vida, iba quizá á revelarse á lo largo de ese periplo que para él tuvo un singular sentido, á un tiempo de destierro y de liberación.

## III

### LA OBRA

Traspasó su voz por primera vez las márgenes del Plata, cuando con inquietud contagiosa y música hasta entonces tal vez no oída, preguntó por *El que vendrá*. La juventud hispanoamericana, al oirle interrogar el horizonte con esa ansiedad como de hermana Ana, quedó suspensa de esa expectativa.

Sería preciso evocar el espíritu de aquella época, que parecía cargada de presagios, para comprender cuán inevitables eran, aun en los como él, tan seguro de sí y del rumbo, las emociones de esa grande espera.

Ellas dan, á este su primer examen de conciencia propia y colectiva, aquel tono patético, ansioso, que no volverá á resonar en la calma alciónica de su obra.

En pocas épocas de la historia pesó sobre la

humana angustia del porvenir mayor amenaza de desamparo y esterilidad. Hasta en esa América primitiva, que muchos imaginaban preservada aún por un candor de idilio, «virgen que duerme sobre la arena de la playa», una generación febril, desencantada tras prematuras iniciaciones, erraba en busca de la palabra que le devolviera, con la fe en sí misma, el amor de obrar. Rodó hubo entonces de repetir, en la remota orilla, la invocación al *axiome, religion, ou prince des hommes*, por quien, *Sous l'œil des Barbares*, clamaba atormentado y lúcido el Barrès de entonces.

«Revelador, Revelador, la hora ha llegado...»

El que debía venir no vino, ni ha llegado hasta hoy.

Esperósele, sin embargo, con una ansiedad que aun nosotros, venidos más tarde, conocimos en su última forma.

Volviendo de escuchar, en la extrema linde, las revelaciones de los últimos hierofantes, y sabiendo, como Barrès, de esos *endroits intacts où veillent mille chefs-d'œuvre*, pudo aparecer como un precursor; pero sólo trajo la nueva de la dispersión y la incertidumbre: «Los cenáculos, como legiones sin armas, se disuelven; los

maestros, como los dioses, se van». Quizás hubieran preferido todavía, los jóvenes poetas, un cómplice más que les agravara el delicioso mal imaginario de su «decadencia»; pero vieron sin duda en Rodó, si no el Maestro, que él mismo anunciaba y que á su vez ellos deseaban y no deseaban, una especie de hermano mayor, libre ya de fiebres, aunque estremecido aún al soplo del contagio, el *médecin consultant*, como se llamó á sí mismo Taine, que sabría acaso,—sin desconocer las necesidades de la nueva, ambigua y cara sensibilidad,—desatar la inerte desesperanza que les tenía paralizados ante la vida y la obra.

Esa diáfana manera de pensar, que era casi orar; esa actitud, como penetrada ya del sentimiento de una misión, con que se alzaba á otear, fué lo primero que conocimos de Rodó. Pareció *El que vendrá* en el primer tomito de *La Vida Nueva* (publicado en Montevideo á fines de 1897). Periódicos y revistas de toda América reprodujeron aquel ensayo, de acento tan inolvidable, revelando por lo pronto el advenimiento del anunciador.

Ya en anteriores primicias, si bien todas de menos aliento, había dejado entrever á los que

le rodeaban en su ciudad, aquella temprana y suave gravedad que le valdrá luego el dictado de maestro. Pero este acento de emoción intelectual, esta melopeya como de almuecín que anuncia la hora del recogimiento, son, á mi ver, cosa única, y aparte, en la melodía espiritual de su obra y de su vida.

El segundo estudio del opúsculo trata, más en especial, de la novela nueva, pero en el mismo tono de lirismo contenido y cálido. Prolonga la inquietud intelectual de espera, que tan inconfundible aire de gravedad y de poesía meditativa dió al primer ensayo. Insiste en pedir, á los noveladores, en la epopeya de lo cotidiano, el trasunto de su propia época, el reflejo fiel de nuestras almas aquejadas por tanta fuerza inexpresada aún; y haciendo suya, una vez más, la imagen de Taine al hablar de Musset, pide á los poetas se arranquen de las entrañas la idea y la muestren «ensangrentada pero viva».

Advirtió, como era natural, cuán inmenso campo parecía brindar á la novela nuestra América, aún virgen para ella, y cuánto podía hacerse, desde la narración histórica en que reviviéran la conquista y el coloniaje, hasta la que dijese nuestra singular complejidad de ahora.

Celebró antes, en breve estudio no reproducido, las tentativas, hoy anticuadas y preteridas, que encantaron á algunos de nuestros abuelos, dándoles á gustar, ya transfigurados por un primitivo arte de novelar, figuras y acaecidos americanos: *La Novia del Hereje*, ó el suave y castizo *Capitán de Patricios*, ó, después, *La Loca de la Guardia*, y los ensayos de animada y viviente reconstitución de sucesos nacionales, como en la *Crónica dramática de la Revolución*, de Juan Bautista Alberdi, ó en el monstruoso y sin igual *Facundo*. En estos ensayos, como en todo lo que á la vida, pasada ó por venir, de América se refiere, halla ocasión y deleite su interés más vivo. Así como ensalzó en Montalvo las pocas notas de color ó de sentimiento que pudiera llamarse propiamente americano, así está siempre pronto á entonarlas y realzarlas dondequiera se destaquen sobre la gris imitación de lo forastero.

Pero no ha de llevarle su vivo empeño á generalizar en demasía, ni menos á excluir, en nombre de lo propio, de lo peculiar y privativo, todo lo extranjero, ó lo universalmente humano. Antes bien, es en este estudio donde más felizmente insiste en delimitar su americanismo:—No

ha de ser éste único alimento de nuestras almas; ni Próspero cerrará nunca la ventana de su mirador abierta á lo lejano: toda la tierra es nuestro dominio, pues hombres somos y bien está que el rincón que nos ha formado nos retenga y nos seduzca y nos enternezca, pero no que nos aprisione ni disminuya. Es la evidencia misma.



En tanto que se difundía esa especie de espera mesiánica, un poeta de milagro la colmaba para muchos ó nos la hacía olvidar. Andaba por el Continente, encantando al son, antes inaudito, de su siringa, á los espíritus juveniles. Pasaba desconcertando á viejos maestros y aun á jóvenes decrépitos, y la burla de éstos era más senil que la cólera de aquéllos; mas de unos y otros la incomprensión era igual.

Aun en el puro ardor y la fe de los admiradores, tal candor de ignorancia había, su anhelo de saber era tan ingenuo y ávido, que acogían con premura igual cuanto acierto y cuanta incongruencia dábanse por signo de la poesía nueva. Los mejores la vislumbraban tan sólo como á la luz de relámpagos lejanos, tenían adivinaciones de niños precoces y viciosos para imaginar

encantos no conocidos.—Sin embargo, Darío triunfaba. Mas, no obstante la seguridad del triunfo, quería, sin duda, el poeta, que el admirarlo no dispensase de comprenderlo, y aun que se le comprendiese antes de admirarlo. Comenzaba á crisparle el horror del aplebeyamiento de su manera, venida á menos de los innumerables imitadores, ardorosos y prolíficos.

Hasta los más remisos, mal manumitidos de otras servidumbres, ingresaban ya á su séquito, y la simiesca cacofonía ahogaba casi la música del Silvano. Nadie había fijado entretanto la verdad y el alma del iniciador ni las distancias que le separaban de su cohorte. Pero halló luego en Rodó, si no una sensibilidad gemela ó igual concepto ideal del arte, la inteligencia más abierta y mejor preparada, el dón del gusto exquisito más reflexivo. Halló el poeta desterrado «de un Versalles doliente» quien le impusiera á la multitud con ademán principesco.

Poeta y pensador eran espíritus muy disímiles, unidos tan sólo en el puro amor y la sutil comprensión de aquel género de belleza, hasta entonces no visto por esos climas. Y esa conjunción, feliz como hay pocas en la historia de las literaturas, señala el punto culminante de la nue-

va era, la más brillante en la cultura literaria de esos países, á menudo mal informados, pero, á la verdad, inteligentísimos. Gracias á tal conjunción, pasó en un solo estremecimiento, á lo largo de los Andes, el *frisson nouveau* que había sacudido antes tan sólo á pocos iniciados.

Nunca la palabra que comenta y la poesía que sugiere consonaron en música más tenue. Uniéndolas en haz, Darío y Rodó abreviaron, para América y para España, un trabajo de iniciación, asimilación y refinamiento, de quién sabe cuántos lustros, dado lo fragmentario é intermitente de nuestros aprendizajes directos.

El admirable ensayo formó el segundo tomito de *La Vida Nueva*, en edición que circuló poco en América. Puesto luego de prólogo á *Prosas profanas*, salió sin el nombre del autor, por descuido en la corrección de las pruebas. Mas no hubo lector que, recordando el ritmo aéreo, la alta elegancia espiritual de otras páginas de Rodó, vacilase en atribuírselo.

¿Quién sino él? En España, ninguno de los que ya habían elogiado á Darío, ninguno de los escritores conocidos, solía poner en su prosa aquella contenida música palpitante. En América, Ventura García Calderón, que ha publicado

sobre el poeta páginas densas y magníficas, igualmente armoniosas, era entonces un desconocido, adolescente apenas. Aquel saber tan airoso y seguro, aquella sensibilidad de *paysage choisi, que vont charmant masques et bergamasques*, como en Verlaine, no podían ser sino de Rodó.

Y el poeta de Prosas profanas está ahí entero. Darío se mostró más tarde algo olvidadizo, al decir, como en son de queja ó quizá de vago reproche, aludiendo á la definición de su impasibilidad de entonces: «se creyó mármol y era carne viva».

Si Rodó no descubrió, ó mejor dicho, no insistió en desentrañar del mármol aquella alma que había de mostrarse luego «sentimental, sensible, sensitiva», fué porque tal alma, si en verdad alentaba ya ahí, si en algún ritmo suspiroso pasaba furtiva y leda, más bien rehuía antes que reclamaba la atención curiosa; el poeta habría reputado entonces por de mal gusto el que se tomara su ademán mismo de esquivar el alma pudibunda y exquisita por encubierta invitación á perseguirla. Prisionera encantada entre estatuas puras y joyas raras, mostraba los tesoros del recinto, mas no sus penas cautivas ni su angustia bajo el encanto. Acaso habría huído en-

tonces de quien intentara despertarla y traerla á la realidad.

Después, el poeta avanzó hacia la vida mortal y cantó con alta melancolía. Pero en aquel libro egregio no fué sino el «poeta exquisito» y, por lo mismo, solitario, admirablemente glosado por Rodó (1).

Delicioso diletantismo el de Rodó en poesía. Pero, detrás del crítico ondulante, se adivinaban en él, madurando ya, más hondas predilecciones de pensador. El ardiente y perplejo invocador que parecía no poder abrazar otro ideal que el que sobrepasa todos los credos é incapacita para la acción, hele aquí que se adelanta, con todas las gracias de un arte grave y suave, á

(1) La opinión de Ventura García Calderón envuelve quizá igual reproche. No cabe aquí sino aludir á sus dos admirables ensayos (*Mercure de France*, 1 Abril 1916, y prefacio á *Pages Choisies de Rubén Darío*, Alcan, 1918). A ellos remito al lector: hallará ahí la más patética y la más profunda comprensión del «poeta franciscano», «que no nació sino para quejarse», y participará de la justísima predilección por «las cortas lamentaciones» y «la ternura humilde de la confesión» que el incomparable ensayista descubre en los *Cantos de vida y esperanza*.

decirnos también su evangelio, un evangelio entre platónico y renaniano, entre cristiano y helénico. Por encima de las bellezas innumerables del arte, quería recordar á los hombres la esencial belleza de ser hombres. Su precoz y dulce seriedad no había sido sino el sentimiento de esta vocación de apóstol delicado é íntimo, misionero de todos los ideales en lo que tienen de más ideal, y de la perfección del alma, en lo que la perfección tiene de más humano.

Cuando, junto á la estatua de Ariel propicio, dirigió á una juventud pensativa su exhortación, toda nuestra América reconoció que un guía espiritual había surgido, anunciando quizá tiempos nuevos. Corrió de mano en mano y de lengua en lengua el precioso libro. Irradiaba una helénica gracia de persuasión y de serenidad. Era, sin embargo, el fruto de una angustia.

Libro tan bello y tan diáfano, comentarlo sería enturbiar su transparencia. Presérvennos varios ejemplos. Y guardémonos de reincidir en antigua culpa, que ya no nos excusarían candor ni celo de neófito.

Digamos tan sólo, y muy brevemente, la oportunidad de su aparición y la eficacia de su elocuencia.

Reclamábalo aquel momento de incertidumbre y desorientación. Si el positivismo, en el espíritu de nobles pensadores, conducía á una estoica exaltación de toda la verdad y á una total sinceridad, llena de fuerte candor, ante la vida real, en la consciencia inferior de los pueblos había rebajado la calidad de los ideales.

Y si fué el bienvenido entre nosotros, por los muchos verbalismos y quimeras que había de destruir, pronto bastardeó en la práctica su interpretación de la realidad. Empobreciéndola, mutilándola de todo anhelo superior y desinteresado, la lógica positivista, con lo que tenía de más grosero, superficial é inmediato, bastó al sentido común instituído en criterio supremo. Erigió en ideal de la conducta, á lo más, una cordura basada casi únicamente en la utilidad del bien. Rebajó, para hombres y pueblos, el concepto del destino humano, haciendo de las verdades muy relativas de lo útil y de lo cierto, ídolos absolutos, en la superstición de la ciencia.

Y como todo lo esperaba, nuestro mestizaje, de la democracia más irrestricta, el cundiente aplebeyamiento en todos los órdenes y propósitos, no podía hallar ambiente más favorable que el creado por el positivismo con las agra-

vantes del utilitarismo y el cosmopolitismo. Evidentemente, en los países maestros de la civilización, la cultura secular, la fuerza de la tradición, los hábitos de selección intelectual y social, el respeto—así no fuese más que puramente estético—á un gran pasado, mantenían enhiestas ciertas categorías espirituales, cierta jerarquía ideal, indispensable á la nobleza del mundo. Sociedades de aluvión, sin estructura de tradiciones, ni médula de herencias afianzadas por la continuidad de la misma sangre, no tenían las nuestras mayores diques que oponer al igualitarismo nivelador.

La impaciencia de democracias desprovistas aún de todo, conspiraba, con necesidades materiales y flaquezas espirituales, para entronizar el criterio utilitario, la primacía de lo inmediato y de lo útil. Primacía inaplazable donde todo estaba por hacer. La instalación del aparato material de la civilización en el suelo virgen y desnudo requeria para su obra urgente todos los esfuerzos. En las dormidas aldeas coloniales, en los aduares indígenas, la novedad y el exotismo de una fábrica, de una industria; el prodigio de un ferrocarril que abrevia la pampa donde se perdían la vista y el ánimo, y atraviesa monta-

ñas en que iban á romperse los arrebatos del intermitente esfuerzo, cambiaban las proporciones, los valores,el sentido de esos instrumentos, convirtiéndolos en fines dentro de la estrecha perspectiva.

Luego aprendieron nuestros pueblos á juzgar de su importancia en el mundo según su estadística de exportación; tuvieron como única conciencia de su vitalidad el número que cifraba la resultante de su trabajo; adoptaron como única manera de progresar la implantación del artefacto extranjero, de la ley extranjera, del artículo *tout fait* y listo á servir.

Unica norma de grandeza el imitar ó comprar á los grandes los signos exteriores de su bienestar.

La fascinación del «progreso», en la única forma inmediatamente asequible, aumentaba el prestigio del único medio con que se le conseguia rápidamente; y á esta sed de riquezas, á esta urgencia que resucitaba en nosotros, en otra forma, un rasgo ya borroso del español ancestral, del áspero buscador de oro, del conquistador adormecido en el largo sopor colonial, vino á añadirse, adulterando el antes heroico espíritu de la búsqueda, el apetito de los

inmigrantes que acudían presurosos por satisfacer viejas privaciones.

La adventicia mezcolanza desdibujaba los perfiles, de suyo inciertos, de las nacientes nacionalidades. Substituía á la sobria *non-curanza* colonial la pasión del lujo; al trabajo casi patriarcal, la especulación. Apetitos, en suma, todos, de colectividades nuevas, carentes de lo más necesario, tan vanidosas de poder adquirir á precio de oro los utensilios y maquinarias para satisfacción de sus necesidades ó de sus placeres, como pudieran estarlo de haberlos inventado ó de crearlos ellas mismas. Si la especialización consiguiente á la división del trabajo mutila y deforma el ejemplar humano, para el cual Rodó pedía la integridad más armoniosa, en la América latina era el vicio contrario, el de la improvisación y la suficiencia, lo que falseaba la capacidad del individuo.

Donde nadie sabe nada, el que sabe un poco todo lo puede. En viejos países, organizados de suyo por el profundo curso de la historia, secularmente encauzados en instituciones hechas como á su cuerpo y medida, donde toda actividad consciente é inconsciente marcha siguiendo el impulso venido de antiguo, poco ó nada

puede en su daño el «Pontífice cualquiera».

Pero en países en formación, inciertos y plasmables, hondamente se imprime la marca de sus hacedores. Necesitaron creadores de civilización, reflexivos adaptadores de sistemas complejos á pueblos simples, organizadores en un día del ajeno trabajo de siglos, cuando sólo tenían á mano caudillos audaces ó bárbaros, déspotas ignorantes y atropellados. Clases sociales improvisadas é instables, sujetas al empuje de inmigrantes sin patria; lucro, ignorancia, premura; todo ello revuelto en la lucha contra una naturaleza aún indócil, agravaban entre nosotros, y más en ciertas latitudes, el mal de todas las democracias.

Pero, ¿no eran las mismas, ó muy semejantes ó quizá peores, las condiciones en que se había alzado la gran democracia del Norte? ¿De dónde tomaba, pues, impulso para triunfar de ellas y surgir, candorosa y hercúlea, á imponerse como dechado? Todos á una, pensadores é historiadores, filósofos y diletantes, proclamaban por entonces que lo debía al gran factor, el primordial, el dominante, el decisivo: la raza.

Un pseudo-científico criterio histórico había sentenciado la decadencia de la raza latina y

decretado la superioridad de la anglo-sajona, á quien pasaban cetro y predominio. Y pues participábamos de la raza condenada, por el lado español, el más enfermo é insalvable, demasiado se inclinaba nuestro desaliento á aceptar esa explicación del malestar y desasosiego en que se debatían nuestras repúblicas. Fatalista, lejana y abstracta, esa excusa parecía disminuir nuestra obscura responsabilidad.

Veíamos, reflejada en la actual postración de España, nuestra inaptitud. Hasta sus virtudes, en ella como en nosotros, si las teníamos, parecíannos anacrónicas, incompatibles con los indicios del porvenir. Imputábanse á la herencia todos nuestros males, que no á nuestra inexperiencia; pues que de experiencia no necesitábamos para no más de copiar modelos ó aprender usos. Y no siendo posible borrar del todo sus estigmas, buscábase el medio de volverlos, hasta donde fuese posible, inoperante é inocua, así en lo individual como en lo político.

Desvanecíase en sarcasmos todo orgullo de abolengo histórico, toda tradición antigua. Desecábase en el menosprecio y el abandono toda raíz secular, todo sentimiento de solidaridad con lo heredado, que era como simplemente reivin-

dicado. Queríamos creernos de ayer, comenzar en nosotros, con la independencia, sin lazo alguno de antigua fatalidad. La independencia entendió darnos, no sólo una autonomía, sino un nuevo ser, distinto, en nada solidario de lo anterior.

Agravó la ruptura, más que con ingratitudes de hijo rebelde llegado á la mayor edad, con desconocimiento de la continuidad de la sangre: ¡reconocíamos como progenitores y deudos naturales más bien á los indios vencidos, humillados y desposeídos, y reivindicábamos como pasado *nuestro,* interrumpido por la dominación extranjera, el para siempre abolido imperio incaico, que, á la verdad, nos era tan extraño como pudiera serlo un fabuloso Oriente prehistórico.

Y fuera de las vanas exclamaciones sentimentales de algunos hispanizantes de ocasión, ó de la obstinación de estrechos conservadores, no había en el fondo de la nueva raza sino desdén por lo español. Desdén que en algunos iba hasta el rencor, no ya por el recuerdo de las luchas de la independencia, aplacado y satisfecho en la gloria del triunfo irrevocable, cuanto por la sensación del tiempo perdido en el confuso sueño de larva del coloniaje, bajo la incapacidad y

la incomprensión de la más ignorante de las tiranías; sentimiento casi nuevo, despertado por el estudio de nuestra obscura Edad Media.

Minado el orgullo de raza, abatido el sentimiento del abolengo histórico; en el total desapego del pasado anterior á la independencia y en el desaliento infundido por cuanto á ella siguió; en el pesimismo y la desorientación consiguientes á los primeros ensayos vanos, bien endeble tenía que ser la resistencia á influencias extrañas, y bien tentadora la ilusión de poder cambiar de espíritu sin más que trocar los herrumbrosos residuos de españolismo por estímulos nuevos, concordes con los nuevos tiempos.

Impulsábanos á arrostrar todas las zozobras y dificultades del descastamiento la fascinación del ejemplo del Norte.

Cerca de nosotros, frente á la decrépita madre España, se alzaba la raza contraria. La evidencia de sus triunfos se nos entraba hasta por los ojos, no sólo en todas sus *grandeurs de chair*, como diría Pascal, sino en su mismo espíritu, consagrado por la nueva filosofía; sancionaba sus conquistas y su moral el positivismo avasallador. La admirábamos, pues, no sólo por el titánico empuje de sus maquinarias, sino por el

rotundo sentido que solía dar á la existencia. De admirarla, bien queríamos pasar á imitarla. Y sobre tímidos rezagos de sentimentalismo, comenzaban á triunfar de hecho los codiciables reclamos.

Absurdo habría sido negar la grandeza del modelo. Pero, ¿era en verdad tan digno de ser imitado en todo, cual se lo representaba la candorosa y ansiosa idealización? Y, sobre todo, ¿era, en verdad, posible, dado que fuese conveniente, aquella imitación? Aparte de lo desdorosa, por la abdicación de la personalidad y del orgullo de sí que esa sumisión implica, ¿no era un error esperar de la copia servil de lo externo y asequible, la virtud que radica en formas internas y orgánicas? Desviándonos de lo castizo, el secreto del triunfo adventicio permanecería ajeno, intransmisible, inapropiable.

Rodó reaccionó contra el vano empeño. Otros autores, mediocremente los más, habían exacerbado el temor de nuestros pueblos débiles, de ser absorbidos por lo que llamaban el imperialismo yanqui. Conjeturas medrosas ó acusaciones de odio receloso, más bien que razones ó hechos, apoyaban el anatema de esos profetas de infelicidad.

Rodó no impugnó el peligro político que, de existir de veras, habría hecho, hace tiempos, irrisoria toda prédica. Su propósito era fundado en temor más sutil y más noble: quería preservarnos de un peligro más cierto, si bien menos visible: la conquista espiritual, la imitación del tipo triunfador, que deseaban aun los mismos enemigos agoreros de la otra conquista y precisamente como preventivo remedio á ella.

De ahí la diferencia de razones, de tono, de alcance. Había en los tiempos nuevos demasiadas solicitaciones que inclinaban el espíritu á tomar la vida y la acción á la yanqui, y á ver en el *struggle-for-lifer*, que dijo Darío, el tipo humano predestinado y único. No es que Rodó no reconociese la nobleza y fortaleza de este bello ejemplar. Al contrario, nadie quizá reconoció como él la viril poesía de su rudeza, la grandiosidad de su esfuerzo, la voluntad que en ellos ha modelado «el torso del atleta para el corazón del hombre libre», y ha dado «al genio humano una nueva é inesperada belleza ciñéndole el mandil de cuero del forjador».

Son páginas imperecederas las en que reconoce, ensalza y canta, por decirlo así, la hermosura del genio de esta raza. Su crítica toda es de

sabio y es de poeta, doblemente iluminada; y en el vasto cuadro que traza, arrogante y firme, su justicia pone la nota exacta y delicada, junto al toque soberbio y audaz. Sin embargo, quizá sí exageró un tanto el peligro de la imitación, y la acusacion de materialismo.

¿No son los rudos yanquis los verdaderos idealistas? Nuestro idealismo latino, ¿no es una forma de la voluptuosidad, mientras el de ellos es de esencia más espiritual, más desinteresada y libre? Su inaptitud al arte, ¿no la compensan con el respeto casi candoroso que le profesan como de lejos? Mientras que para nosotros son una forma sublimada del placer, arte, poesía, misticismo, ¿no son para ellos regiones etéreas?

Civismo, idealidad religiosa, solidaridad social, responsabilidad individual, respeto del derecho ajeno, ¿no son para ellos obligaciones de idealismo cotidiano, y no las desarrollan bajo formas que no conocemos en nuestra falta de ingenuidad ante el deber? ¿Y no practican el idealismo en tantas otras virtudes que ni siquiera entendemos?

Al reconocerlas, tan magníficamente como lo hizo, el mismo Rodó las propuso como modelo. Pero, con tiento sutil, quiso apartarnos de la imi-

tación de otras tendencias suyas. El peligro, para él, estaba en no hacer el deslinde neto. Sin embargo, parece haber contradicción en su teoría.

Tal vez no existía el peligro—sin contar con que bien quisiéramos como cualidades algunos de esos defectos, ó que una mitad, por lo menos, de cada uno de nuestros pueblos se yanquizara, mientras la otra mitad velara...—Pues si advirtió que la raza contraria acendraba en forma intransmisible á otras el secreto de su ser, á su vez la nuestra velaría, como numen tutelar inextinguible, á preservarnos de exceso en la deformación de lo congenital.

Quizá no había sino ventajas en la imitación, que nunca pudo ser excesiva, porque á ello se oponían las infranqueables barreras de nuestra naturaleza.

Espíritu conciliador, Rodó quisiera juntar la más noble herencia española, á la más pura energía anglosajona; pero en el ser viviente, más aún que en toda obra humana, defectos y cualidades van tan íntimamente entrelazados, tan orgánicamente dependientes, que es ilusión de lógica abstracta su linderación. Con todo, Rodó fijó el punto sensible de la medida con maestría

suprema. Y su *Ariel* fué el fiel de esa exquisita balanza.

De él data en nuestra América la moderna reacción idealista. La armoniosa nobleza de su enseñanza halagaba á los espíritus delicados, al mismo tiempo que su cordura, tan elocuente como discreta, atraía á los más desconfiados y recelosos de utopías. Un nuevo idealismo se levantó así.

No parecido al romántico, ni divorciado de la naturaleza, ni tampoco supeditado á ella, sino dominándola conforme á su genio; no ignorante de la realidad, sino amoldándose á ella ó moldeándola al espíritu; no vagante en sueños, sino operante en cultura y acción; no revolucionario ni utopista, sino cauto, sutil, y que explora mareando según el viento y según la mar.

Del positivismo, pues, que había informado la actividad toda de la generación precedente, en arte, en ciencia, en religión, en literatura, no desconoció la oportunidad histórica, ni repudió el legado magnífico.

Despedidos los fantasmas, implantado el espíritu crítico en todos los dominios, admitida la relatividad de todo lo humano, la necesidad de adaptar los medios á los fines y á las condicio-

nes de lugar y tiempo, la desconfianza de las afirmaciones absolutas, el valor de los hechos y los números vivificados por el espíritu, hizo del positivismo la «piedra angular», pero no «la cúpula» del edificio.

Tal fué la obra de depuración y complemento. Á ella vino Rodó traído por nuevas corrientes. Había leído otros libros, además de los evangelios anteriores. Por su mente habían pasado, refrescándola y fecundándola, las ráfagas de esperanza universal y simpatía venidas con Guyau á nuestras riberas. Había asistido á la reconstrucción de la posibilidad metafísica con Renouvier, Boutroux, Bergson; y había admirado en el nuevo renacimiento la persistente virtud de la cultura clásica.

É hizo un libro que no ha envejecido.

Al proclamar la belleza, no de la estética como moral—que eso podía llevar á un neroniano diletantismo—, sino de una moral estética, regulada por el sentido interno del buen gusto, de la armonía y la mesura, no tuvo, sin duda, en mientes sino dirigirse á espíritus selectos y capaces. Sin embargo, llamó á todos á fraternizar por lo alto, en la unidad transcendental de los ideales.

Quiso fraternizar no sólo en Cristo, sino también en Renán. Siendo el arte el dominio más amplio, quiso que á él suban todos, á abarcar la vastedad del horizonte humano. La eficacia de un arte generoso le parece redentora. Predicar el amor á la belleza, probar la virtud de lo hermoso, hacer sentir la poesía del precepto, es para él un «género de oratoria sagrada». «La virtud es tambien un género de arte, un arte divino», dice. Y añade: «dar á sentir lo hermoso es obra de misericordia».

Con helénica gracia despoja á su «virtud» de toda adustez. Y su balsámica unción nada tiene de un misticismo reblandecido. Quisiera despertar en los más remisos, en los más olvidados de sí propio, el sentimiento de la alta nobleza humana; ver en todo hombre, en cada hombre, la integridad de lo humano, y no tan sólo ejemplares más ó menos mutilados de la especie.

Para eso enseña el cultivo de la vida interior, donde duermen las innumerables posibilidades. Quisiera que cada cual, en una tregua íntima, se acuerde de su propio ser y de su verdad, se ayude de la soledad y del silencio, practique la meditación desinteresada, la contemplación ideal y tienda sobre las cosas una mirada serena y libre.

Con él pasamos, de exaltar sentimentalmente las voces de la raza, á oir en razón los llamados más íntimos de lo castizo y los más íntimos aún de lo puramente americano y *nuestro*. Desde entonces restauramos el blasón y cultivamos el huerto propio. La eficacia de *Ariel* fué así mayor que será luego la de *Motivos*. Pues si éstos se dirigen al hombre de todas las latitudes y condiciones, aquél hablaba á americanos y, en especial, á almas y pueblos en formación.

Cundió como el anuncio de la «Vida Nueva» por la que clamara él mismo en su crisis de juventud. Desataba allí, en plenitud y armonía, las fuerzas que un conato de barresismo había un momento tenido en impaciente inhibición. El dón de persuasión, la pureza cordial del llamamiento eran tales, que nadie reparó entonces en lo inadecuado y tal vez nocivo para América de lo mejor de esa enseñanza tan sana. De no sentirse en su acento la imposibilidad de ironía que caracterizó su dulce y austera generosidad, habría hecho sonreir el peligro de predicar el desinterés en casa de pródigos, la devoción del ideal á raza de Quijotes, el culto del héroe en la tierra de promisión de los caudillos, el dulce *otium* clásico á gente de molicie y ociosidad

proverbiales, el cultivo de la vida interior á índoles refractarias á la acción, la moral de lo bello en una época que refinaba la estética del mal, la universalidad en el país de la improvisación...

Tal evangelio era más bien para predicado en los Estados Unidos, cuyo sentido de la vida hemos vistc analizaba ahí mismo en páginas de maravillosa sagacidad, dándonos su progreso como el modelo de perfección que, precisamente, no debíamos imitar.

Mas la inoportunidad no era sino aparente. Y el peligro no estaba sino en no comprender bien. Rodó fijaba con exquisita precisión y sentido de matices la parte de la acción y la del ensueño, ó más bien, la compenetración del ideal en la realidad cotidiana, por el cuidado del perfeccionamiento interior.

Aunque hubiese sido inactual ó superabundante el predicarnos el idealismo, no por eso era menos bella ni menos persuasiva su exhortación. Su verdad estaba en su belleza. Propagóse con el encanto de una religión para hombres buenos y exquisitos. Y su belleza estaba en su música, música puramente espiritual, á la cual sirve apenas de leve acompañamiento el ritmo

de la frase, y que proviene más bien de la armoniosa rotación de las ideas. Resonando se queda en nosotros largo tiempo después de cerrado el libro. Su maravilloso epílogo prolonga en íntimos acordes el canto de Ariel aeriforme...



Todo el mundo, desde entonces, llamóle maestro. Y así comenzó, con el éxito ante la primera prueba de su vocación, la fatalidad de una *misión*.

Con los años y la ciencia de las almas, que él ha profundizado á través de todas sus lecturas, y estimulado por la autoridad que se le ha reconocido, este dón de persuadir, que es su aptitud capital, se convierte en necesidad de preservar, de guiar, de restablecer el orden en los espíritus desquiciados, la belleza interior en las existencias más desapacibles. Tal fué siempre el lado cordial, la impulsión decisiva de su obra.

Es ahora la fuerza viva de perseverancia, su vocación ya irrevocable. Esta se ha exaltado á ideal redentor, casi en forma de piedad. Si los «intereses del alma» fueron siempre su más alta preocupación, quiere ahora servirlos de más cerca, más concretamente, en la conciencia de

cada uno. Ve las posibilidades sin número que esperan el llamamiento eficaz en el alma más devastada.

Contempla la infinita virtualidad de la vida, no con el vértigo, la tristeza y la perplejidad de un Amiel, sino con una voluntad operante y lúcida. Su fin es el de suscitar esas resurrecciones de tantos vivos como yacen sepultados en su propia inconsciencia. Por su amor de la vida y su orgullo de hombre, quiere compartir con el tiempo y las leyes universales la dirección de nuestros cambios de alma. Y con una potente abundancia, con una obstinación inventiva de misionero, renueva infatigablemente—y tales son sus *Motivos de Proteo*—todas las razones de esperar, cambiantes como nosotros y con nosotros.

Inclínase sobre los enfermos de la voluntad, sostiene las vocaciones vacilantes, hace brotar nuevas fuentes allí donde el total desaliento ha secado las antiguas. Cree salvar riquezas ignoradas aun en los más pobres de espíritu. Ejerce en verdad cura de almas.

Hasta su figura física toma el aspecto de esta autoridad casi paternal y de este cuidado. Ved en cierta fotografía el emaciado rostro juvenil.

Parece devorado por un ardor claro. En sus ojos titilan la inteligente curiosidad y la lucidez feliz, sin inquietud interior, del diletante seguro de sí y de la bondad del mundo.

Después, la carnación abundante viene á dar, con su plenitud, serenidad y sosiego al continente, que no pierde la expresión de espiritualidad, merced á la dulzura meditativa que se concentra en la cuenca de los ojos miopes. Es el semblante de tolerancia de quien todo lo comprende, y el aire ensoñado, sujeto á *ausencias*, del trabajador ensimismado y solitario que se olvida de cuanto no es, á la verdad, esencial.

Tan grande ánimo eleva, vivifica estas páginas densas, que todo el mundo, olvidando la aérea, la exquisita levedad de *Ariel,* creyó en *Motivos* como en su obra maestra. Con ellas nos hace pensar en la alteza de alma de un Marco Aurelio, no desengañado por la experiencia del imperio, más bien que en las lecciones de *savoir-vivre* de un Lord Chesterfield que hubiese sabido escribir en tan alto estilo.

El magnánimo aliento que encumbra su propósito salvador, bastaría á redimirlo del vago tedio que se desprende de ciertas obras, de cordura excesiva, escritas explícitamente para

guiarnos, aconsejarnos y precavernos, si allí no estuviera, además, á recordarnos la presencia de un gran artista, aquella ordenada opulencia, aquel prolijo fausto con que se vierten en cada página las mayores riquezas de la lengua, las más puras imágenes de poesía plástica y sonora, todos los alardes de quien posee, en supremo grado, un arte sabio y un inexhausto poder de estilo; y si los pasos más singulares de biografías ilustres, las más bellas figuraciones de la fábula, no dieran forma viviente ó representación insigne á todas sus ideas.

Quisiéramos tributar tan sólo elogios á esta obra ingente, la más amada por su autor, á juzgar por los años, el celo y el obstinado genio de paciencia empleados en darle tal perfección. Quisiéramos seguir el general dictamen, que tiene por la obra maestra del artista y del pensador ésta que, en efecto, reúne la plenitud de los dones en madurez al dominio de la cultura más vasta. Pero no hallamos en él, desde luego, ese perfume de encanto, esa gracia de juventud comparable á la que el mismo Rodó veía en ciertas obras cuya sola hermosura es ya bastante prueba de su verdad.

Frescura y sazón que no volverán son las de

*Ariel.* Rara vez, en la vida de un artista, hay concordancias tan felices y tan únicas; ni llega á reemplazar al toque, breve y certero, de la hora fugaz, la aplicación reiterada é igual.

Ahora agrava la tendencia que antes no pesaba sobre la levedad del primer vuelo. No que obedezca ahora á propósito didáctico propiamente, ni que sacrifique el arte á la enseñanza; pero al querer levantarlo precisamente á su expresión suprema, llenándolo de pensamientos reguladores y velando por la nobleza al propio tiempo que por la utilidad moral del consejo, le ha vuelto, ni podía ser de otro modo, laborioso y, digámoslo, á la larga algo pesado.

Admirable libro, cargado de humanidad y magnificencia, tallado como en granito, para durar; concebido, por encima de lo transitorio, en su designio de servir en todas las latitudes y enseñar á todos los hombres á ser hombres, á serlo cada día más y mejor. Pero también vasto esfuerzo sin alegría, como no sea la solitaria de vencer en la «gesta de la forma», y la de concertar razones aunque no hagan falta; sin voluptuosidad, como no sea la de haber visto, «en el reposo del mediodía», que la obra es buena.

Comprendió Rodó la abnegada sublimidad de

su propósito, y alzó el consejo á la altura de su genio literario; pero, si bien transforma en visiones poéticas las consideraciones de un simple educador, y si bien sus apólogos de moralista sobrepasan en alcance y en belleza á aquellos que un Franklin, pongo por caso, usaba con familiar bonhomía, algo queda, sin embargo, bajo la amplia suntuosidad del estilo, de la índole, no del todo transfigurada, de su misión.

Enseña, en suma, que la virtud, no la felicidad, es el mayor bien. Esta, ni la busca, ni la define, ni, á la verdad, le preocupa. Apenas si en la vida se acordó de ella; aquí no la nombra siquiera. Considérala, sin duda, como natural y otorgada de suyo al hombre que dignamente llena el objeto para el cual se siente predestinado ó capaz. No la buscó, como tampoco se buscó á sí mismo.

Halló en seguida su verdad y con ella la solución de todos sus problemas. Y si buscó la *terra lontana,* el «espacio», de Leuconoe, fué como dominio de acción y conquista, no como región paradisíaca de quietud y perfección inmóvil. Nada más pueril ni decepcionante, es claro, que los manuales de perfecta felicidad. Nada más patético y desastrado que los esfuer-

zos por fijarla, vanos hasta para concebirla, aunque los veamos en la filosofía estremecida y la poesía misericorde de un Sully-Prudhomme.

Y á la verdad, y pues no hay felicidad que no se parezca á nosotros mismos, hallemos nuestro empleo y centro y hallado habremos nuestra pobre y resignada felicidad. *Je tresse de la paille pour oublier,* decía Alfredo de Vigny. A darnos este empleo y centro se aplica Rodó, no ya en transacción forzada con el destino ó en dolorida renuncia, sino como gloriosa solución y fin.

Para él la vida tiene su fin en sí misma, ó se lo asigna, no como límite, pero sí como deber. Y este fin es el incesante perfeccionamiento, la educación indefinida de la voluntad, el sobrepasarse y el ser cada vez más y mejor, no en el sentido nietzscheano, que, por brutal que parezca, implica una grandiosa concepción del universo y una heroica teoría de la vida, sino en el sentido «humano, demasiado humano» de que es preciso hacer algo.

Plantea sin cesar el problema de la vocación; nunca el drama del destino. Bajo la incertidumbre ante el camino por emprender, no ve la perplejidad más transcendental ante la existencia sin razón ni fin.

No parece preocuparle nuestra significación de hombres en medio del universo, ni este enigma de sentir un alma que interroga en vano por el objeto de nuestra vida.

Lo cual sorprende en él que se mostró tantas veces celador de la vida profunda, silenciario del reino interior, vigía de todas las cosas que salen del alma empapadas aún en misterio. Aparta el enigma del mundo y se limita á ver claro en sus apariencias, tratándolas como última realidad. Le bastan, como á un griego, la acción y la palabra para ennoblecer la vida.

Artista de la perfección interior, no le tentó, sin embargo, el arrebato místico, ni tuvo el arranque loco, ni el sublime desprendimiento. Le faltó quizás hasta el calor de alma de un Fenelón, y sin duda, la ternura, la poesía de un San Francisco de Sales, para escribir esta su laica *Introducción* á la vida activa, pero también devota en cierto modo.

Ni es la perfección del alma y su cultivo por sí y en sí, de los estoicos inmóviles, la que profesa. Quiere hacer de ella un instrumento. La acción es su fin y su reino. Ni la vida interior depurada por el análisis, ni la estancada contemplación nirvánica son de su preferencia, ó

cuando más, como medios preparatorios de virtud actuante.

Ayuda así tan sólo á las almas en formación. Pero, ¿hay alguna que no lo esté, en el perpetuo devenir que somos? Enseña á descubrir en sí más de lo que uno cree, más de lo que uno espera. Conforta desfallecimientos, apuntala voluntades, guía incertidumbres, procura estímulos y fines, prodiga ejemplos y esperanzas...

Condescendencia generosa, pero excesiva.

Quizás á alguno sirvió, que le buscó en desánimo y confusión de espíritu. Pero tales estímulos y consejos, para ser bien aprovechados, presuponen, sin darse cuenta, un principio de voluntad allí donde el supuesto es precisamente que no queda sino su ruina. Faltan el método y la precisa regla de conducta con que educadores menos elocuentes, pero «más prácticos», que miran el mal de menor altura, ayudan al claudicante ó al abandonado por su alma. Gran esfuerzo abstracto y genérico, ó inadvertida tautología, no puede este libro magnánimo servir de guía sino á quienes en suma no lo necesitarían: que los verdaderamente enfermos y necesitados han menester de andaderas más humildes, más inmediatas y simples, más prácticas.

Y donde se necesitara suscitar un cordial tumulto para arrollar las voluntades paralizadas, más fuerza tendría quizás, á modo de conjuro, un poderoso sacudimiento lírico ó trágico, que no la razón razonante ni los fríos modelos ilustres. Allí donde Emerson no basta, más necesario es Payot. Donde no bastan sugestiones, huelgan las pruebas. «Es potente porque es vulgar, es útil porque es estrecho» —dice Taine de Addison, refiriéndose al empeño por el cual le llama «predicador laico»—. Mientras que aquí, este poner magníficamente á contribución—para comprobar una evidencia ineficaz—el arte, la ciencia, la historia, la filosofía, agrava la instancia del libro sin aumentar su virtud.

Vasto y prolijo repertorio de casos y razones, quienquiera que lo lea hallará entre ellos su imagen y su remedio. Pero al dar como ejemplos pasos de vidas insignes, parece olvida lo personal é *irrepetible* de cada vida, pues que partió él mismo del postulado de que la vida, en cada uno, es invención perpetua é imprevisible, infinitesimal y múltiple, y no hay dos combinaciones semejantes en todo el haz de la tierra.

De ahí que nunca puede la ejemplaridad ser sino exterior é ilusoria; la mecánica de las almas

carece de leyes fijas y aplicables. Bien es cierto que Rodó no aduce la paridad en rigor de prueba, sino como ornato é ilustración al discurso.

Pero aun allí donde un ánimo dolorido necesitara ver la emoción de una sensibilidad, ó sentir la carencia sedante de la ternura hermanable, halla, imperturbable y bella, la llama fija de la razón, alimentada por una indefectible esperanza raciocinante. Sí, tal vez fueran más eficaces en muchos casos algún canto ingenuo, algún grito elíptico, el dolor del viril gemido, la imprecación, ó algún donisíaco júbilo. Rodó prefiere emplear, inagotablemente, la persuasión lenta y discursiva.

«A veces—dice Ventura García Calderón—, á veces, nos importuna que Próspero, para consolarnos, vulgarice los consejos de higiene sentimental que aprendimos en los manuales anglicanos de Smiles...» No nos obliga nunca á esa «gimnasia emersoniana» que nos haría, como quiere García Calderón, «ir de cumbre en cumbre» con «una alma erizada como de infinitas puntas para el rayo». Rodó cree que eso asustaría á los que vienen en busca de confianza en sí.

Así y todo, sólo es guía para válidos viajeros,

no titubeante Cireneo que comparta con nosotros el peso de la cruz. Comprende todas las tristezas del desfalleciente; pero nunca quizá participó de ellas hasta saber cómo son por dentro. Acaso el hombre tuvo caídas y flaquezas que le hermanaron á nosotros, míseros; en el escritor, ningún rastro ha quedado de ellas.

Es este libro el esfuerzo paciente y asiduo de un maestro seguro de sí y atento á seguir los meandros por donde se pierden los inciertos y los claudicantes. No es la conversión de un pecador, ni la convalecencia de un enfermo, con sabor de confidencia y de fraternidad. Su simpatía por los débiles y necesitados de ayuda y guía es la del hombre magnánimo, un interés transcendente, el sobrante de una naturaleza generosa, cordial, sin desfallecimientos ni complicidad en ensueños lánguidos ó muelles abandonos.

Y aunque su voz se dirige en particular á la imaginación y á los sentimientos, por encenderlos de esperanza y apasionarlos y lanzarlos á la acción vibrando, más mueve el espíritu á convicción, que no el alma á un ímpetu férvido. Puede ser que ayudara á muchos desorientados á salir del laberinto interior. Pero muchos, se-

guramente, cerrarán el libro sin haber recibido el choque revelador. Falta ahí no sé qué que se espera y al fin no viene.

Su virtud enteriza y sin combate hace de Rodó, es claro, un nobilísimo ejemplar de la más alta especie. Pero, de Rousseau á Verlaine, se nos ha estragado el gusto, y vuelto más sensibles á la piedad, á la simpatía dolorida y al orgullo *quand même* que inspiran pecadores como Darío—por no citar sino á un hermano suyo—, que no á los puros apolíneos.

Enhiesto hasta en su bondad más comprensiva y piadosa, inmune en su afán redentor, sin tragedia interior visible, no se lo siente ahí como un hombre igual á nosotros; no es un redimido, sino un exento. Y por eso quizá su palabra no enternece ni exalta: sólo convence. Y por eso quizá se le admira tanto como se le respeta; pero no arrastra consigo la efusión del alma tras la adhesión de la mente.

El libro á que ha querido dar, ante todo, una virtud dinámica, un impulso conductor, resulta así un libro estático, inmóvil en su perfección. La misma vida incesante, la renovación continua, que invoca como ley y de que parte en principio, no llegan á animarlo ni lo renuevan.

Ideas y ejemplos gravitan, bien acordados, alrededor de temas poco diversos, dando vueltas que agravan la sensación de enervamiento de la voluntad, contra la cual precisamente quisiera la obra reaccionar.

Propagan sus capítulos concéntricos el leve movimiento que fenece como el del agua en un estanque sin derivación. Bastaría el índice para mostrar los giros envolventes del mismo pensamiento indefinido. Prolija divagación, aplicada é insistente y como atada á un plan en que todo converge, ó, más bien dicho, se resuelve en una sola proposición.

Sin principio ni fin, su uniformidad parece monotonía, y es acaso un tanto excesiva; 450 páginas tupidas para probarnos, en suma, que cada cual debe seguir su vocación, son tal vez muchas en un solo libro. De ahí el deseo de leerlo, todo, sí, quizás, pero no de seguido; de demorarse en el placer de hojearlo, de entrar en él por diversos puntos, esperando brote del encuentro, con tanta y tan constante hermosura como por doquiera se halla, el ánimo de afrontarlo todo con tesón. Desgano tal vez proveniente de lo que dió Rodó como principal y característica cualidad del libro: de su falta de «ar-

quitectura», de su «perpetuo devenir», de ser, conforme lo definió él mismo, «un libro abierto sobre una perspectiva indefinida».

En arte, como en metafisíca para los griegos de la mejor época, lo perfecto no es lo infinito, sino lo finito, bien delimitado é independiente. Se nos recordaría en vano que Schopenhauer estimaba como una excelencia más de su sistema la interdependencia de todas sus partes y el que no tuviera propiamente principio, medio ni fin, sino que el pensamiento vivificante circulara en él como va la sangre del corazón al cerebro y refluye de todos los miembros. La contextura misma de nuestra lógica y la medida del arte exigen, á la verdad, algo más orgánico.

Más habría valido, sin duda alguna, que Rodó nos hubiese dado separadamente, aunque fuera uno tras otro, los cuatro ó cinco libros que se advierten, apenas diferenciados, en lo macizo de este volumen. Aisladamente, habrían parecido, si bien sacados todos de la misma cantera inagotable, frescos renuevos y alardes de una abundancia sin fatiga, prodigiosa en lo de hallar formas á su «perpetuo devenir».

Ya que ninguno de esos cinco libros es de

desecho; ya que todos son bellos y profundos; ya que muestran á toda luz las fases del problema cotidiano más importante, dénoslos todos, pero no á la vez.—Dénoslos en tomitos esbeltos y ligeros como los tres de su *Vida Nueva*.—Así sería, por lo menos, de desear que los reeditasen en lo sucesivo.—Y hasta podría hallarse en la tabla puesta al fin del volumen la vaga indicación para el reparto de la materia.

Desde luego (y ya algunos aficionados lo han realizado), reclamaríamos—pero incólume de exégesis—el más bello y el más *útil*, el que realizaría por sí solo y con mayor y más graciosa eficacia el propósito de la obra toda: el tomito de las parábolas, mondas de todo comentario, sin exordio ni epílogo ni aditamento alguno; con todo su poder de sugestión encerrado en la breve alegoría.

Muy bellas son las parábolas, y muy suyas. ¿Pero á qué, si es tanta y es tan vívida su claridad, rodearlas con cauta y prolija mano de comentarios y de tan explícitos desarrollos? Precédelas un fácil apotegma, pero á modo de tesis por probar; y ya su sola enunciación es bastante á fijar su alcance y significado, y aun á volver inútil la alegoría, como no sea de puro adorno;

luego viene ésta, en que la idea encarna con seductora precisión; pero al símbolo viviente y á la idea clara sigue todavía la comprobación de la adecuación del uno á la otra. La encantadora fábula pierde así lo que le quedaba de su atractivo secreto. A la sugestión alada sigue la maniática explicación. Entre el exordio y la peroración, presurada la pulpa lozana, exprime hasta su última gota.

Si el encanto de la parábola está sólo en sugerir; si es su virtud y su secreto de vida el impresionar de suerte que cada cual la haga suya, interpretándola á imagen de su verdad interior, Rodó contraría un tanto este inefable poder y le limita al interponerse para imponer, no sólo el símbolo literario, sino su prolija y personal interpretación.

Será sin duda menos bella ó menos elevada la que le demos, pero, por ser nuestra, es en nosotros más eficaz. Rodó no consiente en dejarlas repercutir libremente. Impuestas en su perfección inicial y suprema, parecerán siempre bellas, cierto; pero ahí se estarán como inmovilizadas en su exactitud. No cambiarán con el alma de los lectores. Siempre iguales á sí mismas—y ya que su moraleja no se distingue del fondo

universal de la cordura humana—, irán al acervo de nobles lugares comunes en que se abreva indiferentemente el buen sentido de los hombres y de los pueblos.

En tanto que si se las dejara en evangélica desnudez, en su gracia de poemas primitivos, vivirían, no solamente como trozos de antología, dentro de un libro, sino con la espontaneidad de pequeños mitos familiares é íntimos, mezclándose á nuestra vida cotidiana como una gracia de la memoria y no como un consejo de tutor vigilante y preciso.

En cuanto á los demás tratados, en orden indistinto podría darse: el de la renovación é innúmeras posibilidades interiores; luego el más especial de la vocación; el del diletantismo en sus contactos y diferencias con el propósito de rectificación constante y ordenado; y el de la vida como arte y los artistas como buscadores de su propia verdad y perfección, etc.

Y pues cada pequeño opúsculo se bastaría á sí mismo, ¿para qué escalonarlos ni ligarlos? *Ces choses de spiritualité ne sauraient se donner en grande quantité à la fois*, dijo Sainte-Beuve. Sabio consejo, que Rodó debiera haber seguido, continuando así su primera manera, grave y leve

á un tiempo. Parece aquí haber perdido la feliz medida de *Ariel*. Alguien le acusó quizá, ante la parvedad de los otros tomitos de *La Vida Nueva*, de no ser capaz de construcción imponente.

Echó entonces, en largos años de labor solitaria y asidua, echó uno sobre otro esos bloques, del mismo tamaño y aspecto, idénticamente labrados; y soliviándolos luego en alarde de fuerza hercúlea, los amontonó «sin arquitectura» en una á modo de muralla incaica, sin necesidad de argamasa para las junturas. Al disgregarlos, perderíamos en tedio regio y agobio de majestad; pero ganaríamos en placer, en elegancia manuable y en poder de sugestión.

Poder que Rodó desvirtúa á veces, recargándolo inútilmente aun en el detalle.

Rodó es el más preciso de los poetas.

En *Motivos de Proteo*, cuadros, símbolos, parábolas, son pruebas; cubren ricamente la recia substructura lógica, no sugieren, no *chatouillent*, como ya quería hasta el mismo Boileau. Ni digresiones ni abandonos: inútil la diversión, cuando dentro del terreno circunscrito cabe verter todo el tesoro acumulado. Razón é historia, ficción y alegoría, todo sirve y se pliega al designio primitivo. Rodó embellece la exposición, no so-

breañadiendo galas, sino ajustándolas al designio primitivo.

Así, el aprovechamiento de su saber vuélvese sistemático. Hasta se diría que para lograrlo ha acudido á procedimientos de mnemotecnia; que todo lo ha clasificado en orden á su libro «en perpetuo devenir», que ha puesto el Vasari, los diccionarios biográficos y las colecciones de anécdotas en papeletas y compartimientos, con el objeto de aducirlo todo en corroboración de su razonar y á su debido tiempo.

Todo lo ha leído y visto, á la manera de Taine, en busca premeditada de *preuves à l'appui*. La cultura de sus años juveniles tuvo eso de precioso, que fué desinteresada—como él quería que toda actividad espiritual fuese—, y libre; quiero decir, que leía por leer, por el placer de la belleza ó de la verdad, cediendo, sin segunda intención de estudio ó de argumento, á la fantasía de un encuentro, á la seducción de un estilo.

En definitiva, y dadas las dificultades del fin que se ha propuesto, imposible, en verdad, alcanzarlo con arte más gallardo. La confianza optimista en la razón es poco propicia al lirismo que preferimos. ¡Es tan fácil conmovernos con las patéticas voces de la duda y de la ansiedad

del alma, que tantos ecos despiertan en cada cual! Era menester un potente artista para hacer resplandecer de belleza estas esperanzas deslustradas por la familiaridad del sentido común panglosiano. Lo ha logrado Rodó maravillosamente.

Mas cuando se piensa en tanta región inexplorada de la vida y la historia de América, que pudieron dar á su pluma la ocasión de pintar frescos tan impresionantes como aquellos en que se destacan las singulares figuras, que hizo revivir poderosamente, de Bolívar y de Montalvo, contrasta, en verdad, ver á tan alta inteligencia, de tan prestigiosa fuerza, empeñada en probar, largamente, cosas de evidencia inmediata.

***

El placer de leerle cobra como un sabor nuevo, un interés de realidad viviente, una como alegría familiar al contacto de la vida libre, y es, en suma, como un asueto, cuando, de esta larga meditación de psicología, de la abstracción de esta abnegada y ardiente terapéutica espiritual, de esta divagación sostenida y aplicada—vivificada sólo cuando encarna en parábolas y en imágenes, inolvidables por la potente precisión

de estilo—, pasamos al *Mirador de Próspero*, libro vario, palpitante en figuras retratadas de cuerpo entero, en problemas originales y peculiares á nuestra América.

Tampoco este volumen tiene «arquitectura» «ni término forzoso», mas no por la misma razón de estar «en devenir perpetuo», sino en razón de su múltiple y viviente diversidad. Se acoge Rodó con razón al gusto que Taine declaró tener, al tratar de los *Ensayos* de Macaulay, por esta clase de libros que «son como el diario de un espíritu». Y bien hizo en dárnoslo Rodó en su compleja abundancia de materias.

Cuando no son dispersión y pura incoherencia, cuando no son vanidad de periodista que en su caza á la actualidad perdió la presa por seguir la sombra y se empeña, luego, en hacer durar lo efímero ó galvanizar una abolida curiosidad, estas vistas y fragmentos son indispensables para completar el panorama de una cultura. Y el *mirador* de *Próspero*, en la espiral de su torre excelsa tiene multitud de pequeñas ventanas, abiertas al infinito espectáculo de la vida.

Rodó, que no consintió nunca en digresiones, padeció menos aún de dispersión de espíritu. Nadie encauzó más rectilíneamente caudal más

abundante. Pero, si llevó el afán de la unidad hasta no bastarle, en *Motivos*, la unidad del asunto y de la dirección, y añadió á esta uniformidad la del tono, la manera y la atmósfera, en el *Mirador* le basta con la esencial unidad de alma que cela su diversidad.

Todo en ella despierta un son acorde;—y hemos visto que, aun herida, aun en la famosa disputa (que sólo él pudo mantener en tan armoniosa mesura), antes que prorrumpir en una disonancia de acre desdén ó de soberbia autoritaria, apenas si cambió el tono de su discreta elocuencia. *Liberalismo y Jacobinismo* se volvió así la continuación de *Ariel:* fué Ariel actuando en la liza, puesto por obra en la vida, realizando su evangelio entre los gentiles.

Es el *Mirador de Próspero* el libro que mejor muestra, no sólo la excelencia que hemos proclamado, del crítico, sino también la consecuencia de todas sus épocas con los comienzos, la gracia y la fuerza con que su curva vuelve al dominio de que partió. Al mostrar en un solo haz copioso las gavillas más tempranas y las de su otoño colmado, hizo ver cuán substancial era todo lo que escribía; pues poco ó nada tuvo que eliminar y nada que contradecir.

Al recolectar artículos diseminados en su juvenil *Revista Nacional*, es muy poco, y puramente externo, lo que tiene á bien corregir; y tales artículos dan el mismo son, parecen del mismo tenor que los posteriores. Desmintió así, no sólo su tardío «reformarse es vivir», sino precisamente su creencia de neófito, que decía en 1896, al iniciarse en la crítica.

«El crítico que al cabo de dos lustros de observación y de labor no encuentre en aquella parte de su obra que señala el punto de partida de su pensamiento, un juicio ó una idea que rectificar, una página siquiera de que arrepentirse, habrá logrado sólo dar prueba, cuando no de una presuntuosa obstinación, de un espíritu naturalmente estacionario ó de un aislamiento intelectual absoluto» (1).

En su principal madurez se encierran todos los gérmenes. Y su unívoca tendencia le impedirá derramarlos luego al azar; antes bien, le llevará á coronar las primeras aficiones con la fe

(1) «Notas sobre crítica« *(Revista Nacional de Literatura.* 1896, tomo I).—Notas sueltas, no recogidas en volumen, por lo escasas y cortas, sin duda; algunas en forma de aforismos, manera que no volverá á tentarle, y para lo cual le faltaba acaso el dón primero, la concisión epigráfica.

suprema, sus ensayos y adivinaciones americanizantes con el prodigio, de maestría y certeza, que es su *Bolivar.* Ya no es solamente ardor intelectual, doble curiosidad especial de lo propio é inexplorado, lo que le lleva á consagrarse á América, sino esperanza magnánima y certidumbre ubérrima.

Su *Bolívar*, el más alto alarde de fuerza y seguridad en el pensamiento, de originalidad en la afirmación, de vehemencia lúcida en el estilo, sale de la fragua resplandeciente de vida física y arrebatado por un dinamismo heroico. Tan sólo le es comparable el *Bonaparte* de Taine.

Aquí sí que de cumbre en cumbre vamos soliviados como en un vuelo de cóndores. Poderosa y escueta síntesis, corona suprema al héroe. Prosa á la vez de poema y de lápida, por el ímpetu lírico y la tenacidad gráfica. Durará lo que dure la gloria del Hombre de América.

Desde la obertura heroica:—«Grande en el pensamiento, grande en la acción, grande en la gloria, grande en el infortunio, grande para magnificar la parte impura que cabe en el alma de los grandes, y grande para sobrellevar en el abandono y en la muerte la trágica expiación de la grandeza»—hasta el final de la marcha, á

un tiempo fúnebre y triunfal, esa sinfonía acompañará el paso del héroe al través de las edades.

Ahí está también su *Montalvo*, trazado, se diría, con el cariño reparador de un igual, con el orgullo y devoción de un hermano menor que, aunque sereno y plácido, admiró sobre todo en él la perenne rebelión del hombre libre, y compartió con él «la vocación de la caballería y el amor de la libertad».

Toques hay, en este estudio, de tan señalada predilección, que le imprimen no sé qué aire de secreto resarcimiento, algo de coloquio interior con la sombra evocada, algo de vaga nostalgia de su compañía. ¿Platicaba, pues, en sus adentros, este solitario, con sus elegidos, para olvidar la mediocridad del ambiente y hacer más llevadera la obligación de agradecimiento que le imponían sus admiradores familiares, sus discípulos vulgarizadores?

Hay un son que no engaña cuando dice, en aquella página, una de las más bellas salidas de su pluma: «Hermoso sueño de inmortalidad es la inmortalidad de los Campos Elíseos, donde las almas bienaventuradas mantenían, como en una tierra mejor, pero no esencialmente distinta de la realidad del mundo, los rasgos característicos

de su personalidad terrena y las formas de su envoltura corpórea. Allí los que dedicaron su vida á las ideas podían seguir consagrándose á tan altos amores; iluminados de nueva y más serena luz: en los bosques de laurel donde Virgilio vió, ceñidos de ínfulas blancas, á los poetas y los sacerdotes... Interesante cosa sería encontrar, en tan amable eternidad, la sombra de Montalvo. Conversaríamos allí de la maravillosa condición y divina virtud de las palabras; de la música de su son y la arquitectura de sus ordenaciones; del placer de cuando se nos rinden y el dolor de cuando nos huyen, y el dón de evocar y hechizar que en sí tienen. Conversaríamos también de los heroísmos de la historia, de la vocación de la caballería y del amor de la libertad».

Notas dispersas y fácilmente unificables corren, en los últimos años, por su obra, delatando este amor que refluía de su solitaria altura de meditación, á seres y cosas desaparecidos, y no sin breve dejo de amargura, amargura que da á su esperanza vigor más estoico y entero.



Esta melancolía, venida no sólo de haber te-

nido que luchar por fuerza con inferiores, sino de mil cosas desapacibles de en torno, y del fracaso, no precisamente de su ambición, pues quizá no la tuvo dominante, sino de su ideal de amplitud bien concertada, de tolerancia comprensiva y mutua, le impulsará luego á viajar, á olvidar, á cambiar para renovarse y para, en las nuevas reservas de su espíritu, poder luego refugiarse...

A ella debemos los primeros indicios del hombre secreto que en el viajador apenas si comenzábamos ya á entrever; del hombre nuevo quizá, si bien no como quería él, y que la muerte vino á frustrar. Acentos de meditación como algunos suyos frente á la tumba de Leopardi, ya que no pueden tomarse por presentimientos de su fin cercano, muestran que su alma se ensombrecía magníficamente y que un viril amargor iba macerando su corazón, como madurándole para la muerte.

## NOTA BIBLIOGRÁFICA

Bajo la denominación común de *La Vida Nueva,* publicó Rodó tres pequeños tomos. Contiene el primero los estudios intitulados *El que vendrá* y *La novela nueva* (Montevideo, 1897);—el segundo, su *Rubén Darío* (Montevideo, 1899); — el tercero, *Ariel* (Montevideo, 1900).

Al cabo de seis años, durante los cuales sólo publica artículos de actualidad ó fragmentos de sus obras futuras, en periódicos ó revistas, dió á luz en volumen:—*Liberalismo y Jacobinismo* (Montevideo, 1906);—*Motivos de Proteo* (Montevideo, 1909);—*El Mirador de Próspero* (Montevideo, 1913).

De sus ensayos de juventud, publicados en la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales* (Montevideo, de Marzo de 1895 á Octubre de 1897), quedan sin haber sido recogidos en volumen los siguientes artículos, todos de crítica literaria:

De 1895:

*«Dolores», de Federico Balart* (Marzo).—*La crítica de Clarín* (Abril, Mayo).—*Los «Poemas cortos» de Núñez de Arce* (Junio).—*Un libro de crítica,* «Estudios de crítica

literaria», 2.ª serie, por M. Menéndez y Pelayo (Septiembre).

De 1896:

*Notas sobre crítica* (Enero).—*Menéndez Pelayo y nuestros poetas* (Febrero).—*Por la unidad de América,* carta al Sr. Manuel Ugarte (Abril).—*Sobre un libro de versos,* de carta al Sr. F. Soto y Calvo (Mayo).—*Juicios cortos* sobre dos poemas del Sr. Rivas Groot (Junio).

De 1897:

«*Poemas*» (Isla de Oro, La leyenda blanca, Belphegor), de Leopoldo Díaz (Marzo).—*Arte é Historia* á propósito de «La loca de la Guardia», de Vicente Fidel López (Junio).—*Un poeta de Caracas,* sobre «Pentélicas», de Andrés Mata (Agosto).

Fuera de los dos ensayos que forman el primer tomito de la *La Vida Nueva* (primeramente publicados en la *Revista Nacional,* en Junio y Diciembre de 1896), Rodó reprodujo, en *El Mirador de Próspero,* de la nombrada revista, los artículos más importantes, á saber:—«Juan María Gutiérrez» (Marzo de 1895).—«El Iniciador» de 1838 (Agosto y Octubre de 1896)—y «El americanismo literario» (Julio, Agosto y Noviembre de 1895), refundidos todos tres en el vasto estudio intitulado *Juan María Gutiérrez y su época;*—el artículo «Dos poetas» (Diciembre de 1896) relativo á «Ecos Lejanos», de Guido, y «Bajo-relieves», de Díaz, reproducido y separado parcialmente, bajo los títulos de *Carlos Guido Spano* y *Divina libertad;*—y en fin, los artículos «Juan Carlos Gómez» (Mayo de 1895), «Ricardo Gutiérrez» (Septiembre de 1897) y «Una novela de Galdós» (Noviembre de

1897). — Reprodujo, además, ahí, prólogos y trabajos sueltos de épocas anteriores.

Publicó, por último, en *Caras y Caretas*, de Septiembre de 1916 á Mayo de 1917, sus impresiones de viaje, en correspondencias no coleccionadas aún. Son las siguientes:

De 1916:

*Cielo y agua* (Agosto, á bordo del *Amazón).—Una entrevista con el Presidente de Portugal* (Lisboa, Agosto). *En Barcelona; El nacionalismo catalán* (Septiembre).—*Recuerdos de Pisa* (Florencia, Octubre).—*Y bien, formas divinas; Diálogo de bronce y mármol* (Florencia, Octubre).—*La poesía de Stecchetti* (Bolonia, Noviembre).—*Un documento humano; La esperanza en la Nochebuena* (Turín, Diciembre).—*Al concluir el año* (Roma, Diciembre).

De 1917:

*Una impresión de Roma; Ciudades con alma* (Roma, Enero).—*Tívoli* (Tívoli, Enero).—*Anécdotas de la guerra* (Milán, Febrero?).—*Nápoles la española* (Nápoles, Febrero).—*Sorrento* (Sorrento, Marzo).—*Capri* (Castellamare, Marzo).—*¿Renunciará al poder temporal Benedicto XV?* (artículo póstumo, Palermo, Marzo).

Publicáronse también en *Plus Ultra*, de Buenos Aires, algunas otras correspondencias del mismo género, entre ellas:—*Los gatos de la columna Trajano, El altar de la muerte* (sobre la tumba de Leopardi).

Deja inéditos, sin duda, numerosos apuntes de viaje, y, además de los *Nuevos motivos de Proteo*—anunciados como escritos ya en su mayor parte, desde 1909, y como

de próxima publicación, en 1913—una obra nueva sobre la poesía lírica en España.

De *Ariel* se han hecho en América y en España varias ediciones, más de nueve. Hanse publicado igualmente, aquí y allá, repetidas selecciones de sus parábolas y otros fragmentos, especialmente de *Motivos*. Estos han sido reeditados, en dos volúmenes, lo mismo que *El Mirador*, en Madrid, en 1917 y 1918, respectivamente. En 1915 publicáronse, asimismo en Madrid, bajo el título de *Cinco Ensayos*, sus principales estudios.—Aparecerán próximamente, editadas por cuenta del «Comité France-Amérique», traducidas al francés por el Sr. F. de Miomandre, escogidas y prologadas por el Sr. H. Barbagelata, sus *Pages Choisies*.

## IV

### EL ESCRITOR

Con desenfadado entusiasmo, elegante desprendimiento y patriotismo transcendental, un crítico español proclamó á este americano «el más grande prosista», «el supremo hablista de lengua castellana en el día de hoy en ambos mundos» (1).

Quizá podríamos señalar hasta tres etapas en el proceso de la maestría de este clásico de una literatura tan joven como la nuestra. Podrían distinguirse aún, á lo largo del copioso *Mirador de Próspero*—libro que contiene, como se sabe, artículos diversos, escritos de 1895 á 1913, esto es, en el espacio de diez y nueve años de labor constante—, si las correcciones impuestas en la

(1) Andrés González Blanco: *Escritores representativos de América.*

edad madura y en posesión de la forma *ne varietur*, á estudios de mocedad, no diesen á casi todo el contenido el mismo temple soberano. Igualdad fácil de lograr en este estilo, que nunca fué *otro* de modo absoluto; bien al contrario:— al comparar la redacción primera de los artículos de juventud, publicados en la mencionada *Revista Nacional de Literatura*, con la adoptada para su reproducción en el *Mirador*, rápidamente se echan de ver, no sólo la razón de las correcciones y el acierto de los reemplazos, mas también su poca transcendencia y su corto número: dejan intacto el sentido, que bien sentado estaba desde el principio, y se reducen á mejorar la sintaxis, limpiar la lengua, limitar un tanto la adjetivación.

Consisten especialmente en sustituir el término vago, genérico, abstracto, el epíteto enfático ó flotante, con el sustantivo henchido, el calificativo preciso y realzador; en abreviar las proposiciones redundantes en demasía, y reemplazar las perífrasis forzadas por los vocablos propios, aun á riesgo de repetirlos y desgastar su poder. Sin embargo, el ritmo es casi siempre el mismo y la extensión de los períodos casi igual. Para darles un movimiento menos unido, allí

donde antes pasaba de largo como llevado por una corriente presurosa, interpone comas, y aun puntos seguidos, detalla pródigamente la puntuación, más bien somera de primero.

Si, pues, en ensayos de mozo y en sus trabajos de madurez, un mismo temple se advierte, no se le debe á refundición que á uniformarlos hubiese venido posteriormente. Y si hablamos de modalidades diferenciales en personalidad tan proseguida y entera, no se espere hallarlas tan distintas que suponga cada una el reniego de la anterior.

En los diversos tonos, la misma voz se escucha, que al agravarse con el paso de los años, guarda ileso su timbre inconfundible. No por eso las variaciones son menos perceptibles, ni dejan de tener su relativa importancia, así no fuese más que á título de curiosidad, en lo tocante á la formación de un arte magistral.

Veamos, pues, cómo escribía en sus comienzos. Leemos en su primer artículo—publicado en la *Revista Nacional*, no recogido después en el *Mirador*—trozos como éste:

Por esta parte de las inspiraciones del poeta que estudiamos halas relacionado la crítica con las manifesta-

ciones literarias, ya resonantes y cuantiosas, que pueden tenerse por expresión ó indicio de una nueva é inesperada tendencia de los espiritus en este nuestro ocaso de siglo, tan de incertidumbres morales, tan angustiado por extrañas vacilaciones: tendencia de reacción espiritual ó idealista, en el sentido más amplio é indeterminado, que sólo se manifiesta por la vaga ansiedad, por la medrosa indecisión de quien investiga horizontes y tienta rumbos, brillando trémula y apenas confesada en ciertas almas descontentas de lo presente, como el toque de un reflejo crepuscular; pero de la que pueden notarse en la literatura española de los últimos tiempos vestigios tales como la idea fundamental de *La Fe*, de Armando Palacio, el sentimiento íntimo que vibra en aquel hondo estudio de la crisis moral por que pasa el alma de Angel Guerra en la última de las grandes novelas de Galdós, y cierto espíritu nuevo que se difunde, cada vez más franco y perceptible, en la crítica del autor de *La Regenta*, amortiguando con la sombra de intensas nostalgias ideales el brillo de la sátira y vivificando esa vaga aspiración neo-cristiana simbolizada en la hermosa página final de *Apolo en Pafos* por la evocación del «Mendicante en traje talar» que reaparece en las costas de la Palestina para lanzarse otra vez á la propagación de la buena nueva.

Casi todos los de entonces son como este párrafo, de pensamiento ahogado bajo el follaje de ideas secundarias prendidas con tenaces

conjunciones. Se diría que, embarazado con su abundancia primeriza, titubea y enreda el paso en el profuso entreveramiento. Aun cuando en su mente clarea ya la luz del juicio indefectible, se ve la mano inexperta para la poda. Pasajes hay que pudiéramos llamar casi mal escritos, ó más bien que parecen no escritos sino hablados, por lo inorgánico y largo de sus períodos que le obliga á repeticiones ó á alusiones ya distantes. Concebida en conjunto algo indistinto, cada idea desenvuelve sus meandros dentro de cada párrafo, ó da largamente vueltas en torno de sí misma.

El párrafo resulta así demasiado extenso. Y es el prurito español de los incisos, intercalados, no sólo como aditamentos indispensables, sino en alarde de una elegancia de taracea, lo que le lleva á multiplicar sin continuar, en movimiento lleno de repliegues, los aspectos de una misma idea que de otro modo tal vez le parecería pobre y raquítica. Va así de acápite á acápite ligando, á la manera igualmente bien española, á fuerza de relativos y copulativas, conceptos y proposiciones que, de ir sueltos y bien mondados, allí donde al sentido baste la sobrentendida trabazón lógica, irían mejor, más ligeros.

Pero abro el *Mirador de Próspero* y busco un artículo de los últimos años; hallo uno de 1913, el año del prodigioso *Bolívar*, y caigo al azar en la página 44 (edición de Montevideo). Paréceme á primera vista, por las ideas como por el tono, por la manera y el ritmo, de las más rodoanas.

No da, sin embargo, la sensación de una de esas páginas en que abunda, páginas potentes que parecen marcadas por el golpe de garra y de ala de un hipogrifo certero. Metida en un bloque, apenas si tres puntos seguidos abren en ella breves intersticios, para darle un poco de aire; y la profusión de preposiciones y conjunciones es tal, que quita esbeltez y nervio á los períodos; parecen éstos no tenerse en pie sino apoyándose unos en otros.

No es una despojada y escueta sobriedad, una concisión de hierro, lo que diferencia los escritos últimos de los de la abundosa juventud, como no es lo inmaturo de las ideas—casi todas las suyas llegaron tempranamente á la sazón—lo que distingue á esa primera época.

Pero fácilmente se echa de ver que la prosa de Rodó alcanzó su punto en época intermedia, bajo el influjo del Parnaso, cuando los poetas,

fatigados de la exorbitancia del romanticismo y ante el horror del aplebeyamiento naturalista, buscaban una forma apretada y erguida, difícil, y más rica en la sequedad del descarnado relieve. La reacción se extendió, como siempre que comienza por la poesía, á buena parte de la prosa. Mas duró poco.

Y si en el verso mismo Rodó no se entusiasmó mayormente con el desvío de muchos hacia el preciosismo de la sensación é inéditas singularidades verbales, detestó que nuestros jóvenes se dedicaran en prosa «al juego literario de los colores» y á exotismos de «bazar japonés». Él, tan enamorado, en los artistas de la expresión, de elegancia exacta y perfección asidua, de precisión ceñida á la realidad, de resalte en el epíteto definitivo é insustituíble, no cayó, sin embargo, en la maniática «escritura artista». Ni siquiera *flaubertizó* largamente. Se mantuvo siempre en posición más holgada que la de los mártires del vocablo, haciendo mayor crédito á la espontaneidad y primer brote de la invención.

Su prosa, la más trabajada, guarda así cierta holgura y sosiego concordantes con la noble amplitud de su espíritu. Adoptó del Parnaso tan sólo el horror de la frase desmadejada y aproxi-

mativa, del sentimiento vulgar, de la efusión sensiblera y la confidencia impenitente.

Pero impregnó de cálidas simpatías intelectuales la fuerza expresiva del estilo, contenida por la lucidez de un buen sentido exquisito, antes que exacerbada por el afán de originalidad ó cercenada por estrechez ó insensibilidad.

Su *Darío* y su *Ariel* señalan así el ápice de esta manera, á la vez personal é impersonal, de un parnasiano presente aunque recatado en su prosa. Ahí la frase breve y sensible, parca y rica, acierta sin esfuerzo y como jugando—con una elegancia feliz, con un señorío sonriente—, á mover sin trabas el paso esbelto. Así, alado de gracia, libro tan grave como *Ariel* parece leve. Perfección de un arte oculto que parece ingénito.

Esa levedad viene, sin duda, en gran parte del asunto mismo, de la calidad de ideas que ahí maneja y del conato lírico que hinche á cada instante el ritmo. Pero también es muy cierto que su mano, experta ya, insiste mucho menos, y revuela ó se posa *sans rien qui pèse ou qui pose.*

Después, vuelve al período largo y *español*, á la prosa de ritmo rotundo, que le es congenial;

á ella torna de suyo, es la que le nace cuando, aun en el ardor de la discusión y los apremios de la polémica, urgido por la necesidad de responder, sin tiempo para arreglar sus divisiones y pausas, deja al pensamiento seguir la natural concatenación de sus asociaciones y lo traslada como si dijéramos en prosa nativa, que fluye, como de ordinario, en amplio cauce y corriente unida.

Ningún jadeo, ninguna vehemencia entrecortada y elíptica ni en lo más recio de la réplica. Templada á ese súbito fuego, no desdora esta prosa el lustre de la de *Motivos*, bruñida tan á fuego lento. Hasta en simples cartas de amistad ó de cumplido, sin forzarse, tiende á entonar el concepto y modularlo en tono sostenido y largo. En cualquier tiempo ó lugar se le reconoce el ritmo primero.

Antes de recaer plenamente en él, nunca aligeró su andar demasiadamente. Y hasta parece inevitable que su acrecida seriedad de espíritu y la complejidad de la entremezclada realidad exterior é interior de los *Motivos* le devolviesen á su sosegada gravitación en torno de temas centrales.

Vuelve, pues, al corte propio, largo y tendido,

á la frase rica en incidentes, con que las ideas se entrecruzan en el período como los pámpanos en la espalera. Y es la tercera etapa de su prosa ésta en que hasta el aspecto tipográfico de las páginas, sangradas á espaciados trechos, revela la masa compacta y una del pensamiento.

Los pequeños descansos de cada acápite, apenas si dan aliento para leer en alta voz esa serie de períodos concatenados. Las cláusulas van tan trabadas, que no dan respiro hasta remansarse en el claro final, adonde fluyen para de nuevo expanderse. Se ve que no han pasado por el famoso *gueuloir*, prueba indispensable á una prosa como ésta de tan oratoria constancia.

O el pecho que á su aliento las ha medido fué infatigable y extraordinario. En esta prosa tan orgánicamente clausulada—si bien no conforme á las pausas necesarias al recitado—, todo está en su lugar y destinación. No permite á las ideas secundarias ó complementarias ir en frase aparte, rápida y corta: son miembros subalternos y han de ajustarse al acordado movimiento del conjunto, según su función y categoría. No puede llevarse más lejos ni más instintivamente el sentimiento de la orgánica dependencia sintáxica.

Así la elipsis repugna á su espíritu, no sólo como abreviación ideológica de formación irregular, sino como forzada eliminación y violencia gramatical. Sigue el orden de la oración como sigue á la idea en sus meandros.

Felizmente, la sigue también en sus vuelos, de suerte que cuando ella se remonta, el estilo de suyo se levanta á superior elocuencia. Y en total es así, á la vez, minucioso y encumbrado, potente y cauto. Su movimiento, nunca saltante ni imprevisto, continuo, intenso, arrollador, arrastra las ideas sin premura, como también sin lentitud, sin dislocarlas ni arremolinarlas.

Prefiere la excesiva prolijidad á la negligencia. Y si es breve y ceñido en el detalle, en la descripción, en la construcción, es algo redundante en el conjunto. Su esfuerzo de concisión se limita, en suma, á la parte adjetiva. El pensamiento va sin reticencias, complaciéndose en la explicitez de la elocución más apurada y abundante.

El cuidado de la armonía, junto con el afán de desentrañar cuanto encierra el concepto más claro, le lleva, antes que repetir una palabra ó una frase, á la perífrasis más ó menos laboriosa,— no á la manera pseudoclásica, es verdad, sino hi-

lando sentidos implícitos, como si la expresión directa ya asentada no bastara á contenerlos y expresarlos.

Así, no sólo el trozo ó párrafo, cada período crece, enramado de frases, frondoso de incisos, rumoroso, libre. Si el pleonasmo no es nunca de palabra, lo es á menudo de sentido. La extremada claridad no le obsta: hallará manera de aumentarla soberanamente. Es su natural: y él mismo, en cierto lugar, se declaró nada adicto á lo que llamaba «gimnasia de concisión». «Los temas interesantes, decía, están para nosotros absolutamente reñidos con todo lo que trabe el libre vuelo de la pluma» (1).

Sus imágenes, pocas, no inventadas, tomadas casi siempre de los grandes fenómenos naturales—albas, germinaciones, renacimientos, sueños y despertares, ráfagas, sombras, etc.—, magnificadas por la largueza del toque ó realzadas por el pujante modelado de la expresión, sírvenle á traducir, á encarnar ideas abstractas, casi nunca una sensación, una impresión directa, una visión de pintor ó una emoción de poeta.

El epíteto es de orden intelectual, casi nunca

---

(1) *Revista Nacional de Literatura*, Junio de 1897. Artículo no recogido en volumen.

descriptivo; y el contorno de la idea, antes que netamente dibujado por los adjetivos, plenamente se contiene en el sustantivo rico, en el verbo animador. Para comprender mejor lo que queremos significar, leed un trozo de su prosa más ejemplar: verbigracia, la copia de primores exóticos, en *Leuconoe*.

Las metáforas hinchen sus senos de sentido inmediato y preciso; empapadas de intención espiritual, son más bien símbolos vivientes que no ornamento de color ó juego de artista imaginativo y baldío. Para él, la perfecta imagen es la parábola. La diáfana carnación, el aéreo movimiento de las figuras de la alegoría, son deleite de su arte predilecto. En este afán de imágenes transparentes, ceñidas á pensamiento moralizante, cargadas de sentido transcendental en cada detalle de apariencia decorativa, fueran más de temer la fría abstracción y el arbitrario paralelismo.

Mas su placer en componerlas es tal, que hasta el vocabulario se colorea y encarnece. Se acerca, se junta á las cosas sensibles, llámalas por sus nombres, si no con la sensualidad musical de Rubén Darío, ni con aquella familiaridad enfática y sonriente que usa Montalvo, con tan

vivo deseo de agradar, que logra, en efecto, cubrir de fácil amenidad el esfuerzo de la maestría. Si ésta no reemplaza la falta de ingenuidad primitiva y cándida, el tono nazareno y la eglógica poesía de las parábolas le da cierta oriental nobleza, cierta frescura que nos impiden echar más de menos la simplicidad evangélica.



Su prosa fué desde el principio, sobre todo por su sobriedad de imágenes y de epítetos, una reacción á la orgía romántica. Pues si con los románticos vinieron, además de las buenas cosas que sabemos todos, la incoherencia y el exceso, el poco más ó menos de la expresión, reputada insuficiente siempre, é ineficaz para traducir los estados de alma que ellos estimaban como más preciados y únicos dignos, preciso era reaccionar.

No bastaba haber sustituído, con el ímpetu fogoso de la libertad, con el brío de la pasión, con el bello tumulto de la vida, la compasada y enteca corrección académica. Hubo en Bello, en Olmedo, en Caro, una mesura y un orden que desaparecen con Andrade, Acuña, Cordero. Era oportuno restaurarlos, y con ellos, los

fueros de la gramática y de la lengua. Reanudó Rodó, muy principalmente en cuanto á sintaxis y á lenguaje, la tradición castiza verdadera, no la que remonta á los orígenes nobiliarios de la palabra, el giro ó el modismo, sino la que, respetándolos, infunde en la antigua prosapia el movimiento y el espíritu de la época. Sosegó y decantó la lengua, si alterada por los románticos, acabada de falsear y desfigurar por panúrgicos modernistas, que al galicismo de siempre y al solecismo consuetudinario añadieron la arbitrariedad de los neologismos atolondrados.

Si amplió y fecundó, con su cultura, en especial francesa, la virtualidad del estilo, Rodó se afanó por depurar el vocabulario, en su país más que en otros contaminado de barbarismos. Sin arcaísmos de palabra ni de construcción, su lengua luce con esplendor nuevo la pulcritud del linaje intacto. Y de la prosa tradicional, al «encordarla de nervios y henchirla de sangre», remozó tan sólo la precisión y la fuerza, conservando la integridad del secular aspecto.

Sin ser, pues, singular, la prosa de Rodó es inconfundible. Toda sinceridad, reflejada tal cual es, en la expresión connatural, constituye, en cierta medida, un estilo original; y si en es-

píritus raros ó extraños la expresión adecuada nos parece á veces obra de afectación y de rebusca, cuando es, quizá, el propio modo como refractan la realidad, en espíritus como éste, límpidos y ponderados, la armonía y la claridad parecen resultado del concierto y aplicación, siendo trasunto de su intimidad. De esta suerte, el estilo de Rodó, así no lo debiese sino á la fuerza de sinceridad que lo vivifica, es de los más personales.

Rodó no cabe en otra prosa, sólo en ella aparece tal cual es, en su amplitud serena y libre, en su sosiego activo y perseverante:—largo en el razonar, pero no lento; no esencial, pero sí hondo y condensado, prolijo, aunque conciso. –Sin embargo, esta noble prosa suya no ostenta vanagloriosa marca distintiva, ni alardea de original, pronta como está á confundirse con lo castizo, guardando de individual sólo aquel acento que es al estilo lo que el timbre es á la voz.

Ni procura distinguirse violentando el pensamiento en la expresión, ó acicalando ésta con artificio transfigurador, sino tan sólo exprimiendo elegantemente lo más claro de la substancia espiritual en cada cosa escondida. No se inter-

pone entre la idea y el lector, para hacerle admirar *la manera* antes que la verdad ó la necesidad de lo que ahí dice. En vez de alzarse á dominar é imponer al objeto el molde de la personalidad ó la fórmula del estilo, quepa ó no quepa en ellos, confúndese en cierto modo con su naturaleza y substructura. No lo realza con ningún falso interés, ni lo exalta en tensión artificial. Lo que está muy bien, y aun es de rigor en el verdadero artista—la visión personal que conforma y *estiliza* su objeto—no siempre es de exigir en el pensador y menos aún en el crítico.

En Rodó, éste se amolda al asunto con una lealtad que llamaríamos objetiva, si tal término no pareciera inútil pedantería para expresar la entereza, la buena fe, la sumisión cordial á la veracidad de lo que se trata. Así, no es él lo que ante todo tenemos delante, sino la cosa en sí misma. Y tan sólo al buscarlo damos con él.

Escritor refractario, si los hubo, á toda melindrosidad, Rodó busca, sin embargo, las transiciones matizadas y fundidas, la rítmica circulación de las ideas y los sentimientos dentro de un solo período armonioso y amplio, la gracia de los movimientos graduales para ir de una á otra parte del discurso por declivios suaves, lle-

vando como de la mano rondas de imágenes entrelazadas.

Si va á exaltarse su lirismo, es largo y tenue el preludio. Sus cuadros ofrecen siempre las líneas calmas y puras de paisajes clásicos. Aun más tarde, cuando el aliento se hace más largo y el período, potente y rápido, avanza recogiendo al paso varia copia de riquezas tributarias, las frases se suceden sin remolinarse, con la ondulación tendida de los grandes ríos, en que el tumulto de los torrentes se ha sosegado.

En su amplio curso arrollante, uno nunca pierde pie: y se abandona confiado á la transparencia de la onda. Poderoso en su probidad, arrástranos sin esfuerzo, sin pararnos á cada paso ni de repente, á admirar una audacia de pensamiento ó un hallazgo de estilo, alguna súbita muestra de genio ó de ingeniosidad. Ni con motivo de la escasa novedad de la idea, ó por contrapunto con el simple sentido común, estalla en paradojas, en antítesis ó en floreos, como tampoco se aduerme en académicos balances sobre tibias trivialidades sin alma y vida.

Su afán por «decir las cosas bien» no es alarde de artista, sino empeño de apóstol. ¿No es esa—pregunta—«una forma de ser bueno»? Y pide

á los sabios, á los pensadores, á los sacerdotes, que enseñen con gracia. «Si nos concedéis, les dice, la verdad en forma fea y desapacible, eso equivale á concedernos el pan con malos modos... Creed que aquellos que os digan que la verdad debe presentarse en apariencias adustas y severas son amigos traidores de la verdad.»

Las condiciones de su prosa son, pues, las condiciones mismas de su espíritu.

A pesar del «cervantismo tributario» que García Calderón observa en el Rodó de madurez, y que se debe, sin duda, muy especialmente, á las lecturas preparatorias del *Montalvo,* esta prosa es la ejemplar de un clásico moderno, apta de suyo, no al giro antiguo, mas sí al entono castellano más castizo. Noble sin arrogancia, señoril aunque no andantesca como en Montalvo, oratoria, aunque no enfática, si le es necesario tenderse y ramificarse en el período numeroso, con fuerza tan segura y flexible lo hace, que su movimiento parece rápido y esbelto.

La virtud del orden y el dón lógico de la composición, cualidades francesas antes que españolas, dan además á su clasicismo un andar que

le moderniza. Y gracias á ellas principalmente, la influencia de Rodó importaría una doble vuelta á la depurada tradición clásica, pues al casticismo en el estilo y lengua se añadiría el clasicismo de espíritu.

Si entendemos por espíritu clásico el dón de proporción y equilibrio, de claridad y serenidad, de esplendor en la severidad y de elegancia en la plenitud, ninguno, á la verdad, más clásico que el suyo. Clasicismo congenital é insustituíble, más que deliberado, constitutivo de lo que hoy llamaríamos bárbaramente su mentalidad antes que de la parte formal de su obra, pues en lo que toca al arte de la expresión, propiamente, no ha revalidado giros ni donaires, ni modismos ó construcciones obsoletos, ni palabras caídas en desuso, ni ha usado arcaicamente moldes en que el habla del gran siglo se acrisolara.

Pero el principal aporte de Rodó, como escritor, acaso consista en haber traído á la forense declamación, que solíamos tolerar como forma consuetudinaria de la elocuencia, una virtud de persuasión antes casi desconocida. Ya la lógica misma del pensador armonioso, toda en suaves curvas y delicados procesos de ennoblecimiento, era todo lo contrario de la violenta oratoria ha-

bitual, vacía en general de pensamiento—que si alguno tenía, como ahogado quedaba bajo la abundancia de expresión que lo sobrepasaba—. Consagró además, en ciertas páginas de *Ariel* particularmente, ese «cabal sentido de la música» que Ventura García Calderón celebra, refiriéndose á la plática donde tuvo el joven maestro la audacia insólita de ser elocuente sin necesidad de «elevar la voz».

La ondulación de su pensamiento fluye en ritmo ingénito, y no meramente impuesto como número y medida reclamados sólo por el compás de la frase; ritmo que hace ondular la serie inerte de las palabras con el aliento mismo del alma que las concierta conforme á su íntima propulsión. Por esa infusa armonía, que en ciertas páginas rinde al lector en sereno arrobo, su dón de persuasión, como el de los poetas, es de virtud musical. Llena el espíritu de una inmanente música de ideas.

## V

### SU ESPÍRITU

Poco ó nada prueba el éxito entre nosotros, menos aún la clase de renombre. No sólo por lo fácil que es de ganar en patrias chicas y vanagloriosas, sino por la habitual falta de mesura ó el incurioso «poco más ó menos» con que se le discierne. Y si ya no es posible, ni en nuestras selvas, encontrarse de repente con algún *genio desconocido*, de esos que el romanticismo exaltó con reivindicadora predilección, tampoco es posible atenerse clásicamente á la fama de los consagrados. Si algo probase «la gloria», probaría cosas desemejantes: tan á menudo aureola de igual prestigio á espíritus divergentes, á obras contradictorias. De tal suerte, que ni siquiera como revelación de los ideales en que de veras cree la época que la concede, es la tal gloria valedera y cierta. De juzgar á cada época por

todas sus admiraciones, tomándolas á lo vivo, en su palpitante sinceridad, la hallaríamos más confusa y antitética que al considerarla por cuaesquiera otros indicios demostrativos.

¿No llamamos todos un día, á eso de los diez y ocho años, y con fervor casi igual, maestros, así á Vargas Vila, que hoy nos hace reir, como á Rodó, á quien admiramos siempre, aunque vemos ya que nos enseñó poco? ¿Cómo conciliar ahora la doble sinceridad con que avanzábamos al porvenir, yendo, alternativa ó simultáneamente, á embriagarnos de vacua magnificencia y vertiginosa vanidad con *Rosas de la Tarde*, pongo por caso, y á delectarnos en esa diáfana manera de pensar, que era casi orar, con que la música patética de *El que vendrá* nos llenaba de un estremecimiento como de presagio?

En perplejidades de este género ó en paradojas sin ironía, á cada paso tropieza nuestra titubeante literatura. Sólo que, después, al inventivo, incoercible y desbordante ilogismo de la vida, sustituyen la historia y la crítica su dialéctica y sus jerarquías; y únicamente gracias al arte de las perspectivas sabias, esfuman en el fondo del cuadro las contradicciones que, mientras

fueron vivientes y actuantes, pusieron en diaria evidencia interrogaciones que se han quedado sin resolver. El olvido ayuda á la historia más que el recuerdo; el tiempo y los analistas trabajan de consuno en borrar la vida.

Si el mecanismo de las influencias y reacciones á que obedece la producción intelectual se nos escapa casi totalmente en su inextricable complejidad—sin que por eso desconozcamos que su ley, informulable, rige—, no es menos ilusorio quizá el fijar la acción que á su vez ejerce la obra moviéndose por sí misma. El signo exterior que parece indicarla más á las claras, su éxito ó fracaso, sólo induce á problemáticas conjeturas al querer deducir de él la parte correspondiente en el espíritu de una generación. No nos fiemos, pues, demasiado del hecho de habérsele llamado en todas partes á Rodó maestro.

¡Maestro! Sí que lo es, y en modo excelso. Maestro, por el natural ascendiente y la persuasiva unción, por la *cadena* platónica. Nunca se reunieron en alma tan noble más generosas dotes comunicativas, ni las abonó sinceridad más diáfana, probidad moral más delicada, autoridad más incólume. Su acento, sin ser patético ni

arrebatado, diríase que convence sin más que revelar en su transparencia la pureza interior de que brota.

Pero si le hemos de llamar maestro por las doctrinas y las ideas, habremos de confesar que son pocas las que sin él no habríamos adquirido. Fué viviente armonía de ideas, de esperanzas y de creencias más ó menos dispersas ó casuales en otros espíritus. Mas no las creó ni inventó. Las coordinó, sin aplicación dialéctica, por obra de su bella naturaleza, congruente y abundante, generosa y clarificadora de contradicciones.

Vivificó partes muertas ó lánguidas, pero todas del credo común más humano; despertó voluntades dormidas, pero sin herirlas á una luz insólita; en la paz y esperanza del bien, señaló de lo alto, sagaz, magnánimo, direcciones espirituales algo olvidadas, pero conocidas. Su impulsión hacia el ideal obró separadamente, en el seguro de cada uno; generó un movimiento en las almas, volviéndolas sobre sí mismas; pero no de ideales capaces de informar distintivamente el espíritu de toda una época.

Además, cuanto tenían, en su manera, de virtual, fecundo y sugeridor, el mismo Rodó lo desentrañó y exprimió con tesón aplicado y po-

tente. No cabe, en verdad, insistir, ni es posible extender ya más su enseñanza, sin hacer ver que la dejó exhausta y que en otras manos se queda inanimada, inerte. Su misma claridad es tal, que el comentarla no puede ser sino parafrasearla, esto es, echarla quizá á perder, quitándola la insustituíble gracia y nobleza de su ropaje, inseparable de su actitud estatuaria.

Propiamente, pues, no caben aquí imitadores ni discípulos parafrastes.

Al llamarle maestro, todos lo han hecho sin fijar mayormente el sentido de la apelación y no tan sólo en el sentido del ascendiente, de la autoridad moral y del dón suasorio. La viril emoción en la manera, el arte casi musical de la exhortación, la virtud comunicativa del acento, la sincera y amable gravedad, le adecuaron en verdad á la misión de mentor y guía que él se impuso generosamente. Ajeno al dogmatismo y á la férula, su delicada comprensión, sensitiva y cauta, le da un poder ejemplar en la obra de convencer y un infinito tacto en la de formar ó levantar almas.

Superfluo, en muchos casos, su razonar. Pero hábitos ó escrúpulos de maestro le hacen insistir por asegurar la eficacia de su enseñanza, lle-

vándola á su más explícita comprobación. Pues, aunque propiamente no los tuviera ni necesitara, se dirigió siempre á discípulos. Más ó menos presentes ó lejanos, más ó menos ficticios ó reales, parece tenerlos perennemente congregados en torno de su mesa.

A ellos se dirigen, aun sin hacerlo expresamente, la página solemne, la plática íntima, la visión profética. Es Próspero *for ever.* Y el coro de discípulos ideales es un auditorio unánime—cual fué en verdad la multitud que le escuchó diseminada en el continente—, y como persuadido de antemano, sin más que saber que es Próspero quien habla.

Es el maestro, y no cabe, sinceramente, contradicción á su enseñanza. Se le oye, se le cree, se le sigue, sin esfuerzo, con fe entera. Pero este dón, como infuso, de persuasión, y este amable y grave dirigirse siempre á discípulos ideales, quita acaso algo de nervio á su discurrir, ya de suyo blando por lo armonioso é insinuante. Y este continuo enseñar, aun sin quererlo expresamente, apesanta un tanto, con perjuicio de la esbeltez, ciertas partes de su obra.

Limitada á sugerir, concebida y ejecutada como para iguales, ¡cuán potente y ligera habría

ido su fuerza de «cumbre en cumbre»! Mas su placer predilecto parece el ir platicando en medio á sus caros discípulos, sin ansiedad ni premura, el hacer del iniciador, compartiendo hasta en el detalle su experiencia de almas é ideas.

Tan sólo una vez hubo de dirigirse á adversarios, y, por desgracia, inferiores. Y aun entonces fué para *vivir* su enseñanza, y sin violentarla. Quiso imponer lo más claro y humano de ella, la tolerancia y el respeto inteligente, la comprensión del ideal ajeno, la veneración de los refugios íntimos y el sentido de la historia. Salió á luchar con la «roja cosa jacobina», que decía con horror el buen Darío. Y ni entonces alteró, para mejor defenderla, esa su vasta ecuanimidad como de mar y cielo. Volvió luego á la faena quieta y á la simpatía límpida.

La belleza espiritual que empapa todas sus ideas y su forma toda y fluye intacta en la transparencia de la dicción, nos lleva en linfas diáfanas á remansos ciertos. ¿Por qué entonces no nos sentimos satisfechos del todo? Porque, si bien seguimos hasta el fin su sueño ó su razonamiento, cual si fueran nuestros, no nos hace, en verdad, pensar ni soñar propiamente. Nos convence, pero de cosas que tal vez ya estaban

en nosotros. Y tan suavemente, que, al removerlas, éstas apenas si se desperezan. No las sacude en inaudita revelación.

A esta falta de sugestión, que provocara en nosotros indefinidas resonancias ó respuestas, se añade la vaguedad de su llamamiento y su falta de imposición y absolutismo. No nos impone su creencia ni excita la nuestra á la reacción. Si probó la necesidad y la poesía de un ideal, ningún ideal impuso como verdadero con exclusión de otros. No nos dijo: esta es mi carne, esta mi sangre, y el que no está conmigo, está contra mí.

Desde su mirador, abierto á los cuatro puntos cardinales, indicaba el principio y el término de las más seguras sendas; pero no descendió á obligarnos á seguirle por una sola, por la vía de su elección, unívoca é irrevocable; ni dió para la de cada uno el sésamo, ó el infalible precepto, ni, en su defecto, el báculo con que tantear el terreno incierto, paso tras paso. Nos habló de la *terra lontana* con acento que purificó nuestro anhelo, pero amenguó quizá nuestra nostalgia; porque no es de ninguna patética felicidad, sino de deber común, de cotidiana virtud, de ideal accesible, que nos habló el sublime señolero.

Quizá si por esta falta de arranque lírico ó trágico no se creó en torno á su obra un ardiente proselitismo, á pesar de la adhesión tan fácil á su evidencia y de la irrestricta confianza en su probidad.

Todo movimiento hacia arriba puede hallar propulsión en su vasto impulso. Puso un toque de luz en el trabajo más servil y obscuro, y de caridad en el orgullo del más elevado. Hermanó todos los espíritus en la región superior del destino humano. Por todas partes, pues, en su obra, armonía, conciliación, «devenir». Todo, en su empeño, es llamado, exhortación, estímulo. ¿Pero qué vía seguir, en la ilimitada extensión? No fijó normas ni límites. Cada cual debía hallar por sí, junto con su vocación, el ideal que la enalteciera y le diera la suprema gracia del desinterés, ó el interés superior de lo universalmente humano.

Para iluminar este fondo obscuro en que duermen todas las simpatías y todas las virtualidades, propagó el cuidado de la vida interior—no ya inútil cultivo y exacerbación de las singularidades irreductibles, ni tampoco ascético desprendimiento y anulación, sino esencial sentimiento de una fraternidad por lo alto.—No acep-

tó pasivamente la fatalidad del ser que somos ó creemos ser; antes exaltó la liberación por obra del bergsoniano arranque vital, creador interno, que puede más de lo que sabemos y esperamos, y cuyo impulso de renovación, invención continua, pasa, por encima de lo que muere en nosotros, á elaborarnos, á recrearnos incesantemente. Pero limitó—á mi ver demasiado cuerdamente—el drama de nuestro destino al problema inmediato de la vocación.

Predicó el idealismo. Pero su ideal no es fervor del alma lanzada en pos de una iluminación, ni ímpetu ó vuelco del corazón. Es convicción razonada, belleza bien compuesta, de antemano garantizada contra el error y la decepción. Ningún relampagueo de pasión fustiga ó subleva el ánimo dócil. Ideal hecho y perseguido con aplicación tenaz más que con ardor súbito y vidente, le alimenta una parca nobleza, no la llama del sentimiento voraz y fijo. ¡Y qué serenidad descorazonante!

Apenas si el diapreado velarium del estilo apacigua la claridad inmutable: no tenemos felicidad que resista á su resplandor, ni podemos poner el alma á diapasón de su luz. En su palacio ó en su jardín, buscamos un rincón de sombra,

donde el alma, aunque consolada, pudiera sentarse á llorar.

Del «ideal», antes vaga aspiración del alma, ensueño errante é inapaciguable, incompatibilidad aristocrática, ornato y decoro de románticas melancolías, caballería irrealizable ó sublimidad de anhelos incomprendidos, Rodó hizo cotidiana y mansa disposición del espíritu, dióle raíz y sustento en toda realidad. ¡Habíamos gastado en vano tanta esperanza, desde que dejamos el lago lamartiniano y el sauce llorón de Musset, y el byroniano bajel,—proa de orgullo y velas de melancolía!—Al ver que evitábamos la charca naturalista para caer en la mentida delicuescencia de nuestros «decadentes» y casi perdernos en la niebla del simbolismo más evanescente y otros vaniloquios que iban quitando toda médula al arte americano que él prefería, Rodó propuso simplemente á nuestra incertidumbre un idealismo elegante y positivo, y operoso antes que rebelde é inaclimatable.

No fué el de Renán, de *dupe* voluntario y colaborador irónico del Universo, que guarda en su lúcido *quant à soi* la reticente quintaesencia del nihilismo, pero da entretanto á la vida un sentido humano, á despecho de su contrasentido

transcendental. Prefirió Rodó, en tiempos de nietzcheísmo sin freno, volver al buen gusto del *honnête homme* y á la moral clásica, que se convierte toda en equilibrio y acción.

Tuvo el helénico amor de la acción por la acción, por su propia belleza ó bondad. Moral clásica, vuelta en él más íntima por su compenetración con la irrenunciable sensibilidad cristiana. Dulcificada por esta virtud, bastaba á mantener y levantar la consciencia de una dolorida comunidad con los inferiores y á cubrir las asperezas que la edad antigua despojaba del necesario amparo fraternal.

Su cristianismo enternecido y sin dogmas, acaso habría llegado, con los años y los desengaños, á echar de menos la fe, en cuanto favorece la eclosión de la esperanza supraterrestre. Tal vez no fué extraño del todo á la emoción religiosa; por lo menos llegamos á verle admirar en Roma, al contemplar la majestad del arte y de la historia, vivificados durante siglos por un solo sentimiento en las diversas tradiciones y cultos, una lección suprema de tolerancia, —paradoja aún viviente en la ciudad del dogma—; mas de tolerancia, no ya tan sólo intelectual, como la que le bastara á justificar su *Libe-*

*ralismo y Jacobinismo*, sino otra más embebida en el sentimiento del común misterio.

Acaso habría pascalizado más tarde, y tal vez, tras una orgullosa abdicación del raciocinio, ó en algún movimiento desesperado del alma, se habría abandonado en brazos de una fe, *quia absurdum*. Mientras tanto, no reconoce otra soberanía que la de la inteligencia, ni otro límite que el dictado, humano y propio, que la conciencia le impone.



Para otra obra que esta suya de conciliación por lo alto y de perfecta *mise au point;* para una obra, por ejemplo, de demolición audaz ó de construcción quimérica, habríale acaso faltado, no sólo una constitutiva originalidad, sino también el arranque inicial. Faltádole habría, en todo caso, el fanatismo indispensable para obstinarse. Pues nada tuvo de fanático.

Demasiado inteligente y demasiado consciente era, para no romper y sacudir de sí mismo la fatalidad de un dogma de vida ó muerte. Faltóle para imponer un ardiente y preciso evangelio la fe del iluminado, el primitivo candor, la fuerza inconsciente é ingenua. Su apostolado sereno

no arrastra sino á los persuadidos de antemano. Reconoció, sin embargo, en el revolucionario, en el agitador, en el fanático, una estética avasalladora.

Admiró, en tipo tan entero y uno, el ímpetu que conquista ó lleva á su dueño, que es su instrumento, al martirio; la potencia que, ó arranca de cuajo el obstáculo, ó se rompe, terca y magnífica; la simplicidad á un tiempo profunda y exigua; la pasión que concita y exalta las fuerzas vivas del ser en un solo sentimiento ingente, para adorar ó para maldecir.

Fuerzas de la naturaleza, que aniquilan ó crean, casi inconscientes, casi irresponsables; insustituíble prestigio, sello del destino! Deslústranlo, por desgracia, el feo ceño del sectario, la incomprensión invencible, la estrechez, la crueldad á menudo inútil y casi siempre brutal. Defectos que Rodó tenía en natural horror son los del fanático. Antes que aceptarlos, admira en el escéptico lo más contrario á ellos, y en particular la benevolencia, la gracia si no la ironía, la movilidad de la imaginación, el gusto parco y la fina cautela, el preciso sentido de los límites, la invitación errabunda á ir de una en otra parte, dejando siempre la puerta abierta al escape; la

matizada sensibilidad, la superior inteligencia.

Pero viendo la pobreza de vida á que condena la esterilidad de la duda, la inutilidad de cordura tan precavida que se vuelve inerte, ó el influjo corrosivo de la ironía cuando vierte sus agrios zumos sobre los estímulos esenciales, —no cayó nunca en la tentación de disolvente molicie á que le inclinaba el lado más débil de su natural, su diletantismo.—Se alzó por fuerza propia y voluntad vigilante á conciliar los dos tipos opuestos, la excelencia de sus dones, compenetrables no obstante su diversidad, cuando una inteligencia más completa de las cosas y el ardor de una generosa sensibilidad borran la aparente incompatibilidad y unen, como mitades que se repelían sólo porque se hallaban vueltas del revés, las que, bien ajustadas, forman el todo armonioso. *On ne montre pas sa grandeur*, decía Pascal, *pour être à une extrémité, mais en touchant les deux à la fois et en remplissant l'entre-deux.*

Demasiado conoce la relatividad de todos los dogmas y sobre todo la parte de bondad y verdad que cabe en el error. La tolerancia es en él calor de optimismo, no indiferencia de escéptico. Si la justicia le parece estar en uno de los

extremos, allá va con ánimo entero. Pero desconfía del sectarismo y en general de toda exageración. Alma que busca en todo transigir, nunca fué la suya. Si reduce á término medio los extremos contradictorios y violentos, no es por transar y contentar á todos.

Su *medianía* es heroica y sólo prueba el dominio de sí. Firmeza de la mente que sojuzga y de la mano que sofrena. Pone en exaltar la templanza y la armonía el ardor que un fanático pondría en extremar los contrarios. Disciplina vanidades y rebeldías. Exalta sinceridades probas y discretas.

Su cordura no es de apocamiento ni de precaución, sino medida é instinto de justicia, de este anhelo de justicia que sería en él una forma del gusto por la ciencia y por la exactitud de las proporciones, si no fuera ante todo el deber moral por excelencia. En él, la afirmación del propio ideal no excluye, pues, la comprensión del ajeno, antes le busca en lo más hondo, en lo más humano, la recóndita hermandad. Ni la inmoble perennidad de lo abstracto se sustituye á la fugacidad de la vida; ni la idea única seca el sentimiento vario.

Sigue la ondulación de una sinceridad flexi-

ble, pero irrompible: á la enseñanza de las horas dócil, variable al tenor de la experiencia propia y de la ajena sabiduría. «Este es, dice Rodó, el más alto grado á que puede llegarse en la obra de emancipación de la propia personalidad.» No es entretanto el tipo que seduce y arrebata. Pero es acaso el más indispensable en nuestras tierras excesivas.

El vulgo toma el dominio de sí por insensibilidad; el heroísmo de la medida, por pacato apego al término medio; el escrúpulo de la exactitud y de la proporción, que es perseverante y ubicua necesidad de justicia, por insuficiencia pasional. No excita la simpatía de la imaginación popular. Pero es su armonía superior la que prevalece sobre la algarabía de las disputas.

Su fiel fija al fin el movimiento oscilatorio de las épocas en trabajo. Son los *reposoirs* de la historia. Y puesto que en América vivimos de resultados ajenos, de asimilaciones, de exageraciones, gran misión la del ponderador, la del depurador. Rodó lo fué en modo egregio. Demasiado consciente de sus límites para aventurarse á creador ó inventor, lo fué á punto para discriminador y juez.

Si no nueva, fué siempre buena su enseñanza.

Con ella atrajo á todos, indistintamente. Su extremada claridad y explicitez no la defendieron bastante de entusiasmos demasiado fáciles. Nada escarpado ni riscoso dejó que subsistiera en su eminencia. Aplanó hasta su altura los caminos más abiertos y seguros. Por ahí, desde temprano, se le sube y encarama toda esa chiquillería vocinglera y universitaria que ha ido repitiendo hasta la saciedad sus llamamientos al ideal.

¿Es, pues, cosa accesible al primer vuelo tan alta y purificada ecuanimidad? ¿Son cosa para niños ese ideal, esa elegancia, esa mesura?

Felizmente, son ideas incapaces de dañar y de dañarse. Ni refractadas por el cerebro de un imbécil, pueden dejar de ser claras y buenas y en absoluto inofensivas. No corren el riesgo de casi toda idea genial. Al querer comentarlas, como buscando sombras en su meridiana claridad, sus parafrastes no hacen sino echarlas á perder, repitámoslo una vez más, en lo que toca á su forma, pero no en cuanto á su alcance y significado.

Y por ahí se ve que lo que las preserva, en Rodó, de la vulgaridad, no es sino la nobleza del gran estilo. No, ningún peligro llevan de malearse. Lo peor que puede acontecerles, y ya

Rodó hubo de sufrir por ello, es volverse favoritas de los mediocres de buena voluntad, aplebeyarse en la expresión y el uso familiares. Pero corromperse, no.

Nadie podrá, en nuestra América, hablar de americanismo ó de movimiento de almas hacia lo ideal, lo universal y humano, de acción y culto desinteresados, de idealidad ó de mesura, sin evocar el recuerdo de su enseñanza, sin caer bajo el modelo insuperado.

Es el destino de los grandes artistas, inventar un *poncif* de que se nutren luego una ó dos generaciones. *(Un grand homme n'a qu'un souci: devenir le plus humain possible, disons mieux, devenir banal,* asegura Gide, sin dar el ejemplo...)

Agótanlo luego, de substancia como de virtud, los excesos de celo de los prosélitos antes que los ataques de adversarios quizás inexistentes.

Propio es, en verdad, de este género de escritores apoderarse de un tema, crear una inspiración, fijar, en fin, una modalidad de espíritu, y en forma tal, que, de evidente en su hermosura ó de esperada en su oportunidad, se vuelve á su vez un lugar común.

Rodó creó uno, augusto y elevado, amplia

manera de tomar las cosas por lo alto, y manera de pensar más bien que de decir;—que si pulió la expresión soberanamente, la trató siempre como medio, nunca como fin; adaptándola á la amplitud y prolijidad de su discurrir antes que sacrificando éstas á la esbeltez.

Dijimos por esto, que imitar en él lo que en otros se debe á fórmulas y procedimientos, llevaría á reproducir su contenido. Imitarlo sería repetirlo.

Redundancia intolerable, porque él mismo llevó ya su pensamiento á la extrema linde, sin dejar nada al azar de ulteriores interpretaciones. Así no tuvo discípulos en quienes se reconociera su distintivo, ó que, como todos los discípulos, á fuerza de acentuar su enseñanza, aislando y dando mayor relieve á lo que ella tiene de más saliente, exageraran sus intenciones ó las traicionasen.

Ni es un método á otras aplicables lo que en su obra les ha dejado, ni ésta es un total, sino un todo, en que las ideas y su expresión más característica parecen congenitales.

Además, su tema central,—ideal, desinterés, cuidado de perfección y conocimiento interior, regulados por un delicado sentido de la

realidad y noblemente guiados hacia la acción,— no basta á constituir lo que podríamos llamar una doctrina suya. Sus ideas no forman sistema, ni contienen implícito alguno que diligentes continuadores pudiesen desarrollar y llevar á sus últimas consecuencias.

No es propiamente un pensador, como han dado casi todos en llamarle, provocando la falsa imagen de una cabeza meditabunda inclinada sobre el misterio ó en perenne interrogación al destino. No tiene ideas de filósofo propiamente y apenas si puede decirse que le inspiraron á veces emociones filosóficas.

Carece, además, del don de la sentencia, de la fórmula apodíctica, de la frase en escorzo violento. Su inteligencia, si tiene la visión directa, la iluminada intuición, no la traduce en su brevedad y sucesión relampagueantes.

El ritmo de su pensar no pone en las cosas ese fulgor intermitente y súbito del que entre sombras y luces se encuentra con inopinadas profundidades. No es un vidente. Es un razonador, y su manera no es la intuitiva y fulmínea, sino la discursiva, bien trabada y lenta.

No penetra barrenando en el objeto. Lo circunvala y redondea, y vueltas le da hasta apu-

rar el último sentido, hurgando por igual en los senos más abiertos como en los recónditos. Y nada de fragmentario ó disperso en su bien trenzado razonar; de ahí la solidez y contextura de sus obras, conscientes hasta en sus mínimos toques y repliegues.



Toda su obra es crítica. Mas si hemos de limitar esta palabra al dominio de la mera literatura, aunque es vasta y superior, su labor de crítica propiamente literaria, Rodó no exaltó su aptitud para ella como el dón predestinado á dejar rastro perdurable en sus escritos. No la dedicó con exclusiva predilección al estudio desinteresado y puramente estético de la emoción, de la belleza, de la virtud ó del heroísmo.

Su espíritu había abarcado la extensión de nuestro horizonte, y medido la esperanza y los temores de la naciente civilización; y antes que hacer sobre ella obra de diletante, quiso preservarla del mayor peligro, y escribió *Ariel;* quiso guiar y socorrer á los obreros de ese gran destino, y escribió los *Motivos de Proteo;* quiso exaltar el sentimiento y con él la conciencia, el

poder del futuro de América, y empapó toda su obra del más cordial americanismo.

Hemos visto cómo, al oir su primera plática platónica, llamáronle todos maestro, y lo creyó él mismo. Sintiendo la gravedad del cometido, en la íntima sinceridad de su gran modestia, tomó más á lo serio, y la cultivó como su verdadera vocación, la de director de espíritus y guía de perfección interior encaminada á la acción, y en vez de enseñarnos el múltiple secreto de la belleza en el arte, para lo cual era insuperable, propúsose, más generosa pero quizá menos felizmente, enseñarnos moral y vida, ideal y acción.

Insuperables son sus dones para la crítica. Y ayudados como están por sensibilidad tan receptiva y una imaginación tan simpatizante, hacen de él, en efecto, el crítico por excelencia y en grado tal, que no tiene par en su lengua.

Crítico artista y creador. Tuvo del artista no sólo la vida infusa en la expresión, la ciencia de la música verbal, todos los prestigios de la belleza formal, sino también la imaginación que vuelve á crear la obra, tomándola por los adentros, y convive con su íntimo espíritu.

La ubicua simpatía de una inteligencia ardiente, pero no inquieta, y desligada de trabas, pero

sometida á un orden, le lleva á internarse con fruto por todos los senderos, aun por aquellos adonde su inclinación personal no habría ido nunca en busca de morada.

Mas no es el placer de comprender por comprender, cualquiera que sea el secreto de la obra de arte ó de pensamiento, del acto de heroísmo ó de virtud; ni el de explicar y desentrañar por el mero gusto de ver lo que hay dentro, ó por vocación de esteta, lo que estimula su labor.

Ni se complace en el espejeo de visiones fragmentarias y diseminadas, en que fulgura la beldad del mundo. Su crítica parte de un sentimiento central, y en el panorama diverso y vasto de su curiosidad pone su alma el reflejo de su unidad esencial.

Es la obra del crítico artista, que no se limita á mensurar ó aplicar reglas, ó á ver la discrepancia entre el libro ajeno y sus gustos personales, sino que exprime la esencial verdad, desentrañándola de entre la inconsciencia de los elementos que la celan. Semeja á la obra del poeta ó del novelista; sólo que en vez de animar figuras, de hacer vivir á personajes, vivifica ideas y realidades subyacentes.

Ese es su modo de crear. Rodó vivirá por este

arte y por cuanto ha incorporado á la conciencia en formación de su Ibero-América.



Tal se refleja—confuso aún y mal trazado por insuficiencia nuestra en este simple esbozo—este escritor sin contrastes ni contradicciones. Su unidad y coherencia debían de favorecer el trazo de su figura á grandes rasgos.

Sin embargo, no hemos podido asentar de modo absoluto casi ninguna de sus condiciones, llevándolas hasta el último límite de su virtualidad así en las cualidades como en los defectos, que sólo son deficiencias.

Impone, á toda afirmación algo absoluta, el correctivo de la proporción y de la mesura; de ahí el séquito de proposiciones fuerte ó levemente adversativas que acompaña á la aserción de sus principios directivos y al juego mismo de sus facultades.

De ordinario, más interesan al crítico las personalidades que se prestan á un sutil discrimen ó á una audaz síntesis. Contradicciones aparentes por resolver, visiones fragmentarias por recomponer, teorías por desentrañar de la obra

que las lleva implícitas, son otros tantos fines y estímulos para la obra del analizador.

Pero Rodó, lo hemos visto, no es artista contradictorio ni fragmentario, ni sus sentimientos é ideas son los dispersos del vidente fulmíneo y desatado. Es el razonador de lógica bien trenzada.

Descomponerlo, casi sería mutilarlo, pues si no es complejo, es quizá completo dentro de su tipo. Si no abunda en matices cambiantes y caprichosos, atrayentes y fugitivos, tampoco se afirma rutilante en encendidos tonos. Colores francos y sosegados, combinados sabiamente en una paleta sobria y trasladados á la tela en toques á la vez tenues y firmes, nos darían el retrato de este mago prudente y cordial (1).



La muerte abatió brutalmente á este pensa-

(1) Si bien la vida de José Enrique Rodó no ofrece de notable sino sus escritos, los sentimientos que la elevaron hacen de ella un ejemplo magnánimo.

Nació en Montevideo, el 15 de Julio de 1872, de familia «antigua y rica», según lo afirma el señor H. Barbagelata, compatriota y amigo del maestro uruguayo.—Hijo de padre español y de madre uruguaya, el origen de su nombre es catalán.

Cuando llegó á Barcelona, «ilustre y hacendosa ciudad raíz de mi sangre», como dice él mismo, aprendió por

dor, que apartó siempre de su sombra el alma. Murió casi de súbito, cuando se preparaba á venir á Francia. Quería conocer de cerca esta dul-

---

casualidad la verdadera manera original de pronunciarlo. «Salgo á la calle—cuenta con llaneza—y sigo adonde me indica el paso de la muchedumbre... He aquí que descubro mi apellido en la muestra de una casa de comercio... Parece ser, según me explica concienzuda y prolijamente mi homónimo, que, en buena prosodia catalana, la primera vocal no suena como la clara y neta vocal castellana, sino de una manera que participa de la *o* y de la *u*».

No había aún terminado sus estudios universitarios cuando fundó, en 1895, con Víctor Pérez Petit y los hermanos Vigil, la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*. Su fama comenzó á elevarse desde entonces, y la reproducción hecha por Samuel Blixen de *El que vendrá*, en la primera plana de su periódico, bastó á la consagración de la naciente maestría.

Muy joven fué nombrado profesor de Literatura en la Facultad de Letras de la Universidad de Montevideo. Débese sin duda á esta época el acendrado conocimiento de los clásicos españoles que desde temprano contrabalancearon un tanto, en la formación de su estilo más que en la de su espíritu, la predominante influencia de los franceses modernos.

Dejó la cátedra en 1901, para tomar parte activa en la política. Militó en el partido de los liberales doctrinarios y moderados. La primera vez que habló en público fué para decir, en vísperas de elecciones, en medio de la exaltación con que sus copartidarios se preparaban á la lucha por el poder, que su partido debía ceder el campo si caía vencido por el sufragio.

Tan insólita ecuanimidad sorprendió á propios y extra-

ce Francia que él había amado siempre y sobre todo ahora.

La muerte vino á sorprenderle, apenas dimi-

---

ños. No por eso se desdijo nunca de su conciencia, tan leal y franca en política como en moral. «El más seguro camino, decía, no ya para la aprobación interior, sino para el triunfo definitivo, es el de decir la verdad, sin reparar en quién sea el favorecido ocasionalmente por la verdad; y nunca habrá satisfacción más intensa que la de proclamar la razón que asiste del lado de las ideas que no se profesan, y de defender el derecho que radica en el campo donde no se milita.»

La polémica que hubo de sostener en 1906, y á la cual debimos el folleto *Liberalismo y Jacobinismo*, no fué la única, si bien fué la de mayor vuelo y transcendencia. Discutió, combatió, moderada pero asiduamente, en diarios y reuniones.

Fué, durante dos años, director de un periódico de su partido, y continuó la lucha política hasta poco antes de salir del país en voluntario destierro de desencanto y renunciación. Antes del viaje á Europa sólo se había ausentado, en 1910, para ir, por breve tiempo, á Santiago, en representación especial de su patria, cuando las fiestas del centenario de la Independencia de Chile.

Amaba tiernamente á Montevideo, y no habría tardado mucho en regresar, si la muerte no le hubiera sorprendido en medio del camino. «No creía llegar á interesar á Europa con sus escritos», nos dice el señor Barbagelata, á quien su gran amigo había confesado modestamente que, á lo más, podría ejercer cierta influencia en España,—influencia reconocida últimamente, entre otros, por Martínez Sierra, en artículo que le dedicara, con ocasión de su muerte, en el *Mercurio* de Nueva-Orleans.

De día en día pensaba más exclusiva, más cordialmen-

diada la meseta de la vida, antes del descenso, y en el fervor de una nueva vida. Pues su viaje fué doble: para los ojos y para el alma. Este gran

---

te en América. Meditando el último día del año, al subir las gradas del Capitolio, cuál sería el más grato mensaje votivo que pudiese enviar á sus dulces tierras de ultramar, pensó que la única consigna válida sería la de «formar el sentimiento americano; propender á arraigar en la conciencia de nuestros pueblos la idea de la América nuestra, como fuerza común, como alma indivisible, como patria única».—«Todo el porvenir está en esa obra», afirmaba con fe intacta, y añadía:—«Todo lo que tienda de alguna manera á contrariar esa obra, ó á retardar su definitivo cumplimiento, será error y germen de males».

A ella se habría dedicado por entero. No es de creer que el encanto de los viajes, de que tanto esperaba, cuando, en suma, poco ó nada podían éstos ya enseñarle, le hubiese retenido muy largo tiempo fuera de su centro, aun cuando desde aquí habría podido ejercer sobre su América atenta, mejor que de su apartada ciudad natal, la eucuménica autoridad de su pensamiento.

«Su país—dice su compatriota y bien informado biógrafo—no siempre fué justo con tan grande hombre.» A lo que entendemos, el desasosiego espiritual en el medio todavía estrecho, agitado por luchas inferiores, llegó á arreciar para él en forma por demás desapacible é ingrata. En su necesidad de cambiar de espectáculo para el alma, acaso malherida, que él tomó como deseo de nueva vida y de nuevo espíritu, hubo de aceptar la subvención que le ofreciera el magazine *Caras y Caretas*, á título de corresponsal viajero.

Partió el 14 de Julio de 1916, desembarcó en Lisboa,

cuerdo, que aconsejó alguna vez las necesarias ingratitudes del Hijo Pródigo para preparar los retornos profundos, habría sabido sacar de esta peregrinación emocionantes lecciones para su espíritu, que él quería renovar errando por el mundo, antiguo *padre* y *maestro.*

La política no aceptó por entero al hombre de realización serena, que en él vivía de acuerdo con el soñador sagaz. Apartóse suavemente, quizás con desdén compasivo, de la lucha contra las fuerzas inferiores que rigen el mundo de la acción. No tardó en recuperar, con la soledad, la impidez de sus mejores días.

Trabajó siempre en calma, largamente, por devoción, y más que todo por probidad, ignorando la mayor parte de sus conquistas espirituales, sin correr nunca tras el éxito, ni coger

---

atravesó rapidamente España, deteniéndose tan sólo en Barcelona, y pasó directamente á Italia. Llevaba apenas ocho meses de andar peregrinando por insignes lugares de su elección, cuando de súbito le sobrevino la enfermedad que lo mató en pocas horas; hallábase en Palermo (en el mismo hotel en que Wagner había escrito el último acto de *Parsifal*). El último día de Abril siéntese aquejado, por la mañana, de malestar que creyó leve y pasajero; á la tarde, la fiebre violenta y los dolores del tifus abdominal fulminante; y al otro día, 1.º de Mayo, la vertiginosa agonía, la muerte.

Murió á la edad de cuarenta y cinco años.

de él otra cosa que el honor, con puras manos consagradas á abolida caballería.

La vida, tan pura, de este solitario amigo de las muchedumbres, es también una enseñanza. Condenado por su propia alteza, aun en medio de sus discípulos, á una de las más vastas soledades de espíritu, no se quejó jamás. Tal vez no amó ni su gloria; de entre sus admiradores más sinceros, sus íntimas predilecciones iban á *los que callan*.

La plenitud de la fuerza, de la gloria, de la cordura, le esperaba con todas las coronas. Y habría sabido envejecer con belleza, él, que durante su juventud pensativa y grave no quiso ser joven de veras.

Este hombre sin melancolía ni condescendencia para con las voluptuosidades, no reconoció sino tarde, quizás demasiado tarde, el sufrimiento de los sueños mutilados, de las pasiones malgastadas, de las ambiciones aridecidas.

Tuvo por lote en la vida aquella *divine raison* que Madame de Sévigné admiraba en la dulce y grave confidente del amargo La Rochefoucauld. *¡Divine raison!* Y este amigo de la verdad, que pocos tiene, fué como ninguno respetuoso de

sus fueros en el adversario y como nadie leal para consigo mismo, aun en daño propio.



A la muerte de los que fueron proclamados en vida maestros sucede generalmente un eclipse.

Aun cuando el nombre de Rodó se hunda por un tiempo bajo la profusión de elogios, exasperantes de mediocridad y monotonía, que ha recubierto su tumba, mil páginas de las suyas, escritas para durar, perdurarán ciertamente. Resurgirá quizá, no ya para proseguir en su cura de almas y dirección de espíritus sumisos, sino en su magisterio de arte, en su crítica literaria y su sentido de la realidad coronada de idealidad.

Nunca en América se apagará el eco de la voz de Próspero despidiéndose de sus amigos. Cada generación le escuchará de nuevo; suavemente, pensativa y seria, avanzará hacia la vida, sintiéndose mejor después de haberla oído.

Tal vez el maestro y guía de levantamiento espiritual sea buscado por uno que otro vacilante que espera hallar su vía. Pero quienes gustan de nutrirse con médula de leones irán únicamente á su «Bolívar», quizás á su «Montalvo»,

y llevarán consigo, de preferencia, por su conjunto de modelos en acción, no en lección, el libro menos amado por su autor, el vario y rico y fuerte *Mirador de Próspero*.

Admirarán siempre en él la ponderación de esa feliz naturaleza de árbitro. Pero preferirán, á la actitud con que á veces centraliza un debate para darle la cima, aquella, no ya inmóvil como de juez, sino dinámica y arrebatada por un extraordinario dón de vida, con que, discóbolo insigne, lanza su esculpido medallón de bronce, por encima de los libros, de los pueblos y de las edades.

# INDICE

## BIBLIOTECA DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

Obras de los más ilustres publicistas americanos.

### SE HAN PUBLICADO:

I.—ORESTES FERRARA: *La guerra europea. Causas y pretextos*
Profesor de Derecho público en la Universidad de la Habana.
Precio: 3,50 pesetas.

II.—ALEJANDRO ALVAREZ: *La diplomacia de Chile durante la emancipación y la sociedad internacional americana.*
Consultor del ministerio (chileno) de Relaciones Exteriores.
Precio: 3,50 pesetas.

III.—JULIO C. SALAS: *Etnología é Historia de Tierra-Firme (Venezuela y Colombia.)*
Profesor de Sociología en la Universidad de Mérida (Venezuela).
Precio: 4 pesetas.

IV.—CARLOS PEREYRA: *El Mito de Monroe.*
Antiguo Profesor de Sociología en la Universidad de México y Miembro del tribunal permanente de Arbitraje, de La Haya.
Precio: 4,50 pesetas.

V.—JOSÉ DE LA VEGA: *La Federación en Colombia.*
Miembro del Centro de Historia, de Cartagena (Colombia).
Precio: 3,50 pesetas.

VI.—M. DE OLIVERA LIMA: *La evolución histórica de la América latina.*—Precio: 3,50 pesetas.
De la Academia brasilera.

VII.—ANGEL CÉSAR RIVAS: *Ensayos de historia política y diplomática.*—Precio: 4 pesetas.
De la Academia de la Historia, de Venezuela.

VIII.—José Gil Fortoul: *El hombre y la historia. (Ensayo de Sociología venezolana.)*
De la Academia de la Historia, de Venezuela.
Precio: 3,50 pesetas.

IX.—José M. Ramos Mejía: *Rosas y el Doctor Francia. (Estudios psiquiátricos.)*
Presidente del Consejo Nacional de Educación en la República Argentina.
Precio: 3,50 pesetas.

X.—Pedro M. Arcaya: *Estudios de Sociología venezolana.*
Miembro de la Academia de la Historia, de Venezuela, y Ministro de Relaciones Interiores.
Precio: 4 pesetas.

XI-XII.—J. D. Monsalve: *El ideal político del Libertador Simón Bolívar.*
Miembro de número de la Academia de la Historia, de Colombia.
Dos gruesos vols. á 4,75 cada uno.

XIII.—Fernando Ortíz: *Los negros brujos. (Apuntes para un estudio de Etnología criminal.)*
Profesor de Derecho publico en la Universidad de la Habana.
Precio: 4,50 pesetas.

XIV.—José Nicolás Matienzo: *El Gobierno representativo federal en la República Argentina.* - Precio: 5 pesetas.
Proesor en las Universidades de Buenos Aires y la Plata.

XV.—Eugenio María de Hostos: *Moral Social.*
Profesor de Sociología en la Republica Dominicana y de Derecho Constitucional en la Universidad de Santiago de Chile.
Precio: 4 pesetas.

XVI-XVII.—J. V. Lastarria: *La América.*
Enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Chile en las Republicas del Plata y en Brasil, etc.
Precio: 8 pesetas los dos volúmenes.

XVIII.—Cecilio Acosta: *Estudios de Derecho internationals.*
Miembro de la Academia de Ciencias Sociales y Bellas Letras, de Caracas.
Precio: 3,50 pesetas.

XIX.—William R. Shepherd: *La América Latina.*
Profesor de Historia en la Universidad de Columbia (E. U.)
Traducción directa del inglés, por R. Blanco-Fombona.
Precio: 3,50 pesetas.

XX.—Emilio Rabasa: *La organización política de México. (La Constitución y la Dictadura.)*
Ex senador del Congreso Federal de México.
Precio: 4,50 pesetas.

XXI.—Alejandro Alvarez: *El derecho internacional del porvenir.*
Secretario general del Instituto americano de derecho internacional.
Precio: 3,50 pesetas.

XXII.—José Ingenieros: *Ciencia y Filosofía. (Seis ensayos.)*
Profesor en la Universidad Buenos Aires.
Precio: 3,50 pesetas.

XXIII.—Carlos Pereyra: *La Constitución de los Estados Unidos como instrumento de dominación plutocrática.*
Antiguo profesor de Sociología en la Universidad de México y miembro del Tribunal permanente de Arbitraje, de La Haya.

XXIV.—Daniel Mendoza: *El Llanero. (Estudio de sociología venezolana.)*
Abogado venezolano.

XXV.—Agustín Codazzi: *I. Las costas de Sur-América. II.—Los yacimientos de Yuruary.—III. Las grandes cuencas hidrográficas de Venezuela.—IV. Los volcanes.*
Director de la Academia de Matemáticas de Caracas.
Precio: 3,25 pesetas.

XXVI.—José Gil Fortoul: *Filosofía constitucional.*
Profesor de Ciencias políticas.
Precio: 4 pesetas.

XXVII.—Francisco García Calderón: *Ideas é impresiones.*
Precio: 3,50 pesetas.

## BIBLIOTECA DE AUTORES CÉLEBRES

(EXTRANJEROS)

### Últimos tomos publicados

XII.—Sainte-Beuve: *El teatro clásico francés.*
Versión de María Enriqueta (obra inédita en castellano).—3,50 pesetas.

XIII.—Eça de Queiroz: *Antero de Quental, Víctor Hugo y otros ensayos.*
Traducción, prólogo y notas de Andrés González-Blanco (obra inédita en castellano).—3,50 ptas.

XIV-XV.—Stendhal: *Paseos por Roma.*
Traducción de la única edición completa, aumentada con prefacios y fragmentos totalmente inéditos, por Andrés González-Blanco.—Los dos tomos 8 pesetas.

XVI.—*Las bellezas del Talmud.*
Prólogo, selección y traducción de R. Cansinos-Assens (obra inédita en castellano).—3,50

XVII.—Oscar Wilde: *De profundis.*
Traducción de A. A. Vasseur (obra inédita en castellano).—3,50

XVIII.—Balzac: *Tratado de la vida elegante.*
Traducción y notas de A. Gonzalez-Blanco (obra inédita en castellano).—3,50

XIX.—Juan Papini: *Historias inverosímiles.*
Traducción de José Sánchez Rojas (obra inédita en castellano).—3,50

XX.—Sainte-Beuve: *Los cantores de la Naturaleza.*
Versión de María Enriqueta (obra inédita en castellano).—4 pesetas.

XXI.—Eça de Queiroz: *París.*
Traducción del portugués y prólogo por Andrés González-Blanco. (Obra inédita en castellano.) 4 pesetas.

XXII.—Eugenio de Castro: *Belkiss.*
Traducción del portugués por Luis Berisso. Precedida de una noticia crítica por el mismo y de un discurso preliminar por Leopoldo Lugones. 3,50 pesetas.

XXIII.—Eça de Queiroz: *Notas Contemporáneas.*
Traducción directa y notas de A. González-Blanco.—2,50 pesetas.

## BIBLIOTECA DE AUTORES VARIOS

(ESPAÑOLES Y AMERICANOS)

### SE HAN PUBLICADO:

I.—Ofrenda de España á Rubén Darío, por Valle Inclán, Unamuno, Antonio Machado, Cávia, Pérez de Ayala, Díez-Canedo, González Olmedilla, Cansinos-Assens, etc, etc.
Precio: 3,50 pesetas.

II.—Andrés González-Blanco: *Escritores representativos de América.*—(Rodó. Blanco-Fombona. Carlos A. Torres. Carlos O. Bunge. J. Santos Checano.)
Precio: 4,50 pesetas.

III.—Rafael Altamira: *España y el programa americanista.*
Precio: 3,50 pesetas.

IV.—Poesías inéditas de Herrera el divino, Quevedo Lope de Vega, Argensola (Lupercio), Góngora, Marqués de Ureña y Samaniego, María Gertrudis Hore, Alvaro Cubillo de Aragón, Juan de Matos Fragoso, Cristobal del Castillejo, Luis Gálvez de Montalvo, Zaida (poetisa morisca), Tirso de Molina, Baltasar de Alcázar.
Precio: 3 pesetas.

V.—Pedro de Répide: *Los espejos de Clio.*
Precio: 3,50 pesetas.

VI.—Antonio Manero: *México y la solidaridad americana.*
Precio: 3,50 pesetas.

VII.—Edmundo González-Blanco: *Voltaire.* (Su biografía.—Su característica.—Su labor.)
Precio: 4,50 pesetas.

VIII.—E. Gómez Carrillo: *Tierras mártires.*
Precio: 3 pesetas.

IX.—Manuel Machado: *Sevilla y otros poemas.*
Precio 2,50 pesetas.

X.—Emilio Castelar: *Vida de Lord Byron.*
Precio: 3 pesetas.

XI.—R. Cansinos-Assens: *Poetas y prosistas del novecientos.* (España y América.)
Precio: 4 pesetas.

XII.—R. Blanco-Fombona: *Pequeña Ópera lírica.—Trovadores y Trovas.*
Precio: 3,50 pesetas.

XIII.—Rafael Lasso de la Vega: *El corazón iluminado y Otros poemas.*
Precio: 3,50 pesetas.

XIV.—José Sánchez Rojas: *Paisajes y cosas de Castilla.*
Precio: 3,50 pesetas.

XV.—Emilio Castelar: *Recuerdos de Italia.*

---

## BIBLIOTECA DE HISTORIA COLONIAL DE AMERICA

Maestre Juan de Ocampo: *La Gran Florida* (descubrimiento).

F. Salcedo y Ordóñez: *Los chiapas* (Ríos de la Plata Paraguay).

Diego Albéniz de la Cerrada: *Los desiertos de Achaguas* (Llanos de Venezuela).

Maestre Juan de Ocampo: *Los caciques heroicos Paramaiboa, Guaicaipuro, Yaracuy.*

Fray Nemesio de la Concepción Zapata: *Los caciques heroicos: Nicaroguán.*

Maestre Juan de Ocampo: *Nueva Umbría: Conquista y Colonización de este reino en 1518.*

Mateo Montalvo de Jarama: *Misiones de Rosa Blanca y San Juan de las Galdonas (1656).*

3,50 cada vol.

# BIBLIOTECA AYACUCHO

BAJO LA DIRECCIÓN DE DON RUFINO BLANCO-FOMBONA

I-II.—Memorias del general O'Leary:
*Bolívar y la emancipación de Sur-América.*
Dos lujosos volúmenes de 700 á 800 páginas. Se venden separadamente al precio de 7,50 pesetas cada uno.

III.—Memorias de O'Connor sobre la *Independencia Americana.*—5 pesetas.

IV.—Memorias del general José Antonio Páez.—7,50 pesetas.

V.—Memorias de un oficial del ejército español.
Por el Capitán Rafael Sevilla.—5 pesetas.

VI-VII.—Memorias del general García Camba.
*Para la historia de las armas españolas en el Perú.* Dos volúmenes á 7,50 pesetas.

VIII.—Memorias de un oficial de la legión británica.
*Campañas y Cruceros durante la guerra de emancipación hispano-americana.*—4 pesetas.

IX.—Memorias del general O'Leary:
*Ultimos años de la vida pública de Bolívar.*
Este libro, desconocido hasta ahora, complementa los dos volúmenes sobre *Bolívar y la emancipación;* es una joya de historia americana por sus revelaciones, á las cuales debió el que se le hubiera ocultado por tantosaños.—Precio: 7,50 p.

X.—Diario de María Graham.
*San Martín.—Cochrane.—O'Higgins.*—7,50 pesetas.

XI.—Memorias del Regente Heredia.
*Monteverde.—Bolívar.—Boves.—Morillo.*—4,50 ptas.

XII.—Memorias del general Rafael Urdaneta.
*General en jefe y Encargado del gobierno de la Gran Colombia.*—7,50 ptas.

XIII.—Memorias de Lord Cochrane.—6 pesetas.

XIV.—Memorias de Urquinaona.
*Comisionado de la Regencia española al Nuevo Reino de Granada.*—7 p.

XV.—Memorias de William Bennet Stevenson.
*Sobre las campañas de San Martín y Cochrane en el Perú.*—5,50 pesetas.

XVI.—Memorias póstumas del general José María Paz.—8 pesetas.

XVII.—Memorias de Fray Servando Teresa de Mier.—8 pesetas.

XVIII.—La Creación de Bolivia, por Sabino Pinilla.—7,50 pesetas.

XIX.—La Dictadura de O'Higgins, por M. L. Amunátegui y B. Vicuña Mackenna.—7,50 pesetas.

XX.—Cuadros de la historia militar y civil de Venezuela
*(Desde el descubrimiento y conquista de Guayana hasta la batalla de Carabobo),* por Lino Duarte Level.—8 pesetas.

XXI.—Historia crítica del asesinato cometido en la persona del Gran Mariscal de Ayacucho, por Antonio José de Irisarri. —7,50 pesetas.

XXII-XXIII.—Vida de Don Francisco de Miranda. *General de los ejércitos de la primera República francesa, y generalísimo de los de Venezuela*, por Ricardo Becerra. Dos volúmenes á 8 pesetas cada uno.

XXIV.—Biografía del general José Félix Ribas, primer teniente de Bolívar en 1813 y 1814 (época de la guerra á muerte), por Juan Vicente González.—5 pesetas.

XXV.—El Libertador Bolívar y el Deán Funes. Revisión de la historia argentina, por J. Francisco V. Silva.—8,50 pesetas.

XXVI-XXVII.—Memorias del general Miller. Dos volúmenes á 8,50 pesetas cada uno.

XXVIII-XXIX-XXX.—Vida del Libertador Simón Bolívar, por Felipe Larrazábal.—Edición modernizada, con prólogo y notas de R. Blanco-Fombona.—8,50 pesetas tomo.

XXXI-XXXII—Noticias secretas de América (Siglo xviii), por Jorge Juan y Antonio de Ulloa.—8,50 pesetas tomo.

XXXIII.—Historia de la independencia de México, por Mariano Torrente.—8,50 pesetas.

XXXIV.—Los Estados Unidos de América y las Repúblicas hispano-americanas de 1810 á 1830. (Páginas de Historia diplomática), por Francisco José Urrutia.—8,50 pesetas.

XXXV.—Formación histórica de la nacionalidad brasileña, por M. de Oliveira Lima.—Traducción y prólogo de Carlos Pereyra.—6,50 pesetas.

XXXVI-XXXVII.—Cartas de Sucre al Libertador, coleccionadas por D. F. O'Leary.—8,50 pesetas tomo.

XXXVIII.—Vida y memorias de Agustín de Iturbide, por Carlos Navarro y Rodrigo.—8 pesetas.

XXXIX.—Su correspondencia (1823-1850), por San Martín.—8 ptas.

XL.—La emancipación del Perú.—Según la correspondencia del general Héres con el Libertador. (1821-1830), por Daniel Florencio O Leary.—8,50.

XLI-XLII.—Bolívar en el Perú, por Gonzalo Búlnes.—8,50 ptas. tomo.

XLIII-XLIV.—Historia del Perú independiente, por Mariano Felipe Paz Soldán.—8,50 pesetas tomo



# BIBLIOTECA AYACUCHO

BAJO LA DIRECCIÓN DE DON RUFINO BLANCO-FOMBONA

**Tomos últimamente publicados:**

**XX.**—Cuadros de la historia militar y civil de Venezuela *(Desde el descubrimiento y conquista de Guayana hasta la batalla de Carabobo)*, por Lino Duarte Level.—8 pesetas.

**XXI.**—Historia crítica del asesinato cometido en la persona del Gran Mariscal de Ayacucho, por Antonio José de Irisarri. —7,50 pesetas.

**XXII-XXIII.**—Vida de Don Francisco de Miranda. *General de los ejércitos de la primera República francesa, y generalísimo de los de Venezuela*, por Ricardo Becerra. Dos volúmenes á 8 pesetas cada uno.

**XXIV.**—Biografía del general José Félix Ribas, primer teniente de Bolívar en 1813 y 1814 (época de la guerra á muerte), por Juan Vicente González.—5 pesetas.

**XXV.**—El Libertador Bolívar y el Deán Funes. Revisión de la historia argentina, por J. Francisco V. Silva.—8,50 pesetas.

**XXVI-XXVII.**—Memorias del general Miller. Dos volúmenes á 8,50 pesetas cada uno.

**XXVIII-XXIX-XXX.**—Vida del Libertador Simón Bolívar, por Felipe Larrazábal.—Edición modernizada, con prólogo y notas de R. Blanco-Fombona.—8,50 pesetas tomo.

**XXXI-XXXII**—Noticias Secretas de América (Siglo XVIII), por Jorge Juan y Antonio de Ulloa.—8,50 pesetas tomo.

**XXXIII.**—Historia de la independencia de México, por Mariano Torrente.—8,50 pesetas.

**XXXIV.**—Los Estados Unidos de América y las Repúblicas hispano-americanas de 1810 á 1830. (Páginas de Historia diplomática), por Francisco José Urrutia.—8,50 pesetas.

**XXXV.**—Formación histórica de la nacionalidad brasileña, por M. de Oliveira Lima.—Traducción y prólogo de Carlos Pereyra.—6,50 pesetas.

**XXXVI-XXXVII.**—Cartas de Sucre al Libertador, coleccionadas por D. F. O'Leary.—8,50 pesetas tomo.

**XXXVIII.**—Vida y memorias de Agustín de Iturbide, por Carlos Navarro y Rodrigo.—8 pesetas.

**XXXIX.**— Su correspondencia (1823-1850), por San Martín.—8 ptas.

**XL.**—La emancipación del Perú.—Según la correspondencia del general Héres con el Libertador. (1821-1830), por Daniel Florencio O'Leary.—8,50.

**XLI-XLII.**—Bolívar en el Perú, por Gonzalo Búlnes.—8,50 ptas. tomo.

**XLIII-XLIV.**—Historia del Perú independiente, por Mariano Felipe Paz Soldán.—8,50 pesetas tomo